

8
24
COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

TERNEZAS Y FLORES

AYES DEL ALMA

FÁBULAS

POR

RAMÓN DE CAMPOAMOR

PRÓLOGO DE

ALEJANDRO PIDAL Y MON

OBRAS COMPLETAS.— T.º I.

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 16.

Tel. 260.



A: 301

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

AGUSTIN AVRIAL.—Impr. de la Comp. de Imp. y Libre-
ros, S. Bernardo, 92.—Teléfono núm. 3.074.

CAMPOAMOR

CAMPOAMOR!... ¿Quién habrá tan adusto que lea este nombre ó vea aparecer la cara plácida del que lo lleva, sin que se le desarrugue el ceño y... se ría?

Nadie, seguramente. Alegre como unos cascabeles, Campoamor, que es la jovialidad en persona, la impone con su recuerdo cuanto más con su presencia, en la que brillan todas las alegrías de la salud, del bienestar y de la buena conciencia.

Porque á la conciencia... á veces... le pasa lo que al olfato, que, á fuerza de pervertirse, llega á complacerse en el mal olor... y nunca está más satisfecho que cuando aspira un miasma que él toma por aroma salúfero y delicado.

No es esto decir que Campoamor sea un criminal... de esos que castiga el Código...,

pero á juzgar por la tranquilidad con que escribe... merecería un presidio.

No se quién ha aplicado oportunísimamente á Campoamor el dicho hecho para Feijóo: "Había que levantarle una estatua y quemar al pie de su pedestal sus obras.,,"

A excepción de unas cuantas joyas que con el título de *doloras*, *fábulas*, *poemas* ú otras varias constituyen en realidad verdaderas *obras maestras* que le acreditan de *genio*, el resto del mismo nombre brilla tanto por sus bellezas literarias como por sus deformidades morales.

Si fuera menos artista, sería un escritor pornográfico; como es un artista de primer orden, sus *libertades* son *áticas*. Pero cuidado con confundir las provocativas desnudeces de Campoamor, veladas, más que por la severa mano del pudor, por la diestra ejercitada de un refinamiento sensual, con las *desnudeces castas* del arte clásico.

En este particular, tenemos la pretensión de haber dicho la última palabra. Examinando su literatura á la luz de nuestra filosofía, hemos encontrado la fórmula estética que hace de Campoamor el más funesto de los escritores y el más peligroso de los artistas.

La entregamos llenos de confianza y se-

guridad á la circulación en las menos palabras posibles: Campoamor es un genio artístico que ha sustituido uno de los términos invariables de la misión del artista, trocándola de *divina* en *diabólica* con semejante sustitución. La misión del artista se reduce á *sensibilizar lo ideal* y á *idealizar lo sensible*, como es sabido. Campoamor ha sustituido lo *sensible* con lo *sensual*, y, tranquilo con esta mixtificación, da rienda suelta á su musa por los fértiles campos de su ingenio, *sensualizando lo ideal* é *idealizando lo sensual*. Por eso, salvo honrosas excepciones, que constituyen las *obras maestras* á que nos hemos referido, el resto de las obras de Campoamor merecerían el fuego; porque no es el cuerpo con sus brutales apetitos el que allí se revuelca, como en el vulgo de los escritores corrompidos... allí, del seno de irisada nube, se desprende el alma para bañarse, como en un lago límpido y azulado, en los charcos más infectos del camino; y, transfigurándolo con las bengalas de su ingenio, el cieno que chorrea el alma después del baño se dora con todos los cambiantes de la luz y con todos los reflejos del arco iris. Por este procedimiento tan sencillo, Campoamor ha puesto del revés el orden estético y el moral. Por eso juzgamos

más peligrosos sus *psicologismos* que todos los *bestialismos naturalistas*. No es que falte allí el alma ó que sucumba, no. El alma está allí en perfecta y plácida armonía con el cuerpo. Sólo que en vez de presidir á esta unión como reina y señora dentro de su reino, está como soberana que sólo dispone del manto real para cubrir con él al más envilecido de sus esclavos.

No lo hace esto por maldad Campoamor, no, ciertamente: lo hace por naturaleza, más bien por *bonachonería*, si se nos permite la palabra. Es tan agradable el *placer* y es tan desagradable el *dolor*, que el poeta de las *Doloras* no lo concibe mayor que no poder divertirse... y se divierte buscando en la risa primaveral de la humanidad y de la tierra el color favorito de su pincel, que, para poder reirse de todo lo triste, hace como que llora con todo lo alegre.

Ya había aplicado á otro género de asuntos este procedimiento aquel que cantaba:

«En las cuestas arriba
Quiero mi mulo,
Que las cuestas abajo
Yo me las subo.»

Por eso el *humorismo* de Campoamor es superior á todos los *humorismos*, siendo práctico y teórico á la vez.

Así es que, teniendo un talento colosal, no hay medio de que lo emplee *seriamente*, á no ser cuando disuelve la quinina para oprobio de Galenos y farmacéuticos.

Como empleado... *cuentan* que cuando le trajeron el primer expediente, preguntó:—“¿Les parece á Vds. que me paga el Gobierno para que pierda el tiempo leyendo esas tonterías que Vds. han escrito para pasarlo?”

Como académico... *dicen* que preguntándole en una ocasión el Presidente si traía alguna papeleta para el Diccionario, contestó muy fosco:—¿Tengo yo cara de traer papeletas?

Como Consejero de Estado... *refieren* que como en una cuestión administrativa Campoamor pronunciase un discurso en que llamó á los *escultores... picapedreros*, arrastrando tras de sí á la mayoría, el Presidente (que era Ríos Rosas) empezó así su refutación:—“El Sr. Campoamor, que en vez de *ilustrar* las cuestiones las *ameniza...*”

Y es que Campoamor (perdónenos su ausencia), no ha tomado nada *en serio* en toda su vida. Cree que la *seriedad*, como las orejas largas, es patrimonio de los asnos. Mira la vida como un sainete de brevísima duración, y recordando la pregunta de Augusto desde su lecho de muerte, aspira á repre-

sentar el papel más divertido de la comedia y procura alargar la fábula todo lo posible.

Cuando se le ve en los días más serenos y templados rodear su oronda humanidad con pieles y se le pregunta el motivo de tanto lujo de precaución, contesta:—“Quiero ver lo que dura una persona bien cuidada.”

Y sin embargo, este pagano rezagado, que no tiene de cristiano más que su mujer; este comensal de Mecenas, hermano gemelo de Horacio, no es egoísta. Su bolsa está abierta constantemente á los pobres y á los amigos; sus dehesas son una hospedería permanente, en las que ejerce la hospitalidad con tanta cordialidad como esplendidez. Nadie le gana como anfitrión. Tiene toda la bondad, generosidad, nobleza y desprendimiento de un *vir... bonus* con bondad puramente natural. Por un amigo es capaz de tirarse de cabeza á un pozo. Cuando por no abandonar á Romero Robledo se separó del partido conservador, replicaba á los que le motejaban de inconsecuente:—“Si yo no siguiera la suerte de Romero Robledo, habría que colocarme en la Puerta del Sol como la *Estatua de la ingratitude.*”

Como poeta lo es de nacimiento. Eslo además porque *piensa* tanto como *siente*, aun cuando piensa generalmente mal. En cuanto

á *reglas*, sólo tiene la regla de no tener ninguna. Cuando acaba una obra, antes de leérsela á sus compañeros los académicos, se la lee á su *cocinera*, para ver el efecto que en el alma virgen del vulgo produce la exposición de los afectos humanos.

El secreto de su inmensa popularidad está en la fácil naturalidad con que dice las cosas hondas. Las aves, las flores, los niños, los ancianos y las mujeres son sus asuntos predilectos y los héroes de sus *epopeyas* ideológicas. Todo parece inocentísimo... pero no os fiéis: por entre los nacarados y olorosos pétalos de la flor... asoma su dardo el venenoso áspid, suavemente enroscado alrededor del tallo virginal.

Alguien ha comparado las poesías de Campoamor con un pomo del Renacimiento cincelado por Benvenuto, que en vez de bálsamo salutífero encierra una ponzoña mortal. Nosotros las comparamos con uno de esos puñalitos adamasquinados, verdaderas joyas de tocador, cuya acerada y luciente punta está impregnada de *curare*. Seduce á los ojos por lo gentil, se toma entre las manos como un juguete. Sin saber cómo, su punta imperceptible ó su filo acerado hace correr un poco de sangre; el veneno se desliza en el torrente de la circulación, y cuando que-

réis acordaros, el frío de la parálisis ha invadido vuestro pecho, ha amortiguado vuestro corazón: el alma... ¡es un cadáver!

Como filósofo... había que ahorcarle. El P. Zeferino lo dice: es una naturaleza filosófica: si quisiera filosofar *seriamente*, sería una *gloria nacional* cortada por el patrón de Luis Vives y de su escuela. Tiene todos los caracteres del criticismo español. Pero no quiere... y sólo revela su natural poder de especulación forjando hipótesis como su teoría ideológica, basada en la cantidad, que asombra y que suspende, y cerrando lanza en ristre contra el formidable escuadrón de *Caballeros de la Lenteja*.

En suma, es un filósofo español de pura raza: sería un *tomista* incomparable si Santo Tomás no fuese fraile. Eso de *convento* le entristece, á él, que sólo concibe la humanidad discreteando alegremente en los jardines de un serrallo.

No negaremos, sin embargo, en muestra de imparcialidad y para que el retrato sea completo, que este *loco de atar...* (literariamente hablando), al que se podría aplicar aquello que dice Rubí de Colón:

«¡Es loco, que más de un cuerdo
Quisiera su entendimiento!»

tiene lucidos intervalos, en que se levanta á toda la altura de sus prodigiosas facultades. Entonces, poeta, su musa irritada tiene acentos proféticos dignos de la lira de Israel; filósofo, su mente fulgura con las iluminaciones espiritualistas y esculpe fórmulas que parecen sentencias de Pascal. El filósofo y escéptico *humorista* desaparece de pronto, y en su lugar queda el atleta vengador de la fe, de la justicia, del honor y de la majestad en la historia, en la filosofía y el arte. Su palabra, tajante como una hoja toledana, penetra hasta la medula de los huesos, y deslumbra, al caer, los ojos. Su estilo, semejante al cincel de un escultor, labra en el ánimo más endurecido la reproducción de sus afectos. Entonces se ve la fuerza que puso Dios en aquella cabeza extraordinaria. Subyuga y avasalla su estro potente... Pero todo esto es un relámpago pasajero y fugaz; como si le molestase ostentar las energías de su naturaleza, corre á deponer la clava, como Hércules afeminado, para empuñar la rueca, reposando su cabeza sobre la liviandad ataviada con los atributos de una musa.

Y entonces es cuando, para justificar su deserción, inventa *sus teologías*, que no merecen otro nombre, por más ingenio y sutileza que revelen sus desenfadadas teo-

rías *estético-morales*, reductibles todas ellas... en puridad, á la respuesta de aquel borracho que, amonestado en un momento de templanza por sus hijos ante el espectáculo de los traspies y caídas de un compañero suyo devoto de Baco, que salía de uno de sus templos, como le hiciesen ver la degradación y bajeza de aquella *imagen de Dios* rebajada al nivel de los mismos brutos, escarnio y ludibrio de las gentes, se apresuró á replicar: —“Callad, necios, vale más la alegría que ese hombre lleva en el cuerpo, que toda la seriedad de los que se burlan.,”

Así son las *filosofías del arte* de Campoamor, despojadas de las brillantes paradojas con que las reviste su ingenio.

Lo mismo que en el arte y la ciencia le pasa en la vida social. En una ocasión, tratando una cuestión que se había hecho política, llamó... no sé qué á los marinos: toda la Armada le desafió. Hallábase postrado á la sazón con intensa fiebre. Aquel hombre corriente, juguetón, afable y dulce, no se enfadó; pero se *envenenó con quinina*, y durante los efectos del envenenamiento, en un paréntesis que forzó á abrir á la calentura, cortó la cara de un sablazo al formidable campeón designado por sus contrarios... y tomó el contraveneno después. No le ensal-

céis la *heroicidad*: en materia de *sablazos*, encuentra muchísimo más *heroico* cualquiera de los muchos que le dan la turbamulta de sus admiradores y discípulos.

¡Sus discípulos! ¡Justo castigo á su perversidad! Semejantes, por lo común, al... rucio que se propuso imitar alfaldero, toman las genialidades peculiares de Campoamor por perfecciones genéricas; y dejándose olvidados *del otro lado de la cuna* la ática sal, la vis cómica, la sutil agudeza y la honda intención de su maestro... salen retozando por esos campos de Dios con cada *Dolora* que es capaz de hacer verter lágrimas de dolor al mismo Convidado de piedra.

No; Campoamor no puede tener discípulos, ni puede dejar escuela, ni sus imitadores podrán ser otra cosa que caricaturas sin gracia de este originalísimo escritor.

Quitad á Campoamor su personalidad exuberante que se insinúa y que se impone; quitadle su inimitable modo de leer con que graba en el ánimo de sus oyentes, acentuando hasta el más delicado matiz y arrastrando ó recogiendo la frase, la intención oculta en el más cándido de sus versos; quitadle el *dejo montañés* que, como las frías nieblas de su patria, proyecta no sé qué vaga tristeza y melancolía en sus más alegres y so-

leadas producciones; quitadle el atrevido y rápido pero seguro toque con que aventura una *sublimidad* sobre el borde de un *ridículo*, y os sucederá lo que con la *sopa de guijarros* del soldado le sucedió á la cándida patrona que, más avisada al cabo que los discípulos de Campoamor, es de creer que arrojaría á la espuerta los *pedruscos* en vez de arrojarlos á la cabeza del público con el título de "*imitaciones*„.

Pero volvamos á Campoamor, ó mejor, *acabemos* con él.

Campoamor recibió de Dios los más prodigiosos dones: los dones más á propósito para llenar una misión cuya fórmula el mismo Campoamor nos ha dejado. El hombre que escribió como lema y blasón de su carrera literaria: *La metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje*, hubiera realizado en su propia personalidad el filósofo literato ó el literato filósofo, que tanto necesitaba la cultura patria.

Por este camino le llevaba Dios... pero él prefirió seguir por el que le llamaba el diablo; y en vez del pensador serio, investigador y fecundo que arrancase nuevos secretos á la realidad interrogada por su genio apremiante y poderoso, ha preferido ser el ingenioso y chispeante sofista que todos co-

nocemos; y en vez de ser el poeta de las grandes ideas y de los grandes sentimientos que llamase con su inspirada voz el corazón á lo alto, es el poeta... que... ¡todos! leemos; filósofo y poeta tanto más perjudiciales, cuanto más resplandece en sus producciones el genio y la inspiración que ha recibido de lo alto.

Ayala se lo dijo en una sustanciosa' composición, que es un retrato de cuerpo entero á lo Velázquez del gran ingenio asturiano. Si la supiéramos de memoria, la estamparíamos aquí como prueba de todo lo que hemos dicho. Sólo recordamos el pensamiento final que sintetiza todo nuestro pensamiento, á saber: que Campoamor no sería tan malo si Dios no lo hubiese hecho tan bueno.

«Tú no serías tan malo
Si fueses algo peor.»

Por eso nosotros, siempre que nos despedimos de él, asombrados de su valer é indignados de la labor en que se emplea, le repetimos aquello de que "á pocos negará Dios con más sentimiento y con mayor justicia la entrada en el reino de los cielos,,.

Porque esto es lo que nos pasa á nosotros al criticarle. Nos da tanta pena acusarle

ante nuestros lectores, que sin ser escrupulosos, ni mucho menos, hemos de confesarlos de una tentación de *herejía* que nos asalta. Al ver lo *buenamente malo* que es Campoamor, quisiéramos creer que después del juicio final en que por desagravio á la vindicta pública debe ser condenado... á lo menos por una vez, y accediendo á la unánime aclamación de todos los elegidos, la divina prerrogativa iba á ejercitar la gracia de indulto... para aplicársela á este escritor... ¡imposible!... á quien no se puede menos de querer con toda el alma, cuando en ley de justicia y razón debía detestársele con todos los sentidos. Porque en él son simpáticos el error y la deformidad, y en vez de indignación y de escándalo, sólo provocan alegres sonrisas sus atrevimientos más audaces... porque sus versos, como sus pensamientos, como sus hechos y dichos, no son ni dichos, ni hechos, ni pensamientos... son simplemente *cosas* para todo el mundo, y con este pasaporte que le expide por sufragio universal la opinión pública, escala y alborota los cielos, revuelve toda la tierra, alegra y divierte los infiernos, y viejos, y mozos, y viudas, y doncellas, aspiran sonriendo los mortales y embriagadores perfumes de las vistosas flores de su ingenio,

murmurando para su excusa ante Dios, ante su conciencia y la sociedad, el *visto bueno* del pasaporte universal.

“¡Cosas de Campoamor!,”

«Cosas tenedes el... Cid...
Que farán fablar las piedras.»

ALEJANDRO PIDAL Y MON.



ADVERTENCIA



Las TERNEZAS Y FLORES, los AYES DEL ALMA y las FÁBULAS, todas las poesías, en fin, incluidas en este tomo, han sido escritas por el autor desde los quince á los veintitrés años de edad.

Las TERNEZAS Y FLORES fueron publicadas por primera vez por el Liceo Artístico y Literario; y hoy, que han pasado tantos años, no encuentro la razón de por qué aquella Sociedad literaria tuvo la benevolencia de publicarlas bajo su protección, ni sé qué clase de mérito pudo hallar en ellas en un tiempo en que ya estaba en su apogeo la gloria de nuestros primeros poetas contemporáneos.

Hoy me hallo yo tan lejos de creer que las TERNEZAS Y FLORES mereciesen la distinción

con que fueron honradas por el antiguo Liceo Artístico y Literario de Madrid, que, á pesar del empeño del editor, no hubiera dado permiso para reimprimirlas si no fuera porque creo que todo autor que tiene la desgracia de exponerse á ser juzgado por el público, se halla en la obligación de exhibir todas las obras de su inteligencia, sean buenas ó malas, porque el lector debe saber cómo se ha efectuado el desarrollo del pensamiento del escritor que honra con su atención. Eso de que un autor no publique más que una ó dos docenas de las composiciones que crea más superiores, como si él empezase por donde los demás concluyen, tiene un no sé qué de preparado y de teatral que repugna á la franqueza de mi carácter.

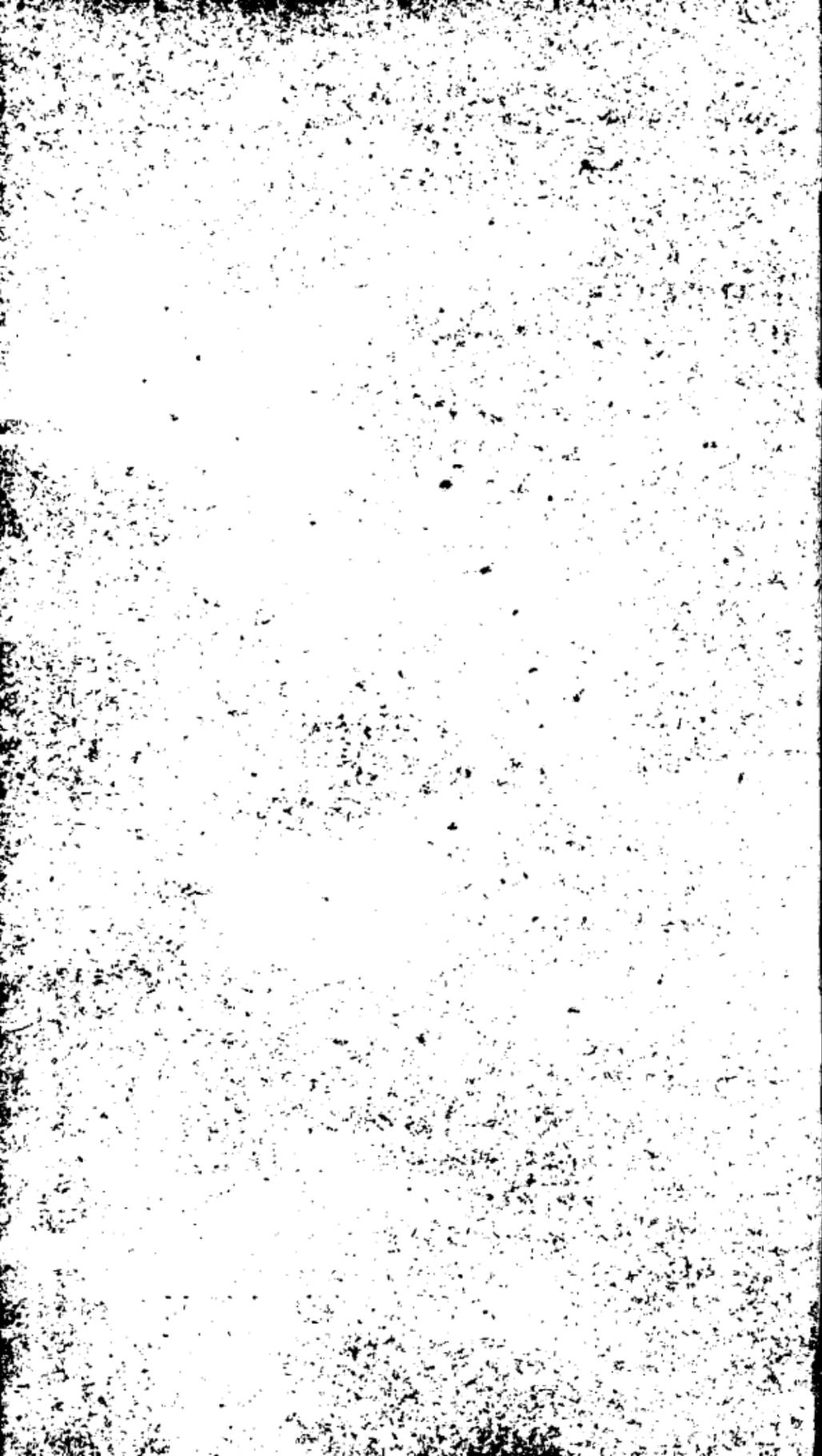
En los *AYES DEL ALMA* van incluidas, por razón de método, algunas composiciones escritas después de los veinte años, como el romance á la *Guerra de Africa* y algunas otras más. En cambio se han trasladado á las *Doloras* algunas poesías de aquel tiempo, que se incluyeron en las primeras ediciones de los *AYES DEL ALMA*.

Aseguro al lector que tengo tan poca confianza en la bondad intrínseca de estas mis primeras composiciones, que, repito, sólo me ha obligado á permitir que se reimpri-

miesen la razón que dejo expuesta, y además la muy poderosa para mi corazón de que me alegro siempre de ver reproducida la epístola *A mi madre*, una de mis antiguas poesías que yo más quiero.

CAMPOAMOR.





TERNEZAS Y FLORES

LA NIÑA Y LA MARIPOSA

Va una mariposa bella
volando de rosa en rosa,
y de una en otra, afanosa,
corre una niña tras ella.

Su curso, alegre y festiva,
sigue con pueril afán,
y con airoso ademán
la mariposa se esquiva.

A veces con loco intento
quiere hacer presa en sus galas,
y, en vez de tocar sus alas,
toca las alas del viento.

Y su empeño duplicando,
cuanto más corre afanosa,

más leda la mariposa
va su inocencia burlando.

La ciñe en rápido giro,
y al ir á cogerla esbelta,
por cada vez que se suelta,
suelta la niña un suspiro.

Mas, sin ceder en su anhelo,
presta una, y la otra ligera,
ni una acorta su carrera,
ni la otra amaina su vuelo.

Y vagan embebecidas,
sin sentir indiferentes
ni el son de las claras fuentes,
ni el de las auras perdidas.

Ni los pájaros que espantan,
entre las ramas divisan,
ni ven las flores que pisan,
ni oyen las aves que cantan.

Y mientras éstas cantando
siguen con plácido estruendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

— Amaina el vuelo sereno,
mariposa,
de quien es albergue el seno
de la rosa.

¿Por qué en tal dulce ocasión
vas sin tino
huyendo así la prisión
de lazo tan peregrino?

Reina de las blandas flores,
sus enojos
no temas, ni los ardores
de sus ojos,
porque ese puro arrebol
que enamora,
si es luciente como el sol,
es tierno como la aurora.

Entre mil palmas no hay talle
más galano,
ni azucena en todo el valle
cual su mano.

No oirás de su voz divina
la dulzura,
ni en el rui señor que trina,
ni en el raudal que murmura.

Aprende el aura á ser leve
de su planta,

y, para formar con nieve
su garganta,
le dió el cisne el atavío
de su pluma,
lumbre la aurora, y el río
su plata, cristal y espuma.

—No sigas más la inconstante
mariposa,
enamorada y errante
niña hermosa,
que al fin vendrá á ser cautiva
de tu llama,
si aun amorosa, aunque esquiva,
la luz de los cielos ama.

Y aunque aspira de mil flores
la fragancia,
no imites en tus amores
su inconstancia;
que al fin de tanto vagar,
suele, hermosa,
entre las flores hallar
la hierba más venenosa.

Imita sólo su vuelo,
pues serena,
Jamás, niña, toca el cielo,
ni la arena.

Quien se humilla ó sin razón
subir quiere,
muere á manos de un halcón,
si á las de un áspid no muere.

Mas ¡ay! que vas en pos de ella
vagarosa,
sin escuchar mi querella,
niña hermosa.

Sigues con presteza tanta
tu contento,
que así encomiendas tu planta,
como mi súplica al viento.

Y en tan inocente afán,
como su gusto entretienen,
así vagabundas vienen,
y así vagabundas van.

A veces en su embeleso
la mariposa, al pasar,
suele fugaz estampar
sobre su mejilla un beso.

Y rauda su vuelo alzando,
la niña de ángel blasona,
al trazar una corona
sobre su frente girando.

Y siguen acordemente
la mariposa en sus giros,
la niña con sus suspiros,
con sus rumores la fuente.

Vagan los aires suaves
formando dobles acentos,
y al grato son de los vientos,
siguen cantando las aves.

Y entre tanta melodía,
tanta corriente murmura,
que es todo el aire frescura,
aroma, luz y armonía.

Y susurrando congojas,
prosiguen mintiendo quejas,
en el pensil las abejas,
y en la enramada las hojas.

Y tiernas flores hollando,
y frescas auras batiendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

LA FLOR DEL VALLE

IMPRESIONES DE UN DÍA DE VIAJE

Flor columpiada entre abrojos,
que en tan apacible calma
trocando estás mis enojos;
tanto me encantas el alma
cuanto suspendes mis ojos.

Y no para mi tormento
quieras divertir mi intento,
que asaz divertido está;
deja á un triste que en el viento
sembrando ilusiones va.

Y aunque hacia ti me encamina
tu purpurino arrebol,
démame, flor peregrina,
que trasponga esa colina
antes que ese monte el sol.

Porque, en mi amante locura,
comparándote á mi bien,
al lado de tu hermosura
me hallará la noche oscura,
y el claro día también.

Huyendo voy del amor
y de sus templadas iras;
si voy ó no con dolor,
¡bien claro lo miras, flor,
si es que á los ojos me miras!

¡Cuál en un pecho afligido
la ya adormecida holganza
despierta un valle florido,
y más cuando está vestido
del calor de la esperanza!

¡Qué dulce si canta un ave
con tierno y sentido afán!
¡Si forma el aura suave
sonidos que nadie sabe
si cruzan, vienen ó van!

¡Y cómo el alma enajena
el agua murmuradora,
cuando, al tumbarse serena,
roba las conchas sonora
rodando sobre la arena!

¡Qué regaladas dulzuras
la queja en el alma deja,
de aquellas tórtolas puras,
pues se dicen mil ternuras
para decirse una queja!

Y los sentidos atentos
á tan deliciosos sonos,
¡oh, cómo escuchan contentos
las acordadas canciones
de los acordados vientos!

¡Bien hayas, pintada flor,
gloria del pintado Abril,
de tan delicado olor,
que extiende el aura sutil
con tus olores, tu honor!

Los rayos del sol te doran;
por ti las aves suspiran;
los céfiros te enamoran,
y los viajeros te admiran,
si las serranas te adoran.

Te prestan son los ambientes,
el plácido Abril sus galas,
ruido las mansas corrientes,
oro las rubias zagalas,
plata las serenas fuentes.

Te arrulla el árbol sombrío .
el alba aljólar te llora ,
te da la noche rocío ,
perlas y espumas el río ,
luz y diamantes la aurora .

Y al valle tu olor prestando ,
con muelle calma estás viendo
cruzar por el aire blando ,
ya las tórtolas gimiendo ,
ya las alondras cantando .

Y en dulce tropel hirviente
livianos los ecos luchan ,
fatigando el manso ambiente ;
por repetir dulcemente
lo que dulcemente escuchan .

Y los sentidos atentos
á tan deliciosos sonos ,
¡oh , cómo escuchan contentos
las acordadas canciones
de los acordados vientos !

—Al ver tanto bien, mi estrella
me acuerda los que gocé
en el regazo de aquella
que loco por bella ame ,
y me despreció por bella .

No es la luz de la mañana
cuando del valle lozana
las plácidas flores pisa,
tan hechicera y galana
como su dulce sonrisa,

Tanto ¡oh flor! se hace temer
el oro de sus cabellos,
que menos es menester
que el que ellos se dejen ver,
para ser esclavo de ellos.

Y más el alma enajena
que el agua murmuradora,
porque es su voz seductora
como las auras, serena;
como las fuentes, sonora.

Tiene, si el alba blancura,
nieve su pecho gentil,
como las palmas frescura,
cristales su frente pura,
coral su boca y marfil.

Es de las serranas diosa,
dulce afán de los pastores,
tierna amiga de la rosa,
hermana del alba hermosa,
reina de las bellas flores.

—¡Triste, y con turbado intento,
de todas mis dichas hoy
me alejo, y de mi contento!...
Por eso, flor, en el viento
sembrando ilusiones voy.

Adiós, y no extrañes, flor,
que mis amores te cuente,
porque no hay placer mayor
como el placer que se siente
contando cuitas de amor.

En prueba de mi ternura,
para aliviar mis dolores
toma esta lágrima pura,
á ver si una vez natura
me da por lágrimas flores.

Mas si nacieran así,
fuera, según la abundancia
con que salieron de mí,
todo un pensil la distancia
que media desde ella á ti.

Y así su son los ambientes
te den, y el Abril sus galas,
ruido las mansas corrientes,
oro las rubias zagalas,
plata las serenas fuentes.

Y al valle tu olor prestando,
con muelle calma estés viendo
cruzar por el aire blando,
ya las tórtolas gimiendo,
ya las alondras cantando.

Y adiós; que turbio ilumina
el vespertino arrebol;
déjame, flor peregrina,
que trasponga esa colina
antes que ese monte el sol.



Á LA LUZ

SILVA PRIMERA

LA MAÑANA

Ya la luz matutina
fantástica, riente,
se asoma peregrina
por el rosado Oriente,
y rica y esplendente
entre risas y perlas se avecina.

En las auras, pasando,
sus levísimas huellas
ligera va estampando,
las nubes matizando,
éstas de nieve, de carmín aquéllas.

Ya las tiñe nevada,
riendo bulliciosa,
ya en sus limpios vapores,

partida en mil colores,
las esmalta rosada,
bella, si colorada,
pero si blanca, hermosa.

Y así pasando leve,
fugaz de nube en nube,
pisando veleidosa
con su fúlgida huella,
ésta con pies de nieve,
con pies de rosa aquélla,
la luz de la mañana
por el Oriente sube,
derramando lozana
con grata confusión jazmín y rosa.

Su colorada lumbre,
como tapiz galano,
desde la aérea cumbre
del más alzado monte
tiende risueña hasta el florido llano.

Y discurriendo esquiva
por el vago horizonte,
entre sombras y lejos
tiñe con sus reflejos
la niebla fugitiva;
y así con raudo vuelo
sus vivos resplandores
cruzan el ancho cielo,
cegando estrellas y dorando flores.

Las despeñadas fuentes
su venida celebran
hirviendo transparentes,
y con bullir sonoro,
entre las guijas de oro
cuajando espuma sus cristales quiebran.

El amoroso bando
de céfiros süaves
va por el valle errando,
sin fin multiplicando
los dulces ecos de las dulces aves.

Saludan la alborada
los arroyos corriendo,
los pájaros trinando:
aquéllos las orillas
de perlas guarneciendo,
y éstos al aire blando
plumas y sonos dando.

Ligeras á su luz corren las fuentes;
solícitas susurran las abejas:
los céfiros murmuran transparentes,
y los olmos también, que entre sus hojas
las tórtolas cobijan
que, gimiendo dolientes,
ya exhalan de dolor tiernas congojas,
ya repiten de amor plácidas quejas.

Anuncian su venida
las auras murmurando

los árboles sus cúpulas meciendo ,
las ovejas extáticas balando ,
la mar sonora con su ronco estruendo,
con sus lánguidos sonos los ambientes,
con sus cantos los dulces ruiseñores,
bajando de los montes las corrientes,
subiendo de los llanos los pastores.

El prado su verdura
le ofrece cuando huella sus alfombras,
espejo el agua pura ,
los árboles sus sombras,
los montes su frescura ,
y perlas y colores,
verdor y aroma las modestas flores.

—¡Celeste emanación, reina del día!
aunque en silencio mudo,
si te veo ahuyentar la noche umbría ,
yo también te saludo
con toda la efusión del alma mía.

Ven, luz resplandeciente,
cruzando el eter con serena calma ,
porque las negras sombras
que en el turbio Occidente
á tu aspecto cobardes se apiñaron,
impuras me dejaron
sin paz los ojos, sin sosiego el alma.

Vea hundirse en el lóbrego Occidente
esa turba de nieblas malhadada
en confuso tropel, y sean nada
al dulce albor de tu serena frente.

Deshaz las sombras, portadoras antes
de regalados sueños,
y que en sus alas de vapor flotantes,
me traen hoy fatídicos ensueños.

Oscurece en tu espléndido camino
las pálidas estrellas,
porque no dude entre ellas
cuál la estrella será de mi destino.
Llévate en pos la desmayada luna,
que tristes para mí sus rayos fueron,
pues mil promesas por su faz me hicieron,
y nunca ¡oh luz! se me cumplió ninguna.

Apaga esplendorosa
de fuegos fatuos los siniestros brillos,
que las alas hendiendo
de la nocturna brisa,
van la amarga sonrisa
de espíritus maléficos mintiendo.

Alumbra los torrentes;
que al escuchar sus desacordes ruidos,
bañado en tierno llanto,

creí que violentos
los encontrados vientos,
arrastraban la fúnebre carroza
del erizado espanto.

Y rica de colores,
y pródiga de rosas y jazmines,
matiza los vapores
que pueblan los ambientes,
porque henchidos de cándida pureza,
imiten relucientes
las alas de los blancos serafines.

SILVA SEGUNDA

EL MEDIODÍA

Descompuesta en cambiantes
por el éter resbalas
serena luz del cielo
con ilustre decoro,
tendiendo en manso vuelo
las relucientes alas
que engalanan, vistosas,
topacios y diamantes,

como tu albor brillantes,
y fúlgidas y hermosas
ricas cenefas de amaranto y oro.

Cándida fulgurando
tus rayos esplendentes,
vas en tu curso blando
serena matizando
las auras lisonjeras
con visos transparentes,
y limpia reverberas
si en los aires azul, blanca en las fuentes.

Luciendo esplendorosa
la atmósfera enriqueces,
á veces de oro y rosa,
de nieve y grana á veces;
y al repartir galana
ya el oro, ya la nieve,
ya la encendida grana,
con mágicos vislumbres
bordas, pasando leve,
de plata el ancho mar, de oro las cumbres.

Y pura y rutilante,
desde tu claro asiento
con vagos resplandores
esclareces brillante
la tierra de colores,
si de llamas el viento;

y arrastrando lumbrosa
de blancos arreboles
el escuadrón lucido,
cruzas el aire, de tu gloria henchido,
con alas de jazmín y pies de rosa.

Alzas el vuelo ardiente
hacia el cenit radiante,
y en él vivificante
blanca te enseñas,
y con ligero paso,
desde el risueño Oriente
hasta el ceñudo ocaso,
tu corte luminosa
en alas de tu ardor libre paseas.

Y al fogoso ardimiento,
aunque fogoso, grato,
de tu abrasado aliento,
con magnífica pompa y rico ornato
arden los bosques y se enciende el viento.

Natura, fascinada
al dulcísimo peso
de tan puro embeleso,
se aduerme sosegada.
Ni balan las ovejas,
ni las hojas se mueven,
ni las volantes auras
á murmurar se atreven.

Se ostentan en sus tallos
inmóviles las flores;
tendidos á las sombras,
del soto en las alfombras
se mira á los pastores.
Mudos callan los ecos,
las diáfanas corrientes
débil rumor levantan;
y con blando reposo
en éxtasis sabroso
ni el aura vuela, ni las aves cantan.

Tal vez en la espesura
el céfiro despierta
para tejer doseles
de rosas y claveles,
porque en la frente pura
del clavel y la rosa
se mitigue la saña
de la luz enojosa,
cuando estival con profusión nos baña.

Cruzando perezosos
el prado los insectos,
los rayos luminosos
con lángido desmayo
embelesados miran,
y mil átomos giran
en torno al resplandor de cada rayo

A flor del agua pura
los peces se levantan
desde el profundo asiento,
y rápidos quebrantan
su límpida clausura
con presto movimiento.
La tersa superficie
se muestra delicada
partida en cien espejos,
y el aire matizando,
bellísimos reflejos
irradia colorada.
En la fuente serena
se mira rodeado
cada grano de arena
de puros arreboles,
y en fingido traslado
cada gota gentil miente mil soles.

Los ánades sus alas
sobre las aguas tienden,
que cual lustrosos prismas
mil colores desprenden;
y ya azul, ya rosada,
ya de color de nieve,
sutilísima, leve,
la luz brillando salta
de sus flotantes plumas,
y blanca y azulada,

y de color de rosa,
y espléndida y hermosa,
ligeramente esmalta
las bullentes y cándidas espumas.

Pulidos reluciendo
los purpúreos corales,
los nácares y conchas
y perlas orientales,
con fúlgida armonía,
espléndidos parecen
los blancos arenales
alfombras de brillante pedrería.

La meridiana lumbre
su planta esplendorosa
sobre las nubes sienta,
y allá en la excelsa cumbre
la frente nacarada
de záfiro ornada,
con pompa, majestad y orgullo ostenta.

Vertiendo ardor fecundo,
con pies de rosicler bordando flores,
la luz que tanto adoro
con leves alas de oro
el claro vuelo sigue, henchiendo el mundo
de arreboles y llamas,
y reflejos y visos y colores.

—Serena luz: ¡qué hermosa,
arrastrando tu séquito lucido,
cruzas el aire, de tu gloria henchido,
con alas de jazmín y pies de rosa!

Por eso arrebatadas
por beber de tus rayos celestiales
la benéfica lumbre,
rápidas hienden la celeste cumbre
en vistoso tropel las garzas reales.

Por eso transparentes
caminando las fuentes
con sosegadas huellas,
ni murmuran querellas,
ni arrojan perlas, ni rumor levantan;
y sin duda por eso
adormidas con mágico embeleso,
ni el aura vuela, ni las aves cantan.

¡Oh! Corona la esfera
del ardimiento grato
de tu abrasado aliento,
porque al fulgor de tu imperial carrera,
con magnífica pompa y rico ornato,
ardan los bosques y se encienda el viento.

SILVA TERCERA

—
LA TARDE

Con agradable paso,
dulce, adorada lumbre,
el noble señorío
cedes del cielo raso
al resplandor sombrío
de las rubias estrellas,
y plegando tus alas
en grata mansedumbre,
recoges ¡ay! con ellas
tu hermosa esplendidez y ricas galas.

Ornada de rubíes,
hundes la tierna frente
en la mar encendida,
y con franjas vestida
de rojos carmesíes,
retocas levemente
la mar de verde y plata,
de azul del ancho cielo,
y, con lucido vuelo,

las nubes de escarlata,
y de esmeralda el suelo.

De las excelsas vías
ligera te desprendes,
y si al nacer subías
de nube en nube osada,
ya mustia y desmayada,
de una en otra descienes,
y en las verdes alfombras
de los profundos mares
tu manto real descolorida tiendes,
cegando luces y engendrando sombras.

Con plácido desmayo
su incendio peregrino,
ya débil, mortecino,
se apaga rayo á rayo;
y leve y rubicunda,
de su fulgor escaso
débilmente se inunda
el esplendente ocaso;
y fulgurando triste,
de la atmósfera vana
el transparente manto
ligeramente viste
con pálidos reflejos,
ya aquí de rosa y grana,
ya allá de nieve y rosa,

acullá de amaranto,
más lejos de oro, y de jazmín más lejos.

Iluminando apenas
el cárdeno horizonte,
con ráfagas serenas
riela esplendorosa
colorada en el monte,
rica en los cielos, y en la mar hermosa.

¡Cómo están despidiendo
del rojo sol las postrimeras lumbres
con desacorde estruendo,
balando los rebaños por las cumbres,
por los valles las tórtolas gimiendo!

Y en alas de los céfiros suaves
formando bandas, por los aires, bellas,
¡oh, cómo en pos de sus brillantes huellas
rápidas van las altaneras aves!

Con lúgubre gemido
solloza el manso viento;
es un ¡ay! cada ruido,
cada voz un lamento.

Los árboles sus cúpulas frondosas
con verde pompa y majestad inclinan,

á impulso de las auras sonoras
que hacia el ocaso tras la luz caminan.

Si alza la noche su atezado manto,
la luz huyendo, sus horrores dobla;
si gime un ave en dolorido canto,
el eco gime, y su plañir redobra.

Quejas levanta al murmurar doliente
fugaz el aura en apacibles giros,
y al trasmontar la luz, son de la fuente
las aguas llanto, y el rumor suspiros.

¡Ay! No es así cuando á los frescos llanos
bajan al alba en celestial decoro
sílides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñen con guirnaldas de oro.

Plácida entonces entre flores gira
ligera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respira
amor la selva, y la pradera amores.

La niebla entonces por el manso viento
se adorna de los rayos matutinos,
y entonces se oyen, con sabroso acento,
en vez de quejas, amorosos trinos.

—¡Sombras, que osada hacia el rubio ocaso
camináis tristemente

tardías, refrenad el negro paso;
que aun brillan, cual lucientes atalayas,
del yerto monte las robustas hayas!

¡Refrenad, bando impuro,
el paso acelerado,
templando los horrores
de vuestro manto oscuro;
que aún miro alborozado
del claro sol al resplandor propicio,
si alfombras huella de olorosas flores,
ó la orilla tal vez de un precipicio!

No importa que de estrellas,
al parecer tan bellas,
bordéis esplendorosas
las alas tenebrosas;
sus pálidos reflejos
son mentidos espejos;
y el brillo afrentan de las más preciosas
las falsas piedras, si se ven de lejos.

Mas ¡ay! que con tu corte refulgente,
luz de mis ojos, te abismaste en tanto...
¿Por qué, si al trasmontar, son de la fuente
ayes los sones, y las aguas llanto?

Vuelve otra vez, porque á los frescos llanos
bajen al alba en celestial decoro

sílfides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñan con guirnaldas de oro.

Vuelve, y que entonces entre flores gire
ligera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respire
amor la selva, y la pradera amores.

~~~~~

## LA GÜIRNALDA

—————

Dar pretendo á la más bella  
que menos sepa de amores,  
una guirnalda de flores,  
y mi corazón con ella.

Niñas de los ojos bellos,  
al triunfo optad las primeras,  
si al par contáis hechiceras  
las gracias y los cabellos.

Venid sin vanos aliños  
con ella á ser coronadas,  
hermosas como las hadas  
con quien soñamos de niños.

Palma del mejor modelo  
será esa guirnalda hermosa  
que al aire ondea graciosa,  
mintiendo el iris del cielo.

Listadas de azul y gualda  
sus bellas flores nacieron;  
jamás las gracias tejieron  
tan peregrina guirnalda.

Ved las auras amorosas  
¡cómo vagando la mecen!  
ved ¡qué conformes parecen  
entre los lirios las rosas!

Con los azahares distinto  
junta el clavel su carmín,  
y entre jazmín y jazmín,  
salta el color del jacinto.

¡Cómo en la tierna guirnalda  
concuerdan con dulce agrado  
con el matiz más nevado  
la más subida esmeralda!

¡Y cuán gallardas las flores  
dan, con gentil movimimiento,  
capullos y hojas al viento,  
frescura, esencia y colores!

Si alguna, entre tanta bella,  
aspira al don soberano,  
levante airosa la mano,  
y ciña su sien con ella.

Mas cuide no se la ciña  
sin ser de beldad modelo,  
pues pagará, vive el cielo,  
su inadvertencia de niña.

Que nadie el don halagüeño  
sin causa podrá alcanzarlo,  
pues se deshace, al tocarlo,  
como la dicha de un sueño.

De alguna sé que la palma  
ganar en la lid podría...  
Mas cesa, esperanza mía,  
no así me inquietes el alma.

Que no han de empañar ahora,  
al recordar mis amores,  
otras lágrimas las flores  
que las que les dió la aurora.

Esa florida guirnalda,  
ya despojada de abrojos,  
ha de hechizarme los ojos  
sobre la tez de una espalda.

Venid, venid, peregrinas,  
matando, niñas de amores.  
Justo es que gocéis las flores  
alguna vez sin espinas.

Y no diréis que inhumano  
vuestro placer no prevengo,  
cuando por vosotras tengo  
llena de heridas la mano.

¿Y á quién, al verla, no asombra  
esa guirnalda gentil,  
tan vaga, aérea y sutil,  
que, opuesta al sol, no hace sombra?

Del cielo la transparencia  
afrenta, así desplegada,  
de aire y matices formada,  
lumbre, contornos y esencia.

Cual las esperanzas mías,  
tiene su verde frescura,  
y tan fresca su verdura  
como el abril de mis días.

Aún no ajaron sus colores  
del céfiro los arrullos,  
ni el huracán sus capullos,  
ni las abejas sus flores.

---

Y con tenue movimiento,  
jamás tocaron sus galas  
ni del ruiseñor las alas,  
ni los gemidos del viento.

Naciente, pura y hermosa,  
se ostenta con pompa suma  
tan fresca como la espuma,  
tan suave como la rosa.

Y fresca y suave y pura,  
sobre los aires flotando,  
desde hoy la dejo esperando  
la reina de la hermosura.

—

Por esto si alguna bella  
merece el don soberano,  
levante airosa la mano,  
y ciña su sien con ella.

---

## Á FELISA



### EL DÍA DE SU BODA

Aunque á la aurora temores,  
y al mismo sol dés enojos,  
te sientan con mil primores  
la languidez en los ojos,  
y en el cabello las flores.

Muestran tantas maravillas  
los diamantes en tu cuello,  
las rosas en tus mejillas,  
que con real ornato brillas  
desde la planta al cabello.

Y aunque arreo tan brillante  
dé á tu belleza decoro,  
¡ay, que en tu lindo semblante  
oculta cada diamante,  
bella Felisa, un tesoro!

Vertiendo dulce sonrisa,  
no ocultes los ojos bellos,  
porque te dirán con risa  
que ya leyeron, Felisa,  
tus pensamientos en ellos.

Embebecida y errante  
vagas con planta insegura,  
cual si escucharas amante  
el céfiro susurrante  
que entre tus bucles murmura.

Ya sé que en este momento  
las niñas en dulce calma  
oyen, con turbado intento,  
cosas que murmura el viento  
y escucha gozosa el alma.

Ya sé que el cielo abandonan  
los ángeles, y que hermosos  
de luz su frente coronan,  
y dobles himnos entonan,  
de su hermosura envidiosos.

Sé que en sus ojos se encantan,  
y que en torno se revuelven;  
acentos de amor levantan;  
las llaman hermosas; cantan;  
besan su faz, y se vuelven.



Y en este instante de gloria,  
con recuerdos seductores,  
ya sé que por su memoria  
pasan la amorosa historia  
de sus pasados amores.

Por eso, Felisa, errante  
vagas con planta insegura,  
cual si escucharas amante  
el céfiro susurrante  
que entre tus bucles murmura.

Dime si tal vez, hermosa,  
en esa ilusión tranquila  
probando estás amorosa  
la dulce miel que destila  
el dulce nombre de esposa.

Di si en tus ojos se encienden  
los ángeles; si contento  
te causa tal vez su acento;  
y si mirándote, tienden  
las blancas alas al viento.

Di si recuerdas, Felisa,  
las canciones que sonaron  
en tu calle, y se apagaron;  
¡que por Dios que bien aprisa,  
siendo tan dulces, pasaron!

Ya no escucharás cual antes,  
allá en las noches serenas,  
sobre los aires flotantes,  
las sabrosas cantilenas  
de los rendidos amantes.

Que os es muy grato á las bellas,  
al son del arpa importuna,  
oir amantes querellas,  
ya al brillo de las estrellas,  
ya al resplandor de la luna.

Y os place ver derramados  
cantos de amor por los cielos,  
porque causen acordados  
á otras hermosuras celos,  
y á otros galanes cuidados.

Y oís las trovas de amores,  
en vuestro lecho adormidas,  
como los vagos rumores  
que hacen al ondear las flores,  
de vuestras rejas prendidas.

Y al despertar, con empeños  
tal vez pensáis que, halagüeños  
os dan, cantando, placeres,  
esos dulcísimos seres  
con quien platicáis en sueños.

Mas ¡ay, que ya se apagaron  
aquellos cantos, Felisa,  
que en tu alabanza sonaron!  
y por Dios, que bien aprisa,  
siendo tan dulces, pasaron.

Pasaron los amadores,  
llevando sus falsas llamas;  
tiempo es que libre de azores,  
trate, Felisa, de amores,  
la tórtola entre las ramas.

Ya no escucharás, cual antes,  
allá en las noches serenas,  
sobre los aires flotantes,  
las sabrosas cantilenas  
de los rendidos amantes.

Las rosas que con pasión  
hoy te prendiste galana,  
las últimas rosas son  
que columpió en tu balcón  
la brisa de la mañana.

Si ya con plácidas glosas  
tu pecho nunca se embriaga,  
aún hay canciones gustosas,  
con que á las tiernas esposas  
el aura nocturna halaga.

---

Si trovas no están rompiendo  
tus sueños, como hasta aquí,  
los romperá el dulce estruendo  
de algún pecho que gimiendo  
esté, Felisa, por ti.

Y unos sones muy callados  
oirás cruzar por los cielos,  
sin que causen, acordados,  
ni á otras hermosuras celos,  
ni á otros amantes, cuidados.

Y á cada momento, hermosa,  
en grata ilusión tranquila,  
podrás probar amorosa  
la dulce miel que destila  
el dulce nombre de esposa.

---

## TU RISA

---

Agite placentera  
la risa veleidosa,  
como el aura ligera,  
tus mejillas de rosa.  
Descienda fugitiva  
por la serena frente,  
ya desaparezca esquivada,  
ya torne de repente,  
ya en fantástico vuelo  
vague, en torno girando,  
ya, dando tregua al duelo,  
huya y torne fugaz, fugaz pasando.

Y después amorosa,  
luego que haya tocado,  
ya el labio colorado,  
ya la mejilla hermosa,  
aérea, rutilante,  
como leve ambrosía,  
venga á caer amante  
en lo más hondo, al fin, del alma mía.

---

## EL ARROYO

---

Arroyo sosegado,  
que al resbalar so la enramada bella,  
murmuras acordado,  
rico de espejos, si de aromas ella,  
en vagos resplandores  
confundiendo tus visos con sus flores.

Ayer, cuando naciste,  
eras pequeño manantial sin brío,  
después arroyo fuiste;  
luego serás en la floresta río,  
y más allá corriente  
que el mar arrostrés con soberbia frente.

Apresurado llega,  
al par de las clarísimas cascadas,  
á la cercana vega,  
que á su placer descienden reclinadas  
con brillante decoro  
en blandos lechos de esmeralda y oro.

Prosigue; que á tu ado  
gimiendo iré, cuando fugaz murmures,

y de mí acompañado  
hasta el valle serás, aunque apresures  
tu cristalina marcha  
con frente de ovas y con pies de escarcha.

Los dos con dulce estruendo  
iremos, tú placeres murmurando,  
yo pesares gimiendo;  
y nuestras voces á la par alzando,  
serán tus alegrías  
rémora acaso de las penas mías.

Cuéntame dó luciente  
bordaste de tu linfa cristalina  
el manto transparente  
de tanta perla y esmeralda fina,  
y con belleza suma  
de dónde arrastras tu nevada espuma.

Cuéntame si brotaste  
al pie de un sauce ó de elevado pino;  
los prados que cruzaste;  
cuántos mármoles viste en tu camino;  
las flores que bañaron  
tus frescas aguas, y á su humor brotaron

Dime las dulces aves  
que de los olmos de tu blanda orilla  
te cantaron süaves,  
y las sierpes que al verte sin mancilla

vertieron su veneno  
para poder cruzar tu limpio seno.

Dime si las zagalas  
tus claras urnas ilustrando viste  
sin inútiles galas;  
y cuéntame los sueños que infundiste  
al oír los pastores  
el dulcísimo son de tus rumores.

Que yo te iré contando  
mis cortos bienes y mis luengos males.

— Mas ¿ la vega mirando,  
presuroso despeñas tus cristales  
y rápido te alejas ?  
Bien haces ¡ ay ! por no escuchar mis quejas,

---

¡ Qué hermosa está la vega,  
cuando bañada de feraz rocío,  
fructífero la riega  
el ámbar celestial de tanto río,  
sobre su nácar blando  
la clara luz del sol reverberando !

Las aguas transparentes,  
formando al oscilar claros espejos,  
los delgados ambientes  
arrebolan de mágicos reflejos,  
que ya azules, ya rojos,  
embelesan extáticos los ojos.

¡Mil veces venturosas,  
tan henchidas de honor, como abundantes,  
corrientes sonoras,  
que pagando tributos en diamantes,  
camináis sosegadas,  
de palmas inmortales coronadas!

Y así con tal premura  
con las aguas medréis de las praderas,  
que, al ver tanta hermosura,  
espantada abandone sus riberas,  
y ceda á vuestro brío,  
reprimida la mar, su señorío.

Seguid, claras corrientes,  
con dulces y suavísimos rumores,  
poblando los ambientes  
de reflejos y débiles vapores,  
que como frágil velo  
los rayos templen de la luz del cielo.

Y á ocultar en los mares  
que llevéis estas lágrimas os pido,  
fruto de mis pesares,  
y último resto de mi afán perdido,  
si acaso por ser mías  
no las desdeñan vuestras ondas frías.

---

## MI HARÉN EN ANDALUCÍA

---

Del alba la luz temprana  
turbados mis ojos ven,  
¿y aún á estas horas, sultana,  
desierto tienes mi harén?

¿De cuándo acá, vida vía,  
á desterrar mis enojos  
viene antes la luz del día  
que el resplandor de tus ojos?

Olvida amantes agravios,  
y ven, sultana, á mi lecho,  
con la sonrisa en los labios  
y la ternura en el pecho.

Ven; que ya libre de penas,  
te ofrezca en amante lazo  
amor en vez de cadenas,  
y en vez de hamaca un regazo.

Tus dulces labios en calma  
aspiren con tierno afán  
estos suspiros del alma  
que á ti de su centro van.

Y para darte más gloria,  
tristes verdades mintiendo,  
voy á contarte una historia  
que anoche forjé durmiendo:

—“Era una hermosa sultana  
de talle esbelto y galán,  
que ha cautivado, inhumana,  
siendo cautiva, al sultán.

Jamás su altivez sentía  
por su cautiverio enojos,  
porque la ingrata tenía  
la libertad en los ojos.

Y aunque tan cruda la bella  
pagaba al amante fiel,  
nunca el rigor de su estrella  
maldijo en sus cuitas él.

Que al hado acusar de impío,  
después de amantes reveses,  
es conjurar al estío  
que ya ha abrasado las mieses,

Y en las revueltas de amor  
tan mal el amor nos paga,  
que está en más el agresor  
que hace más honda la llaga.

En la memoria grabando  
el cuento ve, que es tan cierto,  
como el que forja soñando  
lo que le pasa despierto.

Libre ella, y él en su afán,  
vivían hoy y mañana,  
así rendido el sultán,  
y exenta así la sultana.

Siempre llamaba antes que ella  
á sus ventanas el día,  
y con los suyos la bella  
jamás sus labios ungía.

Y eso que el triste en su agravio,  
por más que su fe te asombre,  
sólo secaba su labio  
mentando en sueños su nombre.

¡Ay del mortal que en sus sueños  
no acuden á darle holganza  
esos fantasmas risueños,  
fruto de nuestra esperanza!

¡Ay del sultán que en su pena  
cultiva locos amores,  
como un erial, cuya arena  
ni cría césped ni flores!

¡Triste de aquel que su amada  
junta soñando á su pecho,  
y al despertar, olvidada  
ve la mitad de su lecho!

Libre ella, y él en su afán,  
vivían hoy y mañana,  
así rendido el sultán,  
y exenta así la sultana.,—

Mas, vive Dios, que en mi gloria,  
loco de amores creía  
que oyendo estaba la historia,  
ebria de gozo la mía.

Creyendo verla soñando,  
mis cuitas de amor la cuento,  
y por Alá que estoy dando  
satisfacciones al viento.

Que llamen á mi sultana,  
si acaso está en los jardines,  
pues ya escucho á su ventana  
trinando los colorines.

Decidla que de pasada  
van en conciertos süaves  
echándola la alborada  
hacia las selvas, las aves.

Ven á quien triste delira,  
sultana, y verte desea;  
que aquí mi pecho suspira,  
si allá el ruiseñor gorjea.

Ven, que ya sueltan rumores,  
formando en tu ausencia quejas,  
los ramilletes de flores  
que anoche colgué en tus rejas.

Y si te place estar viendo  
los rayos matutinales,  
¿á qué te alejas, teniendo  
tus miradores cristales?

Mira desde ellos, si tienen  
cosa que alegre tu afán,  
cómo las luces se vienen,  
cómo las sombras se van.

Las plácidas flores mira  
cual mueve el aura insegura  
que entre las peñas suspira,  
y entre las ramas murmura.

Y en su correr transparentes,  
y en su revolar süaves,  
cantando al son de las fuentes,  
poblar los sotos las aves.

Mira en hermoso atavío  
rico de galas el suelo,  
de algas y conchas el río,  
luz y colores el cielo.

Y mira rindiendo amores  
hoy á tus piés reverentes  
cautivos, árboles, flores,  
céfiros, aves y fuentes.

-----

Y mira hamacas prendidas  
de las palmas;  
¡cuándo estarán así unidas  
nuestras almas!  
Y cómo alegres en ellas  
las cautivas  
se están meciendo, tan bellas  
como esquivas.

Van del ambiente las alas  
regalando,  
de extremo á extremo sus galas  
columpiando;

y aunque oyen de sus cadenas  
el estruendo,  
están al menos sus penas  
adurmiendo.

Flotando en muelles arranques  
van las plumas,  
como en rizados estanques  
las espumas.  
Templa del aire el arrullo  
sus congojas,  
si las inquieta el murmullo  
de las hojas.

Y van por las auras vagas  
en su vuelo,  
como pudieran las magas  
por el cielo;  
ó como allá en alta noche  
placentera  
rueda la luna en su coche  
por la esfera.

Sultana, ve á columpiarte  
voluptuosa;  
no haya moro que al mirarte  
tan hermosa,  
no trueque en grata blandura  
su braveza,

y no incline con mesura  
la cabeza.

Y forma con las cautivas  
tiernos lazos,  
puesto que el columpio esquivas  
de mis brazos;  
tú que en pureza acrisolas  
los azares,  
serás el cisne en las olas  
de los mares.

Y cual el pájaro amante  
que su nido  
sobre la rama ondulante  
ve mecido,  
te miraré, ya marchando,  
ya viniendo,  
ora si vas, sollozando;  
ora si vuelves, gimiendo.

---

Mas deja el columpio erguido,  
y ese brillante arrebol,  
que ya en el cenit tendido  
tus ojos ofende el sol.

Ven á mi harén apiadada,  
donde te aguarda esplendente,  
con profusión derramada,  
toda la gala de Oriente.

Ya busca el agua saltando  
del prado la verde alfombra,  
y, el vulgo de aves sonando,  
entre las palmas la sombra.

La mar apenas murmura,  
y alzan muy débil acento  
las aguas en la llanura  
y en las montañas el viento.

En su lujoso atavío,  
los cisnes, con pompa suma,  
cruzan las aguas del río  
durmiendo en lechos de espuma.

El ruiseñor en su nido  
del sol esquiva las llamas,  
y entre las hojas dormido  
no agita el viento las ramas

Ven adonde halles las flores  
que cría el valle más puras,  
y plumas de mil colores,  
como tu fe mal seguras.

Y espejos que serán parte  
para templar tus enojos,  
pues que rehusas mirarte  
en el cristal de mis ojos.

También historias galanas  
te contaré en mis afanes,  
donde hay ingratas sultanas  
y enamorados sultanes.

Verás en ornato bello,  
si á tal primor no te asombras,  
corales sobre tu cuello,  
bajo tus plantas alfombras.

En mis brazos regalados  
habrán de adormir tus penas,  
las aves desde los prados,  
desde la mar las sirenas.

Y con canciones livianas  
mitigarán tus dolores,  
las auras en las ventanas,  
en los jardines las flores.

Entre tan tiernas canciones  
te ofrecerán con anhelo,  
los aires plumas y sonos,  
galas y alfombras el suelo.

Y cuando en volubles giros  
dándote estén lisonjeros,  
perfumes los pebeteros  
y música mis suspiros,

Agitarán con sus alas  
en torno de ti los vientos  
músicas, plumas y cuentos,  
flores, perfumes y galas.

---

## UN NO SÉ QUÉ

---

Á C....

Tu dulce rostro, mi bien,  
fuera mi dulce consuelo  
si algunas veces también  
no lo empañara el desdén,  
como las nubes el cielo.

Depón tu ceño piadosa,  
y el puerto consolador  
sé de mi esperanza hermosa;  
que el aura es poco amorosa  
cuando aja un almendro en flor.

Al ver tu frente galana,  
dudo si mi pecho adora  
la blanca tez soberana,  
ó dudo si me enamora  
de tus mejillas la grana.

Tus cabellos me encadenan;  
lumbre tus ojos fulguran;  
tus acentos me enajenan,  
que como el aura murmuran,  
y como el céfiro suenan.

Bien sé que en ornato bello  
(¡pese á mi esperanza loca!)  
muestra diamantes tu cuello,  
flores y aroma el cabello,  
perlas y néctar tu boca.

Y de la frente á la planta  
sé que encantas, pero á fe  
que al mirar delicia tanta,  
cuando todo en ti me encanta,  
lo que me encanta no sé.

Porque aunque hay ojos lumbrosos  
cual los tuyos halagüeños,  
dulces, lánguidos, hermosos,  
como la luz amorosos,  
y como el alba risueños,

Jamás al verlos deliro,  
por más que plácidos giran;  
y cuando los tuyos miro,  
más tiernamente suspiro,  
cuanto más tiernos me miran.

Ese rostro sin igual  
tiene para mi tormento  
UN NO SÉ QUÉ celestial,  
tan extraño como el mal  
que al verlo en mi pecho siento.

Es manantial de alegría  
con que en vaga incertidumbre  
sueña el alma noche y día;  
es para el labio ambrosía,  
y para los ojos lumbre.

Centro de mis esperanzas,  
que al mirarlo, á su despecho,  
entre amorosas holganzas,  
el labio suelta alabanzas,  
y tiernos ayes el pecho.

Es risa que se dilata  
por tu faz encantadora  
¡tan sutilísima y grata!...  
que todas las risas mata,  
como á los astros la aurora.

Gira, pasa, vuelve, y leve  
tus labios apenas toca:  
y en vuelo rápido mueve  
ya de tu frente la nieve  
ya el rosicler de tu boca.

Y cual el aura bullente  
mueve las flores sencillas,  
ella así rápidamente  
los labios mueve y la frente,  
párpados, tez y mejillas.



## LA RUEDA DEL AMOR

---

### RECUERDOS DE UN DÍA DE CAMPO

Aquellas niñas hermosas  
que en suma beldad conformes,  
teniendo la tez cual nieve,  
tengan los ojos cual soles,  
y el alma sintiendo, tiernas,  
herida de mal de amores,  
tanto les falte de esquivas,  
cuanto de bellas les sobre,  
salgan al campo conmigo

ricas de gracias, adonde  
favor al Mayo risueño  
las brinden, con gracias dobles,  
corrientes aguas los valles,  
frescos doseles los bosques,  
con su verdura los campos  
y con su esencia las flores.  
Oiréis sonar encontrados,  
y aunque encontrados, acordes,  
los enamorados trinos  
de músicos risueños,  
cuando en sentidos acentos  
mustias las tórtolas lloren,  
dando en su vuelo á los aires,  
matices, plumas y sones.  
Venid, y hagamos la rueda  
llamada de los amores  
(que al aprenderla de niño,  
no la olvidé desde entonces),  
las ricas flores hollando,  
y el aire hendiendo veloces,  
el aire con los cabellos,  
y con las plantas las flores.  
Las blancas manos asiendo,  
y tan blancas, que las cortes  
nunca tan nítidas manos  
dan á sus reyes en dote,  
en torno agitada festiva  
los aires murmuradores;

que yo vendaré mis ojos,  
haciendo del día noche.  
Volad, palomas; que osado  
yo espantaré los halcones,  
si alguna vez para heriros  
muestran sus garras feroces.  
Volad, que á la que esta rama,  
pasando furtiva, toque,  
con la venda de mis ojos  
habrá de nublar sus soles.  
—¡Oh, qué triste es nuestros ojos  
cubrir de sombras informes,  
y no sentir de los vuestros  
los penetrantes arpones,  
ni ver con ansias mortales  
de vuestra faz los colores,  
ni sobre el aura, al tenderlos,  
de vuestros talles los cortes!  
Niñas, corred; que aún no escucho  
con plácidas emociones  
de vuestras ropas flotantes  
los sutilísimos roces;  
y aunque me pesa en el alma,  
no siento los corazones  
que muellemente se agitan  
bajo esos pechos de bronce.  
Volad, palomas; que osado  
yo espantaré los halcones,  
si alguna vez para heriros

muestran sus garras feroces.  
Volad, que á la que esta rama  
pasando furtiva, toque,  
con la venda de mis ojos  
tendrá que nublar sus soles.

Mas ¿cómo sin dar amante  
á vuestro enojo ocasiones,  
huís, dejándome solo,  
sin advertirme por donde,  
tal que siquiera dejasteis,  
pasando como ilusiones,  
ni removida la arena,  
ni destroncadas las flores?  
Sin duda en mágico vuelo,  
como celestes visiones,  
entre la grama y los aires  
os deslizasteis veloces,  
huyendo mi fe constante,  
pues vuestros pechos traidores  
tienen el aire por guía,  
y la inconstancia por norte.  
¡Una y mil veces mal haya  
quien de vuestras invenciones  
amante se fía, y de ellas  
la falsedad no conoce!  
Y más que en tanto á la sombra  
de esos altísimos robles  
maldiga yo vuestro agrado,  
y mis desagradados llore;

vosotras entretenidas  
mirad las aguas que corren;  
que bien está vuestra fe  
con su inconstancia conforme,  
pues no hay onda que no agiten  
á cualquier viento que sople,  
ni conchas que no remuevan,  
ni árbol ni flor que no mojen,  
ni campos que no dibujen,  
ni imágenes que no borren,  
ni risas que no deshagan,  
ni círculos que no formen.

Mas luego que el sol sus rayos  
extienda en el horizonte,  
haciendo en las nubes iris  
tocando el mar de colores;  
y luego que en regia pompa  
parezcan á sus fulgores  
mares de sombra los valles,  
y mares de luz los montes,  
vendréis á buscar frescura  
cuando el calor os agobie,  
y me tendréis que encontrar,  
aunque no queráis entonces;  
y yo á la sombra tendido  
de estos altísimos robles,  
no os he de dejar el puesto,  
por más que tierno os adore,  
ni miraré enamorado

de vuestra faz los colores,  
ni sobre el aura, al tenderlos,  
de vuestros talles los cortes;  
y no vendaré mis ojos,  
mas que en no hacerlo os enoje,  
y hasta ahogaré mis suspiros,  
aunque con ellos me ahogue.

Haré todo esto que digo,  
y más que veréis entonces,  
y á fe de amante lo juro  
por esas aguas que corren.

## LA ACCIÓN DE BELASCOAIN

CANCIÓN DEDICADA AL BIZARRO GENERAL

D. DIEGO LEÓN, CONDE DE BELASCOAIN

Helos allí ganando  
la alta cerviz de la empinada sierra,  
en pos del fiero bando  
que de ella huyendo, y proclamando guerra,

va en las nubes buscando  
una segura vía,  
pues ya su cobardía  
no encuentra asilo en la espaciosa tierra.  
Ved á León, en su furor tremendo,  
gritar desde la altura:  
“¡Guerra, soldados! del cañón horrendo  
al fúnebre tronar, la lumbre pura  
del sol mil nubes condensadas cieguen;  
de púrpura humeante  
montes y valles sin piedad se aneguen;  
el Arga murmurante  
restos humanos cuajen;  
de sangre palpitante  
tantos arroyos de las cumbres bajen,  
cuantos soldados á las cumbres lleguen.,

A su voz respondiendo  
bronco el cañón, majestuoso suena,  
que de un disorde estruendo  
hincha los valles y los campos llena;  
y fugaz discurriendo  
ya en el vago horizonte,  
ya desde el prado al monte,  
todo el contorno en derredor truena.  
Del ronco son, que libertad pregona,  
la alta montaña herida,  
estremece su rústica corona,  
de pinos, hayas y laurel tejida.

Huye el rebelde, y entre riscos quiere  
guardar la vida odiosa;  
que la vida al honor el vil prefiere.  
Mas en su cueva umbrosa  
le sorprende espantado  
una muerte afrentosa;  
y el último ¡ay! del huracán llevado,  
como su orgullo, en el espacio muere.

¿Tan vilmente se humilla,  
y osa á los libres imponer sus leyes  
esa infernal cuadrilla?  
¡Dignos vasallos de tan dignos reyes!  
¿A la alzada cuchilla  
se rinden del verdugo?  
¡No será leve el yugo  
que agobie el cuello de tan mansas greyes!  
Levantad la cerviz que de un tirano  
huella la inmunda planta,  
y torpes no llenéis el nombre hispano  
de tanto oprobio, de ignominia tanta.  
De esos ilusos desechad el ruego;  
que el premio de afán tanto,  
entre cadenas os lo guardan luego.  
Mas huid con espanto,  
huid, turba obcecada;  
yo os execro en mi canto;  
la luz de la razón os es privada;  
que torpes sois, y el fanatismo es ciego.

Seguid hasta la cumbre,  
libres soldados, la canalla impía,  
y en fiera muchedumbre  
baje rodando de la selva umbría.

La negra servidumbre  
purgad del patrio suelo;  
que no suban al cielo  
votos que afrentan á la patria mía.

Derrocad ese trono que sustenta  
tantos ídolos falsos,  
en derredor del cual, por más afrenta,  
la baja adulación sembró cadalsos.

¡Guerra, soldados! su ominosa vida  
rinda el vil en ofrenda.

¡Guerra! y no el alma á compasión movida  
vuestra espada suspenda.

De esa cobarde gente  
no os prometáis la enmienda:  
quien servil una vez dobló la frente,  
nunca el camino del oprobio olvida.

Ya el doblar aguerrido  
del trémulo atambor se va atenuando,  
y el hórrido estampido  
se trueca del cañón en eco blando.

El humo ennegrecido,  
que, como denso velo,  
roba la luz del cielo,  
raudo disipa el aquilón soplando.

El Arga turbio en campos de esmeralda  
se arrastra ensangrentado,  
y afean charcos de carmín y gualda  
el verde esmalte del florido prado.  
Cadáveres sin fin del monte frío  
coronan el altura;  
cadáveres sin fin, del soto umbrío  
ocupan la llanura.  
Ya el estruendo se eleja;  
cesó la guerra dura;  
sólo en el valle, como en son de queja,  
callan los ecos y murmura el río.

---

## TU BOCA

---

Para formar tan hermosa  
esa boca angelical,  
hubo competencia igual  
entre el clavel y la rosa,  
la púrpura y el coral.

Mintiendo sombras de bien,  
en ella el mal se divisa,  
por lo que juntos se ven  
ya la apacible sonrisa,  
ya el enojoso desdén.

Y en los senos abrasados  
engendra con doble holganza,  
ó con tormentos doblados,  
cada risa una esperanza,  
cada desdén mil cuidados.

Cual las conchas orientales  
es tu boca, y por vencerlas  
muestra en riquezas iguales,  
cuando desdeña, corales;  
y cuando sonríe, perlas.

Y si con sombras de bien  
tal vez el mal se divisa,  
es porque en ella se ven  
guardar la miel de su risa  
las flechas de su desdén.

Si á mí su rigor alcanza,  
al ver su hermosura, siente  
el corazón doble holganza;  
y aunque un desdén me atormente,  
dème una risa esperanza.

¡Bien haya la dulce boca,  
que sólo sus frescos labios  
el aura pasando toca;  
que haciendo al ámbar agravios,  
su miel á gustar provoca!

¡Oh, bien haya cuando ufana  
dando enojos á la rosa,  
muestra su cerco de grana,  
fresca como la mañana,  
como el azáhar olorosa!

Y si acaso dulcemente  
suelta plácidas congojas,  
ya es el rumor del ambiente,  
ya el susurro de las hojas,  
ya el murmurar de la fuente.

Si alegres sonos respira,  
as aves del prado encanta;  
y si á vencerlas aspira,  
con las que gimen, suspira;  
con las que gorjean, canta.

Tu miel, aroma y colores,  
rinde en amante oblación,  
flor, ante cuyos primores,  
mustias é inútiles flores  
las flores del valle son.

El néctar más regalado  
deja que de amores loco  
beba en tu labio abrasado  
para una abeja es sobrado  
lo que para muchas poco.

Mas ¡ay! que vertiendo quejas,  
me esquivas tu dulce miel;  
en vano de una te alejas  
si ves que miles de abejas  
poblando van el verjel.

¡Ay de la rosa encarnada,  
que en su seno de carmín  
niega á una abeja la entrada!  
Tantas la acosan al fin,  
que queda sin miel, y ajada.

¡Ay de las cándidas flores,  
si alzan su capullo tierno  
del estío á los ardores!  
¡Ay del panal, si el invierno  
lo hiela con sus rigores!

Dame los gustos sin tasa,  
pues ves que el sol estival  
las tiernas flores abrasa:  
mira que amarga el panal  
cuando de sazón se pasa.

Ríndete á mí placentera:  
no te rinda con agravios  
de abejas la turba fiera:  
que herir esos dulces labios  
herirme en el alma fuera.

De ese tesoro las llaves  
dame, y sus dones ardientes  
libaré en besos süaves,  
sin que lo canten las aves,  
ni lo murmuren las fuentes.



## LAS SIRENAS



Oyendo un dulce cantar  
que el corazón me cautiva,  
alegre, abajo y arriba  
cruzo las playas del mar.

Pues no hay recuerdos ni penas  
que no revista de encanto  
ese dulcísimo canto  
de esas que llaman *sirenas*,

Aunque á sus tiernos cantares  
ensayen rudos concentos,  
bramando roncos los vientos,  
sordos mugiendo los mares.

Mirando al agua, las horas  
paso en la fresca ribera,  
por ver las sombras siquiera  
de tan divinas cantoras.

Mas aún no sé cuándo bellas  
hienden las ondas esquivas,  
ni si deslizan furtivas  
sobre las aguas sus huellas.

Jamás las vi entre la bruma  
cruzar los aires sutiles,  
ni adormecerse gentiles,  
meciendo esquifes de espuma.

Ignoro si divertidas,  
cuando las ondas se amansan,  
tal vez alegres descansan  
sobre las rocas tendidas;

Y cuando horrisono ensaya  
hondas tormentas el mar,  
tampoco sé si á buscar  
vienen asilo á la playa.

Voy, por mirarlas á solas,  
de roca en roca saltando,  
y al desbravarse, mirando  
una por una las olas.

Mas nunca la densa bruma  
llego á mirar las sirenas,  
ni en las revueltas arenas,  
ni en rocas, aguas ni espuma.

Y sólo llego á escuchar  
cómo responde entre tanto  
al dulce son de su canto  
con broncos tumbos el mar.

---

Mas ¿quién sabe si en rocas ni en arenas,  
será el buscarlas importuno intento,  
por ser esas dulcísimas sirenas  
los quiméricos seres de algún cuento?

Y si quimeras son, ¿cómo ó de dónde  
se elevan esos plácidos cantares,  
á cuyo ruido celestial responde  
el bronco son de los revueltos mares?

¿Y por qué entonces incesante giro  
de playa en playa, delirando á solas,  
y una por una embelesado miro,  
al desbravarse con furor, las olas?

¿Por qué prendado de la mar sonora,  
al fresco borde de su margen fría,  
las sombras al bajar, me halla la aurora,  
y la noche al subir, me deja el día?

Sin duda que en sus huecos inmortales,  
en aposentos de esmeraldas finas,  
otra raza de seres celestiales  
ilustra sus moradas cristalinas.

Porque un recuerdo, en mi ilusión de gloria,  
me despierta, bramando, el mar profundo,  
y un niño sólo tiene en su memoria  
angélicos recuerdos de otro mundo.

—Cantad y refrenad, hondas sirenas,  
el furor de los bravos aquilones,  
aunque no os vea en rocas ni en arenas,  
seáis sombras, recuerdos ó visiones.

Cantad y refrenad los vendavales  
que el manto arrugan de la mar tendida,  
y en alas de esos cantos celestiales  
llevad hasta su término mi vida.

De la existencia por el mar horrendo  
mi nave conducid á toda vela,  
no cual tardo reptil que va gimiendo,  
como el ave que canta cuando vuela.

En palmas me llevad, cual los bajeles  
que guiáis á las playas más remotas;  
así os formen bellísimos doseles  
con sus alas las blancas gaviotas.

— Cantad, sirenas; de la mar sonora  
al ronco sol alzad vuestra armonía,  
como al fulgor de la naciente aurora  
murmullos alza la floresta umbría.

Muévaos el ver cómo incesante giro  
por veros en las vastas soledades;  
y aunque fantasmas sois con quien deliro,  
son los sueños mis dulces realidades.

---

Hay almas como la mía,  
que no aquejan pesadumbres,  
y pronto, si las aquejan,  
su grave peso sacuden.  
Almas felices en todo,  
que sólo sus gustos cumplen  
siguiendo tantos placeres  
cuantos pesares rehuyen.  
Almas, en fin, que no hay pena  
que felizmente no endulcen,  
próximo mal que no espanten,  
lejano bien que no busquen;  
que siempre los serafines  
ven en los aires azules;  
junto á las verdades, sueños;  
entre las tinieblas, luces;  
flores sin fin en los llanos,  
fuentes y luz en las cumbres,  
en los estanques sirenas,

y sílfides en las nubes.  
Dichosas almas que tienen  
el delirar por costumbre,  
y siempre hermosas visiones  
con tierno afán las circuyen;  
que penetrando en el cielo,  
roban osadas su lumbré,  
y luego pintan el mundo  
con un color que seduce.  
—¡Y á la verdad, es muy triste  
mirar con ojos comunes  
las ásperas realidades,  
sin los mágicos vislumbres  
con que las visten las almas,  
del cielo robando el lustre,  
porque esmaltadas, los rayos  
de nuestros ojos no ofusquen!  
¡Es triste dejar la senda  
que césped y flores cubren,  
para seguir un camino  
que abrojos su paso obstruyen;  
y no que aunque al fin se acerquen,  
y la existencia aventuren,  
las almas como la mía  
en alas de los querubes  
caminan al ¡ay! postrero  
por esas sendas ilustres  
que noblemente trazaron  
entre la tierra y las nubes!

Por eso junto á los mares,  
aunque fatídicos mugen,  
oigo un son como el del aire  
que entre los árboles, fluye,  
y miro chocar las ondas  
que en su furor se destruyen,  
y las espumas que cuajan,  
y las riberas que cubren,  
todo por ver las sirenas;  
y ni en las aguas volubles,  
ni en los diamantes que arrojan,  
ni en la arena que sacuden,  
ni en las altísimas rocas  
donde su rabia destruyen,  
las llego á ver en mi anhelo,  
cantando con sus laúdes;  
pero las creo, aunque acaso  
de su existencia se dude,  
porque en creerlas el alma  
con todos sus gustos cumple,  
y porque también he visto  
que las verdades sucumben  
ante el aspecto risueño  
de unas mentiras tan dulces.  
Por eso en los hondos valles  
no hay muelle son que no escuche,  
delirio que no me halague,  
verdad que no me repugne;  
ni oigo un ave que pintada



quejas de amor no divulgue,  
cuando dulcísimas pueblan,  
cantando, los abedules.

Alegres nuevas me traen  
los pájaros transeuntes;  
me es plácida cualquier brisa,  
y cualquier aire perfume.

Y aunque estos y otros placeres  
loco tal vez me figure,  
las almas como la mía  
con sólo soñarlos cumplen.



## LA BEATA DE MÁSCARA



La del enlutado manto,  
la de la toca de encaje,  
la de mil hombres encanto,  
¿cuánto va á que no es tan santo  
tu pecho como el ropaje?

En vano ocultarnos trata  
de tus ojos los destellos  
el lienzo que te recata;  
y por Dios que son, beata,  
para ser santos, muy bellos.

---

Sobre tu nevado seno  
pesa la cruz de un rosario,  
y aunque humilde *nazareno*,  
muriera de gozo lleno  
en tan hermoso calvario.

Y, pese á tu religión,  
en vano ¡ay triste! sofoca  
deseos mi corazón;  
que oculta una tentación  
cada pliegue de tu toca.

Eres bella cual ninguna,  
y juro, aunque temerario,  
no creo en ti fe alguna,  
si pasas una por una  
las cuentas de tu rosario.

---

## AL RÍO NAVIA

---

Déjame ver ¡oh fugitivo espejo!  
pintada en tu cristal la patria mía;  
déjame ver á tu falaz reflejo  
el sitio do mi cuna se mecía.

Tú el primer canto de mi amor oíste;  
al nacer tu saludo fué el primero;  
tú mi primer vagido recogiste;  
recogerás también el ¡ay! postrero.

Tu margen florida  
pisé siendo niño;  
y al ver tanto alíño  
en torno de ti,  
ensueños hermosos  
forjaba la mente,  
creyendo inocente  
que el mundo era así.

Vi alegre en tus aguas  
la vega pintada;  
de flores cercada  
la vida soñé;  
mas eran ilusos  
tus varios colores,  
y abrojos sin flores  
tan sólo encontré.

Bullendo sonoro  
meció tu murmullo  
con plácido arrullo  
mi edad infantil;  
y yo, pobre niño,  
pensé, Navia, que era

pensil tu ribera  
tus aguas pensil.

Mas ¡ay! que las flores  
que tú retratabas,  
y al prado encelabas,  
florido rival,  
ansioso mi anhelo  
quería gozarlas;  
pero iba á tocarlas,  
y hallaba cristal.

Si fueron tus flores  
mentidas visiones,  
y mis ilusiones  
se fueron en pos,  
¡ay Navia! lloremos  
engaños que vimos,  
pues locos mentimos,  
mentimos los dos.

Inquieto en tus aguas  
el viento remueve  
montañas de nieve  
en playas de azul,  
brillando en sus cumbres  
zafir y esmeralda,  
su líquida falda  
bordada de tul.

Entre algas y arenas  
serpeas errante,  
cual mole ondeante  
de inmenso reptil,  
sirviéndote fácil  
de aliento la bruma,  
de escamas la espuma  
que flota gentil.

Cien veces mi patria  
miré á tu reflejo,  
magnífico espejo  
de limpio cristal;  
y al verla en tus aguas  
mecerse bullente,  
ilusa la mente  
juzgábala igual.

Robusto en el valle  
tendiéndote manso,  
con blando descanso  
te huelgas en él;  
trocando tus perlas  
por sus esmeraldas,  
ciñendo guirnaldas  
de rosa y clavel.

Si ansiosa mi vista  
de sombras y tules,

tus ondas azules  
tal vez consultó,  
bullir en el fondo  
veía tu hielo,  
la vega y el cielo,  
las flores y yo.

Si fueron mentidas  
tan bellas visiones,  
y mis ilusiones  
se fueron en pos:  
¡ay Navia! lloremos  
engaños que vimos,  
pues locos mentimos,  
mentimos los dos.

---

Río, que invades copioso  
del hondo valle la anchura,  
refrena el curso abundoso;  
que tras de este valle umbroso,  
te aguarda la sepultura.

Cese tu vana jactancia,  
cesa de ir tan vano, cesa;  
porque en tu loca arrogancia  
vas midiendo la distancia  
que hay de la cuna á la huesa.

En esa orilla inmediata,  
ante ese mar inmortal,  
tu mole allí se desata,  
y hundes la frente de plata  
en su seno de cristal.

Y entonces, adiós mis sueños,  
adiós tus flores mentidas;  
pues tú entre giros risueños,  
y yo entre gratos ensueños,  
acabamos nuestras vidas.

Y si ambos fuimos en pos  
de sueños, teniendo en poco  
el mundo real, vive Dios,  
que ignoro cuál de los dos  
ha sido, Navia, más loco.

Que á la luz de la pasión  
los sentidos se embelesan;  
pero al llegar la razón,  
plomo los párpados son,  
que sobre los ojos pesan.

Adiós, Navia; en tu jactancia  
cesa de ir tan vano, cesa;  
no olvides que en tu arrogancia  
vas midiendo la distancia  
que hay de la cuna á la huesa.

## SU IMAGEN

---

Errante sol de aromas circundado,  
tu ardiente lumbre tenue debilita;  
que ya mi corazón, de arder cansado,  
negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que extravió la luna,  
ángel perdido que bajó del cielo,  
visión deslumbradora, que importuna  
mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y más girar!... Lentas sus alas  
lumbrosa tiende en blando movimiento.  
¿Eres el alma que de mí te exhalas?  
¿O eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,  
desprendida mitad del alma mía,  
aunque tu imagen me deslumbra y ciega,  
blanca de noche, y negra por el día,

Se mece ante mis ojos desplegada  
como la espuma cándida de un río,  
tal vez por los suspiros agitada  
que salen hondos ¡ay! del pecho mío.

Su virgen luz perdida, en el ambiente  
reverbera purísima y serena,  
y en las límpidas aguas del torrente,  
cuando acarician la tostada arena,

Sobre mi frente gira luminosa,  
luciente envidia de la nieve y grana,  
copia feliz de la encendida rosa,  
lisonja del albor de la mañana.

En dondequiera engendra el alma mía  
su imagen pura, rutilante y bella,  
ante el disco del sol al mediodía,  
por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbre,  
hidrópica mi vista, fascinada,  
de los astros la inmensa muchedumbre,  
para verla sin fin multiplicada.

Me revela fantástica su risa  
oscilando el arroyo cristalino,  
y su acento el murmullo de la brisa,  
y también el zumbir del torbellino.

La veo en todas partes seductora,  
llevada de mi ardiente fantasía,  
en cada rayo al despuntar la aurora,  
en cada sombra al caducar el día.

Y despierto la miro embebecido  
animada ilusión de mi deseo;  
y si cierro los ojos adormido,  
yo no sé dónde está, pero la veo.

---

## EL AMOR DE LA SIERRA

---

A tiempo que sube ufana,  
matizando el horizonte,  
de púrpura la mañana,  
cantando, de un fresco monte  
oaja una linda serrana.

Con voz que á la alondra afrenta,  
el campo alegrando viene,  
y aunque triste se lamenta,  
mucho el oirla contenta  
por lo que de dulce tiene.

No hay céfiro, ave ni fuente,  
que con su voz no avasalle;  
por eso á su son doliente  
responden tan dulcemente  
los ruseñores del valle.

En su purísimo acento  
hallan los tristes dulzura,  
los tibios grato ardimiento,  
los afligidos contento,  
y los amantes ternura.

Baja el rebaño olvidado,  
y es, á mi entender, locura  
pensar que cuide el ganado  
la que tan sólo se cura  
de un amoroso cuidado.

No halaga ya cual solía  
á la cordera leal,  
que cuando sal la ofrecía,  
antes de comer la sal,  
su blanca mano lamía.

Y si de la sierra al prado  
baja, al nacer la alba hermosa,  
no es por mirar si templado  
se eleva el sol coronado  
de grana, jazmín y rosa:

Es por oír un pastor  
que acaso á sus resplandores  
cántigas alza de amor ;  
y ella se muere de amores ,  
oyendo al dulce cantor.

Mirando va con presteza  
los fresnos uno por uno ,  
y es por ver si en su corteza  
al nombre de su belleza,  
añadió su nombre alguno.

En vano, á la fuente, ansiosa,  
su sed va á apagar cruel,  
porque á aquel labio de rosa  
el agua le es enojosa,  
y desabrida la miel.

En vano con dulce riego  
su sed un momento halaga,  
pues ignora en su error ciego  
que sólo el amante fuego  
con llama de amor se apaga.

Y mira tan envidiosa  
al olmo la vid amena  
entrelazarse frondosa ,  
como su tez la azucena,  
como sus labios la rosa.

Y vagando con la mente  
embebida en sus amores,  
tal vez se lava en la fuente,  
ó tal vez indiferente  
coge, sin notarlo, flores.

Ya con ansias más süaves,  
sobre la florida alfombra,  
templa fatigas más graves,  
y acaso á la fresca sombra  
duerme al rumor de las aves.

¡Qué hermosa está entre claveles  
cuando gentil se recuesta,  
templando penas crüeles,  
bajo los verdes doseles  
de la encantada floresta!

¡Qué bello entre esencia pura  
adormecer los sentidos,  
ver el agua què murmura,  
y respirar la frescura  
de pabellones floridos!

¡Cómo el pecho se serena  
entre ilusiones sin fin,  
adonde el alma enajena  
ya el color de la azucena,  
ya la esencia del jazmin!

¡Qué vista tan placentera  
nos forman cruzando á veces  
en perspectiva hechicera,  
los ríos por la pradera,  
y por los ríos los peces!

Son las delicias mayores  
ver poblado el firmamento  
de fúlgidos resplandores,  
de gratos sonos el viento,  
y el campo de ricas flores.

Entonces es cuando mansa  
quejas el aura suspira,  
su furia el torrente amansa,  
y sobre el prado que gira  
bañando rosas, descansa.

Entonces van transparentes  
los aires meciendo olores;  
forman ruido las corrientes,  
los prados alzan colores,  
despiden brillos las fuentes.

Los frescos vientos olean,  
la flor su bálsamo exprime,  
los verdes sauces ondean,  
y si una tórtola gime,  
mil ruiseñores gorjean.

Tendida en la verde alfombra  
la serrana, ni galán  
templa el céfiro su afán,  
ni la humedad de la sombra,  
ni el fresco del arrayán.

— En vano con loco intento  
buscas, serrana, la calma,  
pues llevas de tu tormento  
la causa en el pensamiento,  
y la inquietud en el alma.

¿Con qué nombre te embelesas,  
que en la arena lo describes,  
y de copiarlo no cesas,  
que tantas veces lo besas  
por cada vez que lo escribes?

¿Por qué á escuchar los pastores  
vas, cuando á la aurora cantan,  
si ves que brotan amores  
los delicados vapores  
que las praderas levantan?

Escucha el murmullo blando  
de aquella fuente serena  
que cerca va murmurando,  
el bello tren arrastrando  
de algas, espumas y arena.

---

Y en ella ve tus perfiles,  
si es que acaso los divisas,  
sin que sus ondas sutiles  
aquesas formas gentiles  
desvanezcan con sus risas.

Y tu mejilla rosada  
mírala ya sin color;  
advierte, en hora menguada,  
la boca más colorada  
descolorida de amor.

No escuches ¡ay! los pastores,  
si quieres cobrar la calma,  
pues del alba á los fulgores  
abre su sagrario el alma,  
como su cáliz las flores.

Mírate en la fuente igual;  
y mira, que solicitas,  
serrana hermosa, tu mal,  
si en la inconstancia no imitas  
su transparente cristal.

---

# EL BAILE



## A CLEMENTINA

Bailan, ardiendo en amorosas llamas,  
confundidos galanes y hermosuras,  
y cual suelen las vides en las ramas,  
se apoyan en los brazos las cinturas.

Suben y bajan, en revueltos giros  
los pies cruzando con lascivo juego,  
y brotan en miradas y en suspiros  
lumbre los ojos, y los labios fuego.

Con blando impulso y arrobado intento  
se sacuden, columpian y suspenden,  
y revolando á la merced del viento  
leves las gasas, lo que encubren, venden.

Torpes brazos las formas peregrinas  
profanan de las púdicas doncellas,  
que al mecerse las rosas entre espinas,  
rasgan su manto de color en ellas.

¿Mas á dónde está el alma que no enferma  
de impuras fiestas el vapor liviano?  
No hay castos pensamientos que no aduerma  
dulce vaivén de cariñosa mano.

De riquísimas hebras los cabellos  
vierten copia gentil por las espaldas,  
y ondean con primor, asidas de ellos,  
fragantes y hermosísimas guirnaldas.

Nieve las frentes, las mejillas rosa,  
doquier ostentan con falaz decoro;  
y en rica pompa y apariencia hermosa,  
néctar los labios, y las sienes oro.

Muestran perlas las nítidas gargantas,  
y los ojos suavísimos destellos;  
leves coturnos las ligeras plantas,  
donaire y gracia los torneados cuellos.

Turba los ojos y la mente inquieta,  
ya la alba tez de una amorosa espalda  
ya el vuelo de una gasa mal sujeta,  
ya el roce voluptuoso de una falda.

En los brazos, los talles más gentiles  
sosegados se aduermen, y las sombras  
van en revuelta confusión sutiles  
cruzando sobrepuestas las alfombras.

Al pasar por los límpidos espejos,  
como los sueños en tropel vistoso,  
las imágenes doblan los reflejos,  
arrebolando el aire vagorosos.

Y delirando amores, y dementes,  
entre gasas, y músicas y aromas,  
se rozan, con pensados accidentes,  
confundidos halcones y palomas.

---

¿Cómo al ver de tantas bellas  
el lindo y airoso talle,  
no hay uno entre todas ellas  
que como el tuyo avasalle?

Porque ondea con pausado  
movimiento  
como el lirio columpiado  
por el viento.

No hay una vez que se mueva,  
que no afrente  
á ese vapor que se eleva  
de la fuente.

Mas no abandonarás tanto  
tu cuerpo en grata delicia,  
si nos descubriera el manto  
la mano que con encanto  
tu ceñidor acaricia.

No hay pecho que no lastimes,  
y pierda, al verte, la calma;  
que donde la huella imprimes,  
todos rendimos el alma.

Tienen tus plantas divinas  
tal presteza,  
y tan dulcemente inclinas  
la cabeza,  
que parece que besando  
vas la sombra  
que leve estás proyectando  
por la alfombra.

Con ojos y pies encantas,  
y causa, por Dios, enojos,  
el que entre delicias tantas,  
tormento nos den tus plantas,  
cuanto nos matan tus ojos.

¿Por qué derribas el manto,  
haciendo de él rica falda,  
si ves que el calor no es tanto  
que pueda ofender tu espalda?

Porque viendo los extremos  
que descubres,  
las gracias adivinemos  
que aún encubres.

¡Ay! ¿Por qué el manto derramas  
si tu nieve,

mucho más que hielos, llamas  
vibra aleve?

Coge el manto descuidado,  
cubriendo el rico tesoro;  
que más que placer da enfado  
mirar, Clementina, el oro  
para otro dueño guardado.

¡Oh, con qué aire tan gentil  
vienen y van las hermosas!  
Tal se mira en el pensil  
cuando se mecen las rosas.

¡Oh, que sones tan sùaves  
se levantan!

No son más dulces las aves  
cuando cantan.

¡Cuál flota el leve atavío  
de las plumas!

Perdonen del claro río  
las espumas.

Y si los ojos se tienden,  
ven por doquiera que pasan,  
cabellos que el alma prenden,  
serenos ojos que encienden,  
húmedos labios que abrasan.

Las mal prendidas melenas  
cubren las blancas espaldas,

éstas mostrando azucenas,  
cuando las otras guirnaldas.

Mil confundidos acentos  
amorosos,  
llevan y traen los vientos  
sonorosos.

Lucen las mejillas puras  
sin afeite,  
y brota de las cinturas  
¡tal deleite!...

que entre aromados vapores  
se confunden ellas y ellos,  
y todo respira amores,  
ojos, espaldas, cabellos,  
cinturas, labios y flores.

En torno á tu talle erguido  
se agitan mil amadores;  
siempre al árbol más florido  
acuden los ruiseñores.

Y sin duda que adivinas  
tu belleza,  
pues tan dulcemente inclinas  
la cabeza,  
que parece que besando  
vas la sombra  
que leve estás proyectando  
por la alfombra.

Y entre tan rica labor,

tu planta ligera avanza,  
dando á su esmalte esplendor;  
por eso muere la flor,  
cuando á besarla no alcanza.

Deja que toque suave  
aquesa cintura leve,  
como, cuando vuela, el ave  
los blandos copos de nieve.

Y agítate con pausado  
movimiento,  
como el lirio columpiado  
por el viento.

Que tus cabellos en calma  
me coronen,  
y que el cuello como el alma  
me aprisionen.

Y deja que los fulgores  
beba de tus ojos bellos,  
pues todo respira amores,  
ojos, espalda, cabellos,  
cinturas, labios y flores.

---

# LA PALMA

---

## CANCIÓN

Esa palma que en tu encanto  
hace sombra á tu ventana,  
con las aguas de mi llanto  
acreció su pompa vana.

Y por ella  
fe y constancia me juraste,  
niña bella;  
pero cruda me engañaste.

Porque iluso en mis congojas,  
cuando amante lo jurabas,  
miré al tronco, y me enseñabas  
la inconstancia de sus hojas.

Las tórtolas plañen  
tu ausencia dolientes,  
murmuran las fuentes  
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,

mis cantos de amores,  
de amor esas flores,  
y el viento de amor.

Cuando turban quejas graves  
de la noche la honda calma,  
¿piensas, dí, que son las aves  
que se anidan en la *palma*?

No, bien mío;  
que es un ¡ay Dios! que llora  
tu desvío  
por la noche, hasta la aurora.

Y en su mal, por si importuna,  
como obscura ve tu reja,  
alza el triste, en son de queja,  
sus plegarias á la luna.

Las tórtolas plañen  
tu ausencia dolientes,  
murmuran las fuentes  
tu crudo rigor,

De amor gime ese árbol,  
mis cantos de amores,  
de amor esas flores,  
y el viento de amor.

Mil instantes, tus secretos  
espié por la mañana,  
cobijado en los objetos

---

que hacen sombra á tu ventana.

Y hubo alguno  
en que en sueños exclamaste:

“¡qué importuno!,  
y á otro lado te tornaste.

Maldecíásmeme, y yo en tanto,  
al susurro de tus quejas,  
estrellaba ¡cielo santo!  
mis suspiros en tus rejas.

Las tórtolas plañen  
tu ausencia dolientes,  
murmuran las fuentes  
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,  
mis cantos de amores,  
de amor esas flores,  
y el viento de amor.

## Á UNOS OJOS

Más dulces habéis de ser,  
si me volvéis á mirar,  
porque es malicia, á mi ver,  
siendo fuente de placer,  
causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno  
el que en suerte tan cruel  
sea ese mirar sereno  
sólo para mí veneno,  
siendo para todos miel.

Si crüeles os mostráis,  
porque no queréis que os quiera,  
fieros por demás estáis,  
pues si amándoos, me matáis,  
si no os amara, muriera.

Si amando os puedo ofender,  
venganza podéis tomar,  
pues es fuerza os haga ver  
que no os dejo de querer,  
ó me acabáis de matar.

Si es la venganza medida  
por mi amor, á tal rigor  
el alma siento rendida,  
porque es muy poco una vida  
para vengar tanto amor.

Porque con él igualdad  
guardar ningún otro puede;  
es tanta su intensidad,  
que pienso ¡ay de mí! que excede  
vuestra misma crueldad.

¡Son por Dios, crudos azares  
que me den vuestros desdenes  
ciento á ciento los pesares,  
pudiendo darme á millares,  
sin los pesares, los bienes!

Y me es doblado tormento  
y dolor más importuno,  
el ver que mostráis contento  
en ser crudos para uno,  
siendo blandos para ciento.

Y es injusto por demás  
que tengáis ojos serenos,  
á los que, de amor ajenos,  
os aman menos, en más,  
y á mí que amo más, en menos.

Y es, á la par que mortal,  
vuestro lánguido desdén  
¡tan dulce... tan celestial!  
que siempre reviste el mal  
con las lisonjas del bien.

¡Oh, si vuestra luz querida  
para alivio de mi suerte  
fuese mi bella homicida!  
¡Quién no cambiara su vida  
por tan dulcísima muerte!

Y sólo de angustias lleno,  
me es más que todo cruel,  
el que ese mirar sereno  
sea para mí veneno,  
siendo para todos miel.

---

## LA FLOR DE LA JARDINERA

---

Como la luz hechicera,  
galana como el Abril,  
adoro á una jardinera  
que, hermosa, en cuidar se esmera  
el más hermoso pensil.

De su seno la blancura,  
envidia de los amores,  
con gasas velar no cura,  
pues sólo cubre con flores  
las flores de su hermosura.

De su cabello colgadas  
ondean guirnaldas bellas,  
blancas, verdes, coloradas,  
más que porque van atadas,  
porque lo pretenden ellas.

Es tal su planta al triscar,  
que no consigue su brío  
la verde grama inclinar,  
pues sólo aspira á tocar  
la plata de su rocío.

Si muestra su faz, encanta;  
y cuando tierna suspira,  
al aura de envidia espanta,  
al claro sol cuando mira,  
y al ruiseñor cuando canta.

Y si ensaya su sonrisa  
en las bullidoras fuentes,  
corren hasta el valle aprisa,  
para que á ensayar su risa  
vaya en pos de sus corrientes.

Y cuando en dulces querellas  
el vario curso reparan  
de sus cristalinas huellas,  
más por mirarla se paran,  
que porque se mire en ellas.

Y porque el lindo gracejo,  
cuando se mueven, no ultrajen,  
mira del sol al reflejo,  
pues sólo de tal imagen  
puede la luz ser espejo.

En el jardín que cultiva  
hay rosa de tal afeite,  
que el gusto más tibio aviva,  
y tal su afición cautiva,  
que es la flor de su deleite.

Flor, hermosa de manera,  
que aunque vegeta entre mil,  
casi á jurar me atreviera  
que es la mejor del pensil  
la flor de la *Jardinera*.

Es rosa tan deseada,  
de tan bello rosicler,  
tan en extremo agraciada,  
que todos la sueñan ver,  
siendo de todos velada.

Que es esta flor peregrina  
de la belleza el crisol,  
su esencia á pensarlo inclina,  
pues por la luz se adivina  
que es tan magnífico el sol.

Recatándose á los ojos,  
da al alma tantos enojos  
cuanta espina la rodea,  
pues siempre nace entre abrojos  
la flor que más se desea.

Ya hubiera la oculta flor  
ella mil veces cogido,  
si tan dulcísimo error  
no lo nublara el dolor  
después de haberla perdido.

Cogerla para recreo  
fuera justo por demás,  
y en su amante devaneo  
se aviva más su deseo,  
cuando la contempla más.

Tiene tan bellos colores,  
que nadie habrá que se queje  
si goza de sus primores...  
¡Triste del dueño que deje  
guardar á una niña flores!

Sueña á veces que amorosa  
á alguno la rosa dió;  
más soñando cariñosa  
tantas regaló la rosa,  
cuantas veces se durmió.

Y sueña que á algún villano  
la da cual prenda de amor,  
por ser gentil hortelano,  
y porque siendo verano,  
puede agostarla el calor.

Y si con fatigas graves  
pierde al dormir su delicia,  
despierta, y con más süaves,  
ve que el aura la acaricia,  
y la enamoran las aves.

Y en confuso susurrar,  
con ánimo más sereno,  
ve las abejas volar,  
que ansiosas quieren libar  
la miel que abriga en su seno.

Y la cuida de manera,  
y tal descuella entre mil,  
que puede jurar cualquiera  
que es la mejor del pensil  
la flor de la *Jardinera*.

Mas ¡ay! que en su devaneo  
aguija tanto su idea,  
que es aquella flor preveo  
según cortarla desea,  
la espuela de su deseo.

Y tal vez á algún villano  
la dé cual prenda de amor,  
por ser gentil hortelano,  
y porque siendo verano,  
puede agostarla el calor.

Ya que guardarla la altera,  
la cortará; y es razón,  
pues pasó la primavera,  
no se pase de sazón  
la flor de la *Jardinera*.

---

Y á fe que es muy justa cosa,  
puesto que está sazónada,  
que la *Jardinera* hermosa  
coja el fruto de una rosa  
con tanto afán cultivada.

Y que se trueque el rumor  
de los céfiros süaves  
en son más arrullador,  
y los coros de las aves  
en dulces himnos de amor.

¿Qué niña habrá que si fuera  
de aquel ameno pensil,  
como ella, la *Jardinera*,  
del huerto una flor no diera,  
teniendo en el huerto mil?

Gozará de sus primores;  
si el dueño de ella se queja  
vanos serán sus clamores,  
porque es muy necio quien deja  
*guardar á las niñas flores.*

---

# Á BLANCA

---

## ROMANCE

“En poco tienes mi dicha,  
sabiendo que tu tardanza  
llena mi pecho de angustias,  
y de sospechas mi alma.

Bien se conoce que ignoras,  
ó al menos de hacerlo tratas,  
que son los instantes siglos  
para una amante que aguarda.

¿Qué leyes de amor ordenan  
á tu voluntad ingrata  
que des placer á tus gustos,  
tal vez sirviendo á otra dama,  
mientras te aguardo aterida,  
junto á una reja sentada,  
trocando el calor del lecho  
por el rigor de la escarcha?

¡Ay! no era así cuando amante  
en la alta noche cantabas,

con tierno afán ponderando  
mi ingratitud y tu ansias.

¿Adónde está la firmeza  
de aquellas dulces palabras,  
para tu bien acogidas,  
y para mi mal quebradas?

Sin duda por lo ligeras  
se las llevaron las auras,  
si no fué que en mis paredes  
se quebrantaron por blandas.

Acuérdate de las veces  
que me juraste con ansia,  
mirando á la virgen luna,  
tu fe, por su lumbre clara.

¡Jurábasme por la luna!  
Por buen seguro jurabas,  
porque es la fe de los hombres  
como la luna, voltaria.,,

Así se queja una niña  
que con su amante soñaba,  
quedando en brazos del sueño,  
ya de esperarle cansada.

Las blancas sienes tenía  
sobre la reja apoyadas,  
con hondo afán espiondo  
cualquier susurro del aura;  
y oyendo estaba envidiosa,  
cuanto otro tiempo envidiada,

necios llorar los amantes  
la ingratitud de las damas.

Veía sombras informes  
que sin rumores se alzaban,  
y aquellas nieblas confusas  
que van mintiendo fantasmas;  
y ya mostrándose esquiva,  
ya figurándose blanda,  
vertiendo ahora sonrisas,  
después derramando lágrimas,  
la fe maldiciendo siempre  
de los amantes que tardan,  
entre amorosos suspiros,  
desdenes, lágrimas, ansias,  
ruidos, canciones, delirios,  
sombras, nieblas y fantasmas,  
en brazos quedó del sueño  
junto á la reja sentada.

—Duerme, soñando placeres,  
blanca paloma sin alas;  
que son las dichas más puras  
todas las dichas soñadas.

Duerme entre blando embeleso  
de imaginaciones hartas;  
que hartos será el desengaño  
que te traerá la mañana.

¡Pobre inocente! Sin duda  
de algún tesoro que guardas,

por más que lo niegues, niña,  
la mejor prenda te falta.

Mal haya el halcón que abate  
sobre una alondra sus garras,  
y hace crüel de las suyas  
pasto infeliz sus entrañas.

Mal haya, amén, el piloto  
que el barco de la esperanza  
bota en un mar de delicias,  
sabiendo que en él naufraga.

Mal haya el pérfido amante  
que astuto á una niña engaña,  
ciego apurando hasta el fondo  
de sus tesoros el arca.

Los que matando de amores,  
de ser verdugos se alaban  
por ser crüeles y falsos,  
una y mil veces mal hayan.

De algunas noches me acuerdo  
que requiriendo tus gracias,  
con sus razones, mis sueños  
tu falso amante inquietaba.

“Abre las puertas—decía—  
y no, ya que tu desdén  
tormentos da al alma mía,  
quieras que helado también  
encuentre mi cuerpo el día.

No añadas mi muerte, hermosa,

á tus amantes blasones;  
baste que el aura amorosa  
confunda la noche umbrosa  
con su rumor mis canciones.

Tal fuego en mi pecho inflama  
el de tus ojos, bien mío,  
que te amo tanto como ama  
la mariposa á la llama,  
y la pradera al rocío.,,

Así tu pérfido amante  
en la alta noche cantaba,  
en fe de amigo asaltando  
de tu pureza el alcázar.

¡Ay! ¿Quién dijera que el mismo  
que estas endechas alzaba,  
hoy te tendría esperando  
junto á la reja sentada?

Quebráronse sus razones:  
¿qué mucho que se quebraran,  
siendo tus rejas tan duras  
y sus razones tan blandas?

Llora tus gustos pasados,  
pobre azucena olvidada;  
que nada borra en el mundo  
lo que no borran las lágrimas

Tal vez se apague llorando  
el fuego de tus entrañas,  
aunque el remedio es inútil

cuando el enfermo dió el alma.

Y puesto que entre las sombras  
te sales á la ventana,  
trocando el calor del lecho  
por el rigor de la escarcha,  
duerme entre el blando embeleso  
de imaginaciones hartas;  
que hartó será el desengaño  
que te traerá la mañana.

---

## EL MODELO

---

Si al mundo dejar prendado  
queréis con vuestra memoria,  
asid, pintores, mal grado,  
por los cabellos el hado,  
y por las alas la gloria.

Este modelo os enseña  
cómo han de ser las hermosas;  
quien en copiarlo se empeña,  
cual por encanto, diseña,  
en vez de mujeres, diosas.

Es el prodigio más raro  
el bien que en el alma adoro;  
cual nadie su gracia imploro,  
y es justo que el más avaro  
dé cima al mejor tesoro.

Pintad su cintura leve,  
blanco el cuello, y sin aliño,  
torneada la mano y breve,  
la frente como la nieve,  
y el pecho como el armiño.

Brotando desdén y amores,  
pintad de sus ojos bellos  
los transparentes fulgores...  
Seguid, y no estéis, pintores,  
embebecidos en ellos.

Pintad la belleza suma  
de la mejilla y la frente,  
y aquella tez transparente  
que el lustre roba á la espuma,  
y su pureza á la fuente.

Seguid el rico traslado  
sin que una nube sombría  
deje su esmalte eclipsado;  
que hasta un vapor delicado  
empaña la luz del día.

---

¡Gloria á los hijos de Apeles,  
que, imitando este modelo,  
entre las sombras del suelo  
trasladan con sus pinceles  
los serafines del cielo!

Esas imágenes bellas  
tan vagas y transparentes,  
que, murmurando querellas,  
van deshaciendo las fuentes,  
cuando apresuran sus huellas;

Esa forma vagarosa  
con que en la noche soñamos  
leve, aérea, vaporosa,  
imagen voluptuosa  
de la mujer que adoramos;

Esos fantásticos seres  
que altiva forja la mente  
de ángeles, luz y mujeres,  
fruto de un alma que siente  
sed de amorosos placeres;

Esa memoria importuna,  
que ardiendo en amantes llamas,  
ve al resplandor de la luna  
sirenas en la laguna  
y sílfides en las ramas;

Aquellos vagos ensueños  
tan deleitosos y puros,  
que nos cercan halagüeños,  
nunca sombríos ni oscuros,  
y casi siempre risueños;

Esas hermosas visiones,  
que van en plácido vuelo  
robando los corazones,  
y pasan como ilusiones  
entre la tierra y el cielo;

Y cuanto en vaga demencia  
ardiente el alma delira,  
cubriendo con apariencia,  
de la verdad la existencia  
la magia de la mentira:

Son la expresión verdadera  
de ese divino traslado,  
cuya ilusión hechicera  
es fruto de una quimera  
que la verdad ha adoptado.

---

## EL CISNE Y LA SOMBRA

---

Pomposo, inconstante y vago,  
un cisne, en formas apuesto,  
mirando su sombra, enhiesto  
cruza las aguas de un lago.

Y al ver en ellas su imagen  
tan limpia, fúlgida y clara,  
necio las algas separa,  
porque su brillo no ultrajen.

Y sus contornos mirando,  
con tal placer los divisa,  
que hasta le estorba la risa  
que forma el agua temblando.

Así, en liviana querella,  
yendo y viniendo inseguro,  
busca el remanso más puro,  
junto á la orilla más bella.

Y allí se está en su locura  
una hora y otra admirado,  
viendo el perfecto traslado  
de tan perfecta hermosura.

En las quimeras que fragua  
mira su imagen pomposa,  
mientras en calma reposa  
la superficie del agua.

Y cuando el céfiro blando  
la riza en grupos de espuma,  
vano concierta su pluma,  
á que se aquiete esperando.

Sigue en las aguas, flotante,  
cualquiera ruta sin tino,  
con tal que al ir su camino,  
lleve su sombra delante.

Hasta que leve pasando  
alguna nube sombría,  
eclipsa su gloria, impía  
la luz del cielo eclipsando.

Sin que gallardos se curen  
de poner coto á su orgullo,  
por más que en doble murmullo  
las ondas de ello murmuren,

Con plácidos movimientos  
siguiendo su sombra bella,  
va orlando las aguas ella,  
y él herloseando los vientos.

En grato son, transparentes  
mienten las aguas sonrisas,  
húmedas suenan las brisas,  
y alegres corren las fuentes.

Hasta que acaso importuna  
densa una nube resbala,  
que oculta toda su gala  
al cisne, sombra y laguna.

Porque ligera pasando,  
como apariencia ilusoria,  
deja en eclipse su gloria,  
la luz del cielo eclipsando.

---

—Cisne, que en blando embeleso  
admiras tu pompa suma,  
ve mirando  
que en tu quimérico exceso  
en cada estanque una pluma  
vas dejando.

Y como el aura prosiga  
en resbalar turbulenta

por tus alas,  
no mires tu sombra amiga,  
pues te dará triste cuenta  
de tus galas.

Mirando al agua que corre,  
no engrías el delirante  
pensamiento,  
porque es muy frágil la torre  
que tiene al agua inconstante  
por cimiento.

Del roble la alta corona  
el aquilón rebramando  
rompe bronco,  
y los arbustos perdona  
que están el puerto abrazando  
de su tronco.

Si tus plumas adoradas  
perdiendo vas una á una,  
¿qué te queda?  
¡Ay! que en sus vueltas calladas  
todo lo huella fortuna  
con su rueda.

La vanidad insensata,  
como el águila altanera  
toca al cielo,



y cuando menos se cata,  
ve que camina rastrera  
por el suelo.

¿De qué nos sirve que hermosa  
la primavera de flores  
vista al llano,  
si luego en lumbre enojosa  
la seca con sus calores  
el verano?

¿A qué tu mente se sube  
entre gloriosos desvelos  
delirando,  
si los eclipsa una nube  
la clara luz de los cielos  
eclipsando?

Cuida que en alas traidoras  
la vanidad no se encumbre  
de tu mente,  
y que del cielo que adoras  
no te se cierre la lumbre  
de repente.

Y puesto que el seso pierdes  
tu dulce sombra mirando,  
oye atento;  
tal vez en tu juicio acuerdes,

el triste fin recordando  
de este cuento:

---

“Entre los rudos cantares  
que incierto el aire mentía,  
cruzaba un cisne los mares  
mirando su sombra un día.

Era una tarde serena,  
en que las ondas calladas  
no escupen sobre la arena  
conchas, ni piedras pintadas.

De esas tardes sin bramidos,  
en que el alma no oye atenta  
más que los ecos perdidos  
de la pasada tormenta.

Tocó á su término el día,  
del mar bordando la alfombra  
y viendo el cisne seguía  
sobre las aguas su sombra.

Fuese la noche cerrando,  
y en su constancia importuna,  
quedó su sombra mirando  
al resplandor de la luna.

Siendo ella su amante gufa,  
era, en su loco transporte,  
cualquiera ruta su vía,  
y cualquier rumbo su norte.

Y al seguirla, indiferente  
cruzaba el mar al acaso,  
ya del ocaso al Oriente,  
ya del Oriente al ocaso.

Rizando el viento las olas,  
vagos preludios ensaya,  
y alza tiernas barcarolas  
el marinero en la playa.

Lame, con plácido halago  
sonando el mar, las riberas.  
Mas ¡ay! que es sólo un amago  
la mansedumbre en las fieras.

Que si mintiendo bondades,  
se muestra el mar tan sereno,  
es que hondas las tempestades  
hirviendo están en su seno.

¿Quién mira las flores bellas  
de las praderas olientes,  
y cobijadas entre ellas  
ciego no ve las serpientes?

¿Quién las naves anegadas  
mira del mar en la orilla,  
que entre sus hondas rizadas  
bote su fragil barquilla?

¡Ay del osado que excede  
á su valor con su intento!  
Mucho se expone á que herede  
sus esperanzas el viento.

Dígalo el cisne llorando,  
que en su constancia importuna  
quedó su sombra mirando  
al resplandor de la luna.

Pues brotando de su centro  
los vientos que el mar encierra,  
á tan horrisono encuentro  
tembló espantada la tierra.

Cegaron mil nubarrones  
del cielo las luces bellas,  
y vomitando aquilones,  
tocó la mar las estrellas.

El cisne agitó sus alas  
para elevarse del suelo;  
mas no advirtió que sus galas  
volaban ya por el cielo.

Y do cifraba poco antes  
todo su amor y ventura,  
pese á sus alas flotantes,  
el triste halló sepultura.

Por dar un vano alimento  
á sus fantasías locas,  
sus galas heredó el viento,  
y su cadáver las rocas.

Mas de una pompa tan suma,  
de tan quimérica gloria,  
no heredó el mundo una pluma  
ni aun para escribir su historia.



## LIBRO SEGUNDO

---

# AYES DEL ALMA

---

Á LA REINA CRISTINA

RESTAURADORA DE LAS LIBERTADES PATRIAS  
AL PARTIR PARA SU DESTIERRO

---

¡Italia!... ¡Italia!... á tu angustiado seno  
vuelve ya la deidad de ti adorada :  
la trajo el iris y la lanza el trueno ,  
cual hoja seca de Aquilón llevada.

(JUAN DONOSO CORTÉS.)

### ODA

Lleva en paz esa nave,  
aura gentil que hacia el Oriente vuelas ;  
que nunca en pompa grave  
á tu influjo suave  
otra más rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,  
de Italia en las regiones apartadas  
señalando su puerto,  
por estas que ahora vierto  
lágrimas tristes de rencor preñadas.

Adiós, Reina querida;  
si al ronco son del huracán que zumba  
te abre la mar guarida,  
yendo de muerte herida,  
feliz serás en encontrar la tumba.

¿Por qué doliente mides  
con esos ojos, que la paz vertían,  
la tierra que despides?  
¿Quién sostendrá las vides  
que al dulce arrimo de tu amor crecían?

¿Por qué con pecho fiero  
da á sus hijos la tórtola por padre  
al infiel balletero  
que amagó carnicero  
la blanca sien de la inocente madre?

Y tú, pueblo aguerrido,  
que la proscribes con ardor bizarro,  
recuerda cuando uncido,  
como alazán vendido,  
elevarte pudo á su triunfante carro.

Si dejaste beodo  
la regia frente de baldón sellada,  
nunca el imperio godo  
debió ver por el lodo  
de una mujer la dignidad ajada.

Aparta, infiel alano,  
que osaste profanar con ira insana  
de tu dueño la mano;  
hoy te alzas soberano,  
y un vil rufián te azotará mañana.

No apagues insolente  
mi voz, porque la mísera fortuna  
de una madre lamente,  
que sofocó valiente  
las sierpes que me ahogaban en la cuna.

En buen hora con saña  
solemnices en órgia placentera  
tu criminal hazaña:  
¡gloria al león de España,  
que el pecho hirió de una infeliz cordera!

Engríe tus pendones  
agobiados de bélicas coronas:  
quien venció Napoleones,  
añada á sus blasones  
la baja prez de proscribir matronas.

Y en tanto que serena  
ría la mar, ó que sus senos abra,  
aduérmete sin pena  
al bronco son que atruena  
del yunque atroz que tus cadenas labra.

—

¡Ya abandonó á Castilla!  
Cantad, hijos del Cid, la alta victoria;  
en mí fuera mancilla,  
magüer que cual Padilla  
me agito en sed de libertad y gloria.

~~~~~

AL REGRESO DE S. M.

LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA

ODA

Ya torna la que, viéndose ultrajada
por enemigo bando,
de Valencia en las costas, irritada,
la corona abdicó de San Fernando.

¡Digna Reina del pueblo que, algún día
con su indomable tropa,
el mundo entero á prosternar salía
desde un rincón de la asombrada Europa!

Llegad por fin donde, en amor iguales,
ya os miran embebidos,
como signo de honor, vuestros parciales;
cual bandera de paz, vuestros vencidos.

Mostrad, para vengaros dignamente
de pasados agravios,
señales de perdón en vuestra frente,
palabras de piedad en vuestros labios.

Los que hoy al "bendeciros," os admiran,
de vos "benditos," sean;
pues "¡madre!," os llaman cuantos hoy os miran,
"¡hijos!," tan sólo vuestros ojos vean.

No piden sangre, no, las nobles almas
de muertos defensores;
el mártir de una Reina exige palmas;
el héroe de una dama exige flores.

Con harta gloria ha de contar su suerte
la venidera historia,
que si es lidiar por vos, buscar la muerte,
morir por vos es alcanzar la gloria.

Y aunque vengar vuestra altivez quisiera
su inútil osadía,
¿qué existencia sus vidas redimiera,
ni cuál sangre su sangre expiaría?

A cuantos hoy con bárbaros enojos
 conciten vuestra saña,
eternamente á sus voraces ojos
su lumbre les esquite el sol de España.

Sed, cual fueron en bélicas edades
 los grandes corazones;
fuente de amor para manar bondades;
tumba inmortal para enterrar baldones.

Que no hay gloria en el mundo más cumplida
 que ser, cual vos, Señora,
el genio del orgullo, si vencida;
el ángel del perdón, si vencedora.

EL CARRO DE LA FORTUNA

Á MIS AMIGOS RUBÍ, DONCEL Y VALLADARES

Llegad, los que os es dado
el carro avasallar de la fortuna,
 y asaltadlo mal grado,
 que pasa acelerado
el cerco amenazando de la luna.

La turba, que hormiguea
sobre él, acogotad, vengando el dolo.
Lanzada al orco sea
esa imbécil ralea
de tantos grandes en el hombre solo.

A la eminencia suma
trepad, lanzando en oblación cruenta
el tropel que la abruma,
y que viste de pluma
del topo vil para ocultar la afrenta.

Caigan, pese á su lloro,
del pedestal do sin pudor subieron
las hembras sin decoro
que alas calzaron de oro,
y su virtud por escalón pusieron.

Abajo esos tribunos,
torpes ministros del doloso fraude,
que de su mal ayunos,
adulan importunos
al populacho vil que aullando aplaude.

A mí despedazada
de tantos héroes la corona baje,
antes que enmarañada
como prenda usurpada
del bosque quede entre el gentil ramaje.

Del carro desprendido
encima echad la ponderosa moie
sobre ese pueblo erguido,
que imita conmovido
con hondo afán la condenada prole.

Marquen esos caballos,
fogosos siervos de la suerte impía,
con sus herrados callos,
á los que, cual vasallos,
con riendas de oro á su placer los guía.

Seguidlos arrojando
al seno de las sucias polvaredas;
y ora el carro ciando,
ora presto arrancando,
magullen siempre al criminal sus ruedas.

Sienta esa chusma osada
que en él subir á la maldad le plugo,
que del vicio hostigada,
tinta en sangre la espada,
ya la virtud se convirtió en verdugo.

Caigan en son horrendo
del desierto las cálidas arenas
con sangre humedeciendo,
hastío y pasto siendo
de hambrientos lobos y de ahitadas hienas.

Bajad con vituperio,
viciosos monstruos de infernal ralea;
ya cayó vuestro imperio,
que, orlando el hemisferio,
el pabellón de la justicia ondea.

LA ESENCIA PERDIDA

¡Ay de la flor que á la mañana pierde,
como el alma su amor y su inocencia,
del viento á la merced su pompa verde,
y á la del sol su delicada esencia!

¿Qué le importa que, alegres en su vuelo
la acaricien las auras sonoras,
si no vendrán con fatigoso anhelo
su esencia á respirar las mariposas?

¿Y á qué fin de sus hojas primitivas
guardar un resto, si fingiendo quejas,
la esquivarán, pasando fugitivas,
cual hierba venenosa las abejas?

Serán desde hoy sus inodoras galas
fácil matiz de la campestre alfombra,
pudiendo deleitar, de las zagalas
la blanca faz, con su amorosa sombra.

No verá más entre la niebla umbría
las tiernas magas derramando amores,
cuando bajen, aromas y ambrosía
á beber en las copas de las flores.

¡Ay del arbusto que se eleva erguido
á impulsos de la blanda primavera,
y es el oprobio del jardín florido
quien para ser su galardón naciera!

¡Malhadada la flor que en vano lucha
por aromar la brisa murmurante,
y un tierno adiós de gratitud no escucha
cuando deja su sombra el caminante!

Si pierden los capullos su ambrosía,
como el alma su amor y su inocencia,
plácida flor de la esperanza mía,
no pierdas, no, tu delicada esencia.

Pasa la vida delirando amores,
perdida en la ilusión de una quimera;
la esencia son de las tempranas flores
las ilusiones de la edad primera.

Tiende, bien mío, de tu mente el vuelo,
no imites en tu curso á los que viles
por no asaltar en su altivez el cielo,
usurpan su mansión á los reptiles.

Aires más puros con afán busquemos,
dejando el valle, en el alzado monte,
y embebecidos desde allí miremos
sin límites ni fin el horizonte.

El rojo sol que los espacios dora
hollemos con el vago pensamiento,
porque bien sé que un paraíso mora
tras el turquí del azulado viento.

Y sé también que por allí cargados
se columpian los céfiros de azares,
que son los yermos deliciosos prados,
y lagunas pacíficas los mares.

Ni un áspid me contaron que se asoma
por entre el musgo de las lindas flores;
tiende allí el vuelo la gentil paloma
sin que tuerzan su curso los azores.

La Madre de los ángeles inflama
el corazón de amores más exento,
y hay un Pastor que á los apriscos llama
las perdidas ovejas con su acento.

Traspongamos los céfiros suaves,
pues sigue á los osados la fortuna,
que el águila es la reina de las aves
porque vuela más alto que ninguna.

Y cuando el mundo sin pesar dejemos,
por si algunos lamentan nuestra huida,
en pago de su amor les legaremos
el llanto que se vierte á la partida.



LA CONFESIÓN

Y yo, abismado en tanta maravilla,
con miedo reverente
ceso, y humilde inclino la rodilla,
y la devota frente.

(MELÉNDEZ).

Ya el manso indócil, que en su error seguía
con inútil empeño,
torna á buscar la sal que le ofrecía
la mano de su dueño.

De la virtud abandoné gozoso
el aterido llano,
porque otro el gusto me enseñó frondoso
á la siniestra mano.

En él probó con algazara loca
 ámbares mi sentido,
ricos panales mi sedienta boca,
 y sirenas mi oído.

Piloto audaz, con la inocencia mfa
 por exclusivo amparo,
torpe esquivé la soberana guía
 del eminente faro.

Cuántas hollé risueñas á la entrada
 alamedas y llanos,
trocáronse, al volver de la jornada,
 en inmundos pantanos.

Adonde el soto me forjé más bello,
 me hirieron los abrojos;
las zarzas, arrancándome el cabello,
 me azotaron los ojos.

Jamás calmé, por aliviar las mfas,
 las desdichas ajenas:
siempre faltaron á mis ojos días
 para llorar mis penas.

Al poderoso sorprendí comprando
 la inocencia con oro,
mas yo vengué su iniquidad, entrando
 á saco su tesoro.

Mi triste corazón hirió atrevido
el brazo del más fuerte,
y el dardo asiendo de mi pecho herido,
di al contrario la muerte.

Pequé, Señor, porque amagaron fieros
la sangre de mis venas;
dadme el perdón, ó no apastéis corderos
adonde nacen hienas.

Hoy para siempre á vuestros pies se agotan
las furias de mi pecho,
pues ya agolpadas á mis ojos brotan
como volcán deshecho.

Feliz, si á mis errores juveniles
vuestra piedad alcanza:
¡bien la merece el que á los veinte abriles
ya perdió la esperanza!

A la virtud consagraré holocaustos,
y desde hoy, Padre mío,
esquivaré los mundanales faustos,
como la cumbre el río.

Quedad con Dios, los que vagáis perdidos
del ancho mundo por la incierta vía,
que ahuyentando el sopor de mis sentidos
se eleva el sol, y con su luz me guía.

Quedad con Dios; y perdonad, pastores,
si alguna vez, sediento peregrino,
os agoté, calmando mis ardores,
la pura fuente del erial camino.

Dadme el perdón si en su cristal undoso
templé del sol las estivales llamas;
ó si en el puerto, del laurel frondoso,
para abrigarme, desgajé unas ramas.

Y vos, seres, también, cuya inocencia
el pasto fué de mi amoroso intento,
dadme el perdón si, por gozar su esencia,
alguna flor os agostó mi aliento.

Eternamente os cantarán mis labios,
cual monumento á vuestras glorias hecho,
y amante fiel, para enterrar agravios,
en panteón convertiré mi pecho.

Quedad con Dios; mi ardiente fantasía
al cielo asciende entre gloriosa nube,
y en alas de su ardor el alma mía
purificada por los aires sube.

Recoge, cazador, el vil reclamo
que esfuerza en vano la falaz garganta,
pues ya esquivando tu engañoso ramo
el ruiseñor, por las alturas canta.

LAS ILUSIONES

A T...

Salud, claras centellas
que en giros halagüeños
vais guiando mis huellas,
leves como los sueños,
cual los ángeles bellas.

Por sendas sin espinas
arrastráis, dulces magas,
mis plantas peregrinas,
siempre en los aires vagas,
y siempre á mí vecinas.

Y ya que, uno por uno,
tal vencéis los fracasos
del destino importuno,
que en mis inciertos pasos
no tropecé en ninguno,

Por beneficio tanto,
dejad que sin pesares
os rindan en su encanto,
tierna mi voz, cantares;
dulces mis ojos, llanto.

Vos, con gesto risueño,
traéis al alma mía
con amoroso empeño,
quimeras por el día,
y por las noches sueño.

Vos templáis la venganza
de mis tristes memorias,
y en lisonjera holganza
vos renováis las glorias
de mi muerta esperanza.

Así entre ensueños de oro,
horas vivo serenas,
tierno guardando el lloro
para plañir las penas
de los tristes que adoro.

Y soy en mal tan fuerte,
pues que audaz no me espanta
con su rigor la suerte,
el único que canta
dando alcance á su muerte.

Salud, hijas del viento,
que tardas, ó ligeras,
llegándoos á mi acento,
sois siempre mensajeras
de perenal contento.

Dejadle que en su brío
vuestra morada esquiva
cruce en blando extravío,
y entre vosotras viva
el pensamiento mío.

No separéis la mano
en que feliz me aduermo,
cuidad con pecho humano
que más que no el enfermo
siente la herida el sano.

Seguid en banda espesa,
y no apaguéis el fuego
que ardiendo me embelesa;
seguid, por Dios, os ruego,
que cerca está la huesa.

Y en mis alegres días,
veréis que, aunque sin fausto,
presagios de alegrías,
os rindo en holocausto
las cantilenas mías.

UNA LÁGRIMA Á UN RECUERDO ¹

A los Sres. D. José Safont y D. Mariano Barrio

“Era una tarde sombría.
El aquilón rebramando
nuestras cabañas hería.”—
Así á sus hijos decía
una matrona llorando.

“Hender un canto la esfera
se oía plácido en tanto.
Mas ¡quién entonces creyera
que sólo de muertes era
vago prelude aquel canto!”

¹ En la tarde del 24 de Febrero de 1841, murieron ahogados en el río Henares, viniendo de una quinta de recreo, D. José Safont y su esposa doña María Clavijo, acompañados de sus padres D. José y doña Rosa Llug, doña Antonia Cabo Cardaño, esposa de D. Mariano Barrio, una niña de siete años, hija de éstos, y otros varios amigos y parientes. Sólo D. José Safont (hijo) se salvó por la solicitud de un dependiente, después de haber hecho en vano algunas tentativas por perecer en unión de tan queridos objetos.

Está por demás advertir que esta composición ha sido hecha en memoria de tan infausto acontecimiento.

—Templad esa intensa,
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
la trágica historia
contando seguid.

“Iban las olas mugiendo,
mientras las auras esquivas
seguían con dulce estruendo
en vago son confundiendo
aplausos, cantos y vivas.

„ Y estaba azotando impío
el aquilón la ribera,
cuando entre el polvo sombrío
vi una carroza ligera
ganar las ondas del río.

„ *¡ Amaina, zagal!* dijeron
su incuria al ver los pastores,
y aunque á su auxilio acudieron,
zagal, carroza y señores,
entre las algas se hundieron.

„ *¡ Ay!!* con voz desfallecida
clamaron en mal tan fuerte,

como el que en rápida huida
mira alejarse la vida
en brazos ya de la muerte.

„Vierais entonces, fluctuando,
alzar á todos las palmas,
hondos gemidos lanzando,
con ansias de muerte dando
un triste adiós á sus almas.

„Y al ver á una madre en tanto
alzar á una niña al cielo,
me ahogó la voz el espanto,
y ciega caí entre el llanto
presa infeliz de tal duelo.„

—

— Templad esa intensa
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
la trágica historia
contando seguid.

“A vueltas de mi extravío,
oí con triste lamento
gritar: *¡Adiós, amor mío!*

mientras que ahogaba este acento
con sus murmullos el río.

„Era un esposo, que impía
á puerto ya de bonanza
una infiel mano impelía,
y al ver á la esposa hacía
exequias á su esperanza.

„*¡Adiós!* el triste llorando
clamaba con voz doliente:
y, *¡para siempre!* gritando
seguía, entre el polvo ajando
desesperado la frente.

„¡Y cuál su dolor sería,
cuando él en trance tan fuerte
á su esposa *¡Adiós!* decía,
y ella *¡Adiós!* le respondía
desde el umbral de la muerte!

„¡Ay! cuando en tropel se hundieron,
y ya con tez amarilla
las yertas palmas tendieron,
¿dónde sus ramas tuvieron
los álamos de la orilla?„

— ¡Qué lástima el verlos
ahondarse sería!

— ¡Cuánto ¡ay! llenaría,
vagando, el confín!!
— ¡La niña que alzaba
su made en las manos!!!...
— ¡Lloremos, hermanos,
su trágico fin!

Á ORILLAS DEL NALÓN

¡Cómo, al vagar la mente,
lastima, inquieta, el corazón llagado!
¿El ánima doliente
llora por lo presente,
ó suspira tal vez por lo pasado?

Ya de añejos dolores
nos señala el arpón, ó ya renueva
recuerdos seductores
ya de gustos de amores
la antigua miel entre ilusiones prueba.

Ora, al cielo vecina,
su curso, audaz, á los planetas marca;
ya al abismo declina;
ya á par del sol camina,
y el ancho espacio de la luz abarca.

¿Qué buscará en la hondura
de esas sonantes y apacibles olas,
que con planta insegura
llevan su linfa pura
arrastrando entre lirios y amapolas?

Tal vez cuando sus huellas
multiplican los brillos halagüeños,
sus imágenes bellas
se parezcan á aquellas
que audaz forjaba en mis dorados sueños.

Si en óptica ilusoria
las remedan tan frágiles perfiles,
quiero aumentar mi gloria,
trayendo á la memoria
los sueños de mis años juveniles.

Corred por las campañas,
fáciles ondas, derramando albores,
y al pie de las montañas
seguid entre espadañas
trocando en perlas las brillantes flores.

En plácidos concentos,
por el soto tended las limpias huellas,
conjuraré los vientos
porque no borren lentos
esa copia de imágenes tan bellas.

Y si el aire el encanto
borrase de esos cuadros halagüeños,
 consuéleos mi quebranto,
 porque también el llanto
borra el tropel de mis amantes sueños.

¡Oh, si mi frágil nave
pudiese por lo menos sus entenas
 dar al aire suave,
 para que el peso grave
cruzase un mar de linfas tan serenas!

Llebadme, ondas queridas,
por vuestro raudo y celestial camino;
 si es por sendas floridas,
 no importa que perdidas
á morir caminéis al mar vecino.

Que con queja importuna
jamás, en congojosa pesadumbre,
 maldigo la fortuna,
 sea el sol ó la luna
quien el camino de mi muerte alumbre.

Al término toquemos,
antes que hollar en nuestro rumbo abrojos;
 cuanto más caminemos,
 por las prendas que amemos
menos ofrendas verterán los ojos.

Llebadme, ondas serenas,
no quiero, atravesando de corrida,
que vaya á duras penas
la sangre de mis venas
enlutando la senda de mi vida.

EL PRIMER AMOR

ALEGORÍA.—Á P...

¡Ay del que, ahogando congojas,
funda sus gustos y amores
en el verdor de unas hojas,
ó en el matiz de unas flores!

Digalo en tristes endechas,
pese á tan crudas memorias,
la que entre flores deshechas
vió por el aire sus glorias.

Un plácido almendro estaba
viendo una niña en su anhelo,

que con su pompa afrentaba
toda la pompa del cielo.

Seguía al árbol mirando
con afición importuna,
hora por hora contando
sus galas una por una.

Mas ¡ay! que tanto ornamento
costó á su pecho afligido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un gemido.

—

—¿Por qué los lángidos ojos
amante en el árbol fijas,
antes de ver con enojos,
niña, las sierpes y abrojos
que con las plantas cobijas?

¡Ay! Pese á tu amor, repara
en tus delicias extremas,
que ya la fortuna avara
dejó sin ídolo el ara
adonde tu incieso quemas.

Conjura el cierzo sombrío,
porque de flores tan bellas
marchitaré el atavío,

desvaneciendo, amor mío,
tus ilusiones con ellas.

¿A qué el abril de tus años
consagras, niña, á unas flores,
si no has de evitar los daños
que causan los desengaños
de los primeros amores?

¿Si pensarás por ventura,
embebecida en la calma
de tu amorosa locura,
que las heridas del alma
cualquier remedio las cura?

¿Y qué harás, dueño querido,
cuando de las nubes fieras
oigas el ronco estampido,
tú que jamás has oído
más que balar las corderas?

Nunca sentiste encontrados
revolotear los ambientes
por los espacios lanzados;
pues siempre viste en los prados
adormecidas las fuentes:

Y ¡ay, si á torrentes bramando
el agua va por las cuestas,

los mármoles desquiciando,
en su furor transportando
los bosques á las florestas!

Pon término á tus locuras,
que los volcanes revientan
en las soberbias alturas,
donde las flores más puras
eterno al Mayo sustentan.

Cuando apacible rompieres
en amorosos cantares,
no has de olvidar si pudieres
que siempre son los placeres
la cuna de los pesares.

Y ya en el trance postrero,
será inútil que cobarde
dé el labio un ¡ay! lastimero.
¡De qué valdrá el mensajero
si ya el perdón llega tarde!

Una á una, hora por hora
contaba las flores bellas,
hasta que un día á la aurora
halló el arbusto sin ellas.

Entre sus alas llevaron
toda su pompa liviana

los céfiros que pasaron
á recibir la mañana.

Vió entonces entre suspiros
del primer mal el trasunto,
y cuántas vueltas y giros
da la fortuna en un punto.

Mirando el árbol desierto
da riendas al lloro en tanto.
¡Siempre es el último puerto
de nuestras cuitas el llanto!

¡Así el hojoso ornamento
costó á su pecho afligido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un gemido!

¡Mas de cuánta ilusión y cuántas flores
se orlaran ¡ay! nuestros primeros años,
si los cierzos calmaran sus furoros,
y acotara el amor sus desengaños!

Llora del viento el desamor injusto;
lloremos, sí, nuestro fugaz aliño,
porque también el destrozado arbusto
la imagen es de mi primer cariño.

Y cuantas almas el dolor devora,
vengan también á lamentar conmigo
la viudez de la tórtola que llora
al pie del árbol de su amor testigo.

Es digna, sí, de fraternal consuelo,
la pobre niña, que mirando sólo
como un almendro engalanaba el cielo,
no oyó los austros conmover el polo.

Una senda de flores sin espinas
soñó la triste en su ilusión primera,
pero ajadas sus plantas peregrinas
ya ensangrentó la desigual carrera.

¡Blandos favonios del templado estío,
un cisne socorred de blanco seno,
que al avanzar hacia el cristal del río
cayó á la orilla entre el hedor del cieno!

¡Descended, serafines, de la altura,
y unas alas prestad á esa paloma,
que ya entre el musgo la serpiente impura
á devorarla sin piedad se asoma!

¡Vagad, ayes del alma, en son de duelo,
paz demandando al Hacedor divino,
para el arcángel, que al tornarse al cielo,
tocó en el mundo porque erró el camino!

Tal vez en su inocencia no creía,
al amainar su vuelo acelerado,
que el paraíso terrenal cubría
la mácula afrentosa del pecado.

Vuestra mano, Señor, sea la guía
de esa inocente, que angustiada llora,
que al despedir al sol dichosa un día,
se halló infeliz al asomar la aurora.

Y si basta de lágrimas un río
para que oigáis su angelical querella,
puedan lograr su redención, Dios mío,
las muchas ¡ay! que derramé por ella.

EN LA CARTUJA DE BURGOS

A B...

ODA

Paso á la imbécil plebe
que, detestando en su abyección la gloria,
tiende su brazo aleve,
y á desplomar se atreve
cuanto en cien siglos hacinó la historia.

¿Y en nombre de qué culto
ciega esa plebe la orfandad derrama?
“¡Paso! y quede insepulto
el que con loco insulto
odie la grey que *libertad* proclama.”

Vengan, pues que perjura
la *libertad* tan bárbaros caminos
allana en su locura
á esa falange impura
de incendiarios, traidores y asesinos.

Derrocad sin concierto,
muchedumbre sangrienta de villanos;
sólo en este desierto,
como en oculto puerto,
un templo os queda en que poner las manos.

Míralos ya, alma mía,
levantar, cual en torpes lupanares,
alta y soez orgía
aquí, do ayer se oía
el sublime cantar de los cantares.

Con las tuyas mezclamos
nuestras teas, mi bien, pues ya incendiaron
los ídolos que vemos:
el pedestal quememos,
ya que sobre él á nuestro Dios quemaron.

Ven, que sin noble valla
aquí sus fuegos saciará brutales
el corazón que estalla,
cabe la ruin canalla
que hundió cadalsos para alzar puñales.

Ven, que aunque ayer oramos
ante ese altar que durrumbado humea,
de él nuestra alfombra hagamos;
con esto escarnezcamos
la vil generación que nos rodea.

Y si en el trance impío
al ver mis ojos destrucción tan fiera
vierten de sangre un río,
no los seques, bien mío,
vierta el dolor lo que el puñal espera.

Alza, don Juan segundo,
deja asolar tus fúnebres aprestos,
que, en su rencor profundo,
ese tropel inmundo
si no halla sangre, aventará tus restos.

¡Fuego, embriagada tropa!
Talad, brindando por el culto ibero,
tinta en licor la ropa:
ayer en esa copa
la sangre se libaba del Cordero.

¡Ah! Desde hoy nuestros brazos.
¿en qué altares, con mística porfía,
formarán tiernos lazos?
Vedlos aquí en pedazos.
Rotos pedazos, ¡ay!, del alma mía!

MUERTOS Y VIVOS

BACANAL.—CORO BAILABLE

Hoy vienen, dejando
las tétricas huesas,
de muertas promesas
las almas en pos.
*¡Ahogad las creencias;
cerrad la ventana:
que vuelvan mañana
benditas de Dios!*

Bailad, que las luces
al orco se lanzan,
y negras avanzan
las sombras detrás;

Y alzando alaridos
al viento que atruena,
las almas en pena
nos hacen compás.

Miradlas, al ruido
de cien cascabeles,
poblar los dinteles
del regio salón.

Huid, prole inmunda,
y ahogad los gemidos;
que á muertos y á idos
no hay fe ni pasión.

Tal vez nos demanden
antiguas promesas;
mas hoy ni por esas
la fiesta ahogarán.

Bailad, que sus prendas
al ver inconstantes,
los muertos amantes
de rabia se irán.

Oid cual mi nombre
maldicen crueles...
¡Amantes infieles,
un trago por mí!

Bailad, y que sigan
las almas su vuelo;

si estorban al cielo,
nos sobran aquí.

Si vienen á hacernos
tan frívolo cargo
de un viaje tan largo,
bailad, y hagan dos.

*¡Ahogad las creencias,
cerrad la ventana:
que vuelvan mañana
benditas de Dios!*

EL JUICIO FINAL

FANTASIA

I

Anuncio del juicio final á los espíritus malignos.—Lamentos del ángel malo.—Postrer ardid del infierno.

Así Luzbel exclamaba,
mientras le oía confuso
aglomerado el infierno
en espantoso tumulto:

—“Mañana, cuando las llamas
bajen del cielo á diluvios,
y, vomitando tormentas,
sombras aborte el profundo,
tumba fatídica siendo
en encontrados disturbios
las llamas, de las tinieblas,
y éstas, de aquéllas sepulcro;
y desquiciados los orbes,
por los espacios cerúleos,
ya con la llama abrasados,
ya entre las sombras ocultos,
amenazando caídas
perdidos vaguen sin rumbo,
al ruido de la trompeta
que anuncie el final del mundo;
el orbe donde nacimos
asediaremos sañudos,
para vestir los despojos
de los que en él fueron justos,
y en alas de su pureza,
los nuestros dejando impuros,
á juicio pareceremos
de DIOS ante el trono augusto.”—

Al nombre de DIOS heridos,
como al poder de un conjuro,
se dispersaron inquietos
los condenados en grupos,

hondos gemidos lanzando
de eternos ecos preludios;
y de la atroz gritería
al descompuesto murmurio,
despiden rayos sus ojos,
fatal emblema de orgullo,
restos de glorias pasadas,
y de alto origen trasunto.

—“Tremendos sobre nosotros,
siguió Luzbel, uno á uno,
entre martirios sin cuento
pasaron lustros y lustros,
sin que el dintel de los cielos
jamás tocásemos puro,
aunque á sus puertas llamamos,
ya humildes, ó ya sañudos,
ora con fieros enojos,
ora con llanto importuno;
pues siempre de sus albores
ciego nos dejó el impulso,
sin que á atenuarlo bastase
de nuestros antros el humo;
siendo al medir las esferas
en desesperados tumbos,
de su clemencia el escarnio,
y de su gracia el insulto.
¡Oh! Si nuestra alma rebelde,
jamás adoró al DIOS sumo,

al cieno vil aferrada
por el imán de los gustos;
y si en prisión afrentosa
nuestro divino atributo
la infame cárcel del cuerpo
ató con lazos robustos,
¿por qué DIOS, fuente de gracia,
de su emanación verdugo,
condenó á eterno martirio,
en su justicia sañudo,
al alma que encadenada
alzarse al cielo no pudo?
Ganad, hijos del infierno,
pese á los buenos el hurto,
y antes que el orbe aniquile
del juicio el terrible anuncio,
los restos con que piadosos
rindieron al cielo cultos,
tal vez porque sus sentidos
nunca en su afán iracundos
contra el imperio del alma
se amotinaron impuros.
¡Sus!,—

Y enderezando al orbe
los condenados su rumbo,
aún no colgaban los aires
las negras sombras de luto,
cuando en tropel se apostaron
en los confines del mundo.

II

Llamamiento.—Descripción del juicio final.

¿Cuál fúnebre estampido
conturba los revueltos horizontes,
que á su fragor el orbe estremecido
lanza de sí cual átomos los montes?

¿A dónde en ronco estruendo
los mares desbordados,
rugientes van la inmensidad midiendo
de planeta en planeta despeñados?

Por el espacio errantes,
perdido el rumbo de su giro eterno,
los astros rutilantes,
las sombras inflamando del infierno,
cayendo van desde la empírea cumbre
en ciego parasismo,
mientras nubes espesas
se alzan sin fin del tenebroso abismo;
y en remolinos fieros
ruedan despedazados
en amalgama universal mezclados
llamas, cometas, sombras y luceros.

Hirió la trompa al resonar la esfera,
y en sus impuras fauces dejó ahogado
el ¡ay! desesperado
que ronca alzó la humanidad entera.

Id á juicio, mortales,
sin contener el indolente paso;
caminad á sufrir eternos males,
ó eternos bienes á gozar acaso.

¡Ay si al tornar con ánimo doliente
los ojos desolados
hacia los gustos del amor pasados
rojo el pudor os encendió la frente!

Seguid llorando con dolor profundo
vuestro eternal quebranto,
ya que alegres tuvisteis en el mundo
tan en desuso el llanto.

Ajenos de esperanza,
en vaga lontananza
el arcángel oíd, que en presta huida
grita al cruzar la inmensidad inerte:
“¡Ay del que á Dios no consagró su vida!
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!,”

Seguid, prole maldita,
sin mundanos deseos,

con ánima contrita,
á rendir el espíritu en ofrenda
de impuros devaneos;
caminad sin rodeos:
no hay sagrado á que huir; esta es la senda.

Id y arrojad, monarcas de la tierra,
en oblación amarga,
esa humilde corona
que de alta prez en vuestra sien blasona,
y no á los hombres, en mundano exceso,
con tan inútil carga
no pudiendo marchar, dobléis el peso.

¿Por qué ocultáis entre las manos bellas
las frentes de jazmines,
vos que brillasteis sin pudor en ellas
radiantes de hermosura en los festines?

Id, con los ojos falsamente enjutos,
torpes matronas de insondable pecho,
donde os esperan los bastardos frutos
del profanado lecho.

En hombros de los ángeles alzado
ved de Dios el asiento,
y cómo ya á su acento
deja veloz las no acotadas puertas
de par en par la eternidad abiertas.

Maldecid, turba vil, en mal tan fuerte,
vuestra existencia entre el placer perdida.
¡Ay del que á Dios no consagró su vida!
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!

III

Transformación y ascencimiento de los pecadores.—Ayes de los justos.—Preponderancia del cuerpo sobre el imperio del alma.

Y alzándose de las tumbas
al universal crujiir,
van en sus cuerpos las almas
cruzando el aire sutil.
Y cuando algunas, ya altivas,
tocan del cielo el confín,
otras, rastreras, el polvo
miden con hondo gemir,
pues de sus restos antiguos
con ansia inquiriendo el fin,
en vano, hozando sepulcros,
discurren aquí y allí,
hasta que al murmullo ronco
de un satánico reir
escuchan sobre los aires
clamar á Luzbel así:
—“Con nuestros restos, á juicio

almas dichosas venid,
ya que en los vuestros nosotros
vamos con vuelo gentil.
Y á fe que prendas tan leves
son fáciles de subir,
mientras que torpes las nuestras
pegadas al cieno vil,
tal vez á ascender se nieguen
por círculos de zafir;
y si en tal caso os agobian,
lo que sufrimos, sufrid. „—

Dijo; y conformes los buenos
con tan infernal ardid,
visten sus formas humildes
ayes lanzando sin fin.

¡Ay, que ignoráis resignadas,
almas de origen feliz,
que los sentidos rebeldes
en espantoso motín,
también las almas aferran
como esas que véis subir;
y espíritu y carne entonces
luchando en abierta lid,
suele á la impura materia
rendirse el alma servil!
¡Vos, que cruzasteis el mundo
con formas de serafín,

sin que sintieseis el fuego
de las pasiones hervir,
aún no sabéis cuál marchita
de nuestra edad el abril,
el ansia de las potencias,
cuando guerreando entre sí,
ansioso busca el oído
profanos sonos que oír,
ebrios de placer los labios
otros labios de rubí,
fantasmas de amor la mente
de misterioso perfil,
lumbre que admirar los ojos,
sendas el pie que seguir;
y en tan inciertos deseos,
y en tan encontrada lid,
aquí anhelando placeres,
llorando gustos allí,
llevan al alma aferrada
tras de la materia ruin,
para concederla sólo
la libertad al morir;
¡y entonces Dios la destierra
donde por siglos sin fin
padezca, porque no pudo
en su dolor resistir!

Mas vos, con fervor divino
mil veces más fuerte y mil,

con esos viles despojos,
almas dichosas, subid.

Y suben, mientras aun se oye
por el desierto confín:

—“Y si en tal caso os agobian,
lo que sufrimos, sufrid.”—

IV

Vencimiento del espíritu por abyección de la materia.

Y apenas en sus leyes sacrosantas
Dios decretó la universal discordia,
á la turba infernal miró á sus plantas,
gritando en hondo afán:—*¡Misericordia!*

—“Silencio, vil tropel, de Dios maldito;
tarde la gracia del Señor granjeas.”—
Y la turba infernal, alzando el grito,
repite sin cesar:—*¡Bendito seas!*

—“¿Por qué los ojos á mi luz no esconden
deslumbrados los hijos del profundo?”—
Y á las palabras del Señor responden:
—*¡Paz y salud al Redentor del mundo!*

—“¿Son éstos los que en ciego desvarío jamás tornaron á su Dios los ojos?”

—“Los mismos son; pero piedad, Dios mio,”— clamó Luzbel, y se postró de hinojos.

—“Si olvidados de vos ayer seguimos tras el cebo carnal de nuestros gustos, hoy redención á demandar venimos con las prestadas formas de los justos.

„¿A qué al infierno desterrar sañudo el alma de estos míseros nacidos, si siempre débil contrastar no pudo el impuro motín de los sentidos?

„Ni cómo ante su Dios se postraría en cárcel mundanal el alma presa quien recibió de la fortuna impía torpe la lengua y la rodilla aviesa?

„Si los que alzasteis compasivo al cielo, con nuestras formas vuestro ser adoran, ¡ay de los tristes que en amargo duelo á vuestros pies arrepentidos lloran!”—

—“Venid—dijo el Señor—mis escogidos.”—
Y un ¡ay! se oyó que conmovió el profundo, mientras suena en los aires esparcidos:
—*¡Paz y salud al Redentor del mundo!*

V

Imperfección humana.—Rebeldía de los sentidos.—Lucha
del espíritu y la carne.

Presentes los escogidos
ante el Señor que los nombra,
con hondo afán arrastrando
de los demonios las formas,
sacrílegos á sus ojos
alzan la frente orgullosa,
y ni le acatan altivos,
ni irreverentes se postran;
antes blasfemando ateos
gritan del cielo con mofa,
en el aspecto divino
la faz encarando torva :

—“¡No hay Dios!,”—Y la atroz blasfemia
rodando de boca en boca,
siguen impíos gritando
en confusión espantosa :

—“¿Qué niebla ver, importuna,
la luz del cielo me estorba,
que así á vivir me condena
entre el horror de la sombra?,”

—“¿Cuál torpe sueño las alas
de mi pensamiento agobia,
que noble á inquirir su origen
jamás el vuelo remonta?„

—“¿A dónde está la morada
de esa Deidad misteriosa,
que todos su ser conocen,
que todos su esencia ignoran?„

Y Satanás imprecando
al Dios que rendido implora :

—“¡Hasta los ángeles, grita,
con nuestras mundanas formas
dudan de vos, y os maldicen,
cuando brilláis con más gloria!„

Y á su voz siguen los malos
gritando : *¡Misericordia!*
Y á sus impuras blasfemias
ciegos los ángeles tornan.

—“¿Por qué, si sueño, tan sólo
impresos en mi memoria
los sueños profanos quedan,
y los divinos se borran?„

—“Nada los hondos misterios
de la religión me importan,
si ofuscan mi entendimiento

y si mi razón sofocan.,

—“Venid en tropel, deleites
de las ya apuradas órgias,
á ser el pasto continuo
de mis esperanzas locas.,

—“Blancos compases midiendo
sobre las ricas alfombras,
leves mis plantas se ensayan
en danzas voluptüosas.,

—“Liviano mi pensamiento
sujeta á pruebas gustosas
imágenes de deleite
que mi entendimiento aborta.,

—“¿Cómo las furias del cielo,
cuando de airado blasona,
son para mi pecho dardos
que, antes de herirlo, se em botan?,—

Y en su ignorancia ofuscados,
más las blasfemias redoblan,
mientras que Dios entre un velo
sepulta la faz gloriosa :

—“Ebria de goces ansía
ricos panales mi boca.,

—“¡Qué músicas mis oídos
vienen á herir sonoras!,

—“Profano lechos, á impulso
de estímulos que me acosan.,

—“Dejan marchito y sin vida
á cuanto mis manos tocan.,

- “Arden de amor mis sentidos.”
 —“Es la virtud una sombra.”
 —“Iguales son Dios y el caos.”
 —“No hay más placer que la gloria.”
 —“Falta la luz á mis ojos.”
 —“Sueños impuros me acosan.”
 —“¡Oh, qué tormento es la duda!”
 —“¿Quién es Dios?—*¡Misericordia!!...*”

VI

Hastío de Dios en su mejor obra.—Aniquilación de las criaturas.

—“Silencio,—exclamó Dios,—vil criatura,
 grosero aborto de miseria y llanto
 en quien es siempre la materia impura
 cárcel y afrenta de tu origen santo.
 Maldigo en ti mi predilecta hechura.”—
 Y descorriendo el vaporoso manto,
 al vivo resplandor de una mirada
 ángeles y demonios fueron nada.

VII

Sentencia.—Nueva creación del hombre.—Atributos de la especie humana.—Vaguedad de la existencia.

—“Vuelva á su ser lo creado;
 y de hoy por siempre estará

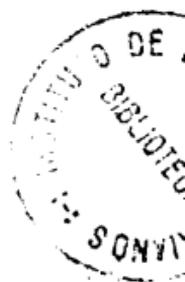
entre su Dios y los hombres,
mediando la eternidad.

„Será un informe trasunto
de la aniquilada ya,
la raza humana que el orbe
vuelva entre llanto á poblar.

„Con honra de imagen mía,
de barro el cuerpo tendrá ;
y el alma perecedera,
con alientos de inmortal.

„Toda su ciencia y su gloria
dudas y sueños serán,
y el galardón de sus penas
la cruda muerte, y no más.”—

Dijo el Señor, y á su acento
llenó sus cauces la mar,
y las alturas ganando
en armonioso compás,
por sus azules esferas
se vió á los astros girar.
Y como á vueltas de un sueño,
levísimo por su faz
sintió resbalar un beso
entre ilusiones Adán,
creyendo ver en los aires,



en éxtasis celestial,
una visión milagrosa,
que cada vez más y más
se fué alejando entre nubes
del bajo edén terrenal,
hasta que al fin quedó entre ambos
mediando la eternidad.
Agradecido al don triste
de la existencia falaz,
al cielo humilde las palmas
alzó postrándose Adán,
mas no hallando en su desvelo
ídolo ante quien orar,
y creyendo del acaso
fruto su vida quizá,
vino la hiel de la duda
su corazón á amargar,
y el don funesto maldijo
de su existencia fatal,
hasta que viendo á Eva al lado
que con sonrisa fugaz
sus dudas y desvaríos
trocó en amoroso afán,
el bien del alma olvidando
por el placer corporal,
se prosternó desde entonces
ante la humana deidad;
y sin que de su alto origen
quisiese el fin deslindar,

ni ver del hondo sepulcro
un término más allá,
dudas, miserias y llanto,
ahogó entre el placer carnal,
llanto, miserias y dudas
legando á la humanidad.

Así el hombre, de la vida
la senda cruzando erial,
siembra al pasar ilusiones,
y engaños cogiendo va;
y en curso errado, siguiendo
de su apetito el imán,
le asedian aquí pesares,
remordimientos allá;
y en guerra consigo mismo,
y consigo mismo en paz,
goza siguiendo la dicha,
sin alcanzarla jamás;
y así en encontrados rumbos,
atormentándole van
delante las ilusiones,
y los recuerdos detrás.
Y muerto de la esperanza
el consolador fanal,
siguen los hombres su ruta
con solícito ademán,
esperando aquí una dicha,
allí esquivando un azar,

viendo siempre el bien lejano,
y cerca sintiendo el mal;
y prosiguiendo el camino
que hollaron á su pesar,
de dónde vienen no saben,
é ignoran á dónde van.
Entre el error y la duda,
sin norte que brujulear,
ciegos caminan á veces
en parasismo mortal,
llamando gloria á la pena,
padecimiento al solaz,
á la verdad la mentira,
y á la mentira verdad.
Y á veces por la fe herido
sucumbe el genio del mal,
y otras rueda el fanatismo
luchando con la impiedad;
y así, en abismo espantoso,
entre creer y dudar,
incierta á su fin camina
la abyecta prole de Adán.

¡Ay de vosotros los tristes
que en tan proceloso mar,
luchando con las tormentas
sin esperanza bogáis,
sabiendo por vuestro daño
que de la ruta al final

sólo será vuestro premio
la cruda muerte, y no más!
Y vos, los que en sueños vagos
de eterna felicidad
creéis de vuelo, en muriendo,
sobre los aires pasar,
¿qué galardón, miserables,
por fe tan ciega esperáis,
si está entre Dios y los hombres
mediando la eternidad?...

VIII

Desaparición del Criador.—Último adiós á la esperanza.

Así acabaron las glorias
DE UN MUNDO QUE YA PASÓ;
y al ver á las criaturas
aniquiladas su Dios,
el cieno tocó, y del centro
se alzó Adán entre su hedor,
y un beso sobre su frente
para animarle estampó.
Y viendo tan vil hechura,
trasunto de otra mejor,
la faz al último cielo
por no mirarla tornó;

y una lágrima derrama,
glorioso emblema de amor,
que al descender ardorosa
sobre la cima del sol,
evaporada á sus rayos
en nube se convirtió.
Y alejándose escondido
entre el augusto vapor,
avergonzado, su hechura
por última vez miró,
hasta que entre ambos, doliente,
en faz de eterno dolor,
con su poder invisible
la eternidad arrastró.

¿Y para siempre apartado
de vuestro seno, gran Dios,
no probaré las delicias
de tan inefable amor?

¡Loco de mí, que corriendo
tras una y otra ilusión,
iba ganando el sepulcro
con infatigable ardor,
el término de mis penas,
y de mi fe el galardón,
creyendo en mis desvaríos
ver al través de su horror!
Mas ya por la misma senda

tan sin esperanza voy,
que falta en torpe letargo,
en mi juventud precoz,
el vuelo á mi pensamiento,
y el ansia á mi corazón;
y sin admirar, cantando
vuestra grandeza, Señor,
falta entusiasmo á mi pecho,
y falta canto á mi voz.
Y pues que en vano me canso,
id, esperanza, con Dios,
y apagad de vuestra antorcha
el peregrino fulgor,
que aquí me quedo llorando
de mis cantares al son,
una jornada perdida,
huyendo de otra peor.
Y aunque impía me engañaste,
sepultando mi ilusión,
al llevarme fascinado
con tu destello traidor,
recibe el último vale
del que te da su perdón
desde este páramo yerto
donde no nace una flor.

¿Y á dónde vos, engañados,
en tan ciega confusión,
camináis, hermanos míos,

treguas prestando al dolor?
Si vais como yo marchando,
lleno de fe el corazón,
creyendo tras el sepulcro
pasar á vida mejor,
doblád como yo la frente
tened el paso veloz,
que por sentencia de El mismo
para nosotros no hay Dios.
Mas no, seguid vuestra senda
el mágico resplandor
con que la dulce esperanza
vuestra niñez alumbró,
y ¡oh, si afanado corriendo
de vuestras huellas en pos,
por su destello alentado
pudiera seguiros yo!...

EL ALMA EN PENA

TRAGEDIA

ADVERTENCIA

El objeto que me he propuesto al bosquejar esta tragedia, es el de agitar una cuestión que se puede convertir en filosófico-religiosa.

No presento más que una pequeña fase del cuadro que me había propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solicitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios más ó menos importantes, y el plan hubiese correspondido á la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestión está reducida á lo siguiente:

“¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independendencia, ó lo hace á impulsos de una providencia superior?”

Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que carecemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos están regidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así, sería necesario confesar que Dios hacía un ayo sobradamente descuidado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarían su augusta dirección.

¿Y quién es el necio que, por otra parte, cree que abandonados á nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos, ni más ni menos que los animales de un orden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío á cuantos presumiéramos de tener sentido común. Se me dirá que, al darnos Dios el libre albedrío, nos concedió un instinto de percepción que distingue lo bueno de lo malo, y que, por consiguiente, somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa; pero esto, á lo más, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el don de conciencia, pues sería lo mismo que enseñarle á un hambriento el pan inaccesible á su estómago. Doy por supues-

to, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia para ganar la victoria; el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte, y el castigarle por su impotencia sería una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuzgar la justicia ó injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y sólo trato de manifestar que así como no me contenta ver á Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno pupilaje, me repugna en extremo hallarme con un albedrío que, á pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido más loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervención directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los cuales nuestra naturaleza debe estar en relación con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazón de los actores, tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquíptico. Basta para desarro-

llar esta composición, pero no cumple con el objeto que me había propuesto. La cuestión, por consiguiente, queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro eslabón más aéreo que éste, infinitamente más universal, que abrace todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores, que no se aplique á él un caso dado, sino que él sea aplicable á todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese ser misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, á quien unos llaman *sino*, otros *haddo*, otros *estrella*; que se insinúa en el corazón por caminos desconocidos; que excita nuestros instintos de un modo tan invisible, que á veces nos fuerza á hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen ó mal éxito de sus acciones á un director espiritual; y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una convicción tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?...

Abandono la resolución de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma más diestra que la de un pretensioso filósofo de veintitrés años,

EL ALMA EN PENA

PERSONAJES

IRENE (Alma en pena.) — DON LUIS DE CASTRO. — ELVIRA.
DON PEDRO DE LARA. — ANA

PRIMERA PARTE

ANGEL-DEMONIO

I

MORIR AMANDO

Tenía Irene un amante,
y aunque al amor no se aviene
la firmeza del diamante,
fué esta vez la más constante
de las amantes, Irene.

Siempre vivió entre ilusiones,
hasta que extinguió su vida
el fuego de las pasiones;
que en amantes corazones
quien bien ama tarde olvida.

Y sin que en rudos amaños
un pecho tan inocente
turbasen los desengaños,
así pasaron sus años
uno, diez, quince, hasta veinte.

—
¡Dichoso el que así camina
por márgenes deleitosas
en ilusión peregrina,
sin que haya entre tantas rosas
para su planta una espina!

¡Feliz la que tantas veces
la copa del gusto asiendo,
dando á sus amores creces,
jamás apuró, bebiendo,
de un desengaño las heces!

¡Bien haya el enamorado
que ve con ojos enjutos
á los que, mal de su grado,
pagando al amor tributos,
gimiendo van á su lado!

¡Y, aunque pese á sus intentos,
son del destino traiciones,
que unos alcemos lamentos
al compás de las canciones
que entonan otros contentos!

Dígalo Irene, que amando
con tan livianos empeños,
jamás con impulso blando
nubló un fantasma pasando
la nitidez de sus sueños.

Bien hizo, con ansia poca,
soñar desterrando enojos,
aunque á cada idea loca
se apagó un rayo á sus ojos,
y perdió un clavel su boca;

Que es mejor que la mejilla
se nos descolore á plazos,
que ir dejando con mancilla
de nuestra senda á la orilla
el corazón á pedazos.

—*¡Pobre Irene!*—exclamó un día
su madre, al ver que inocente
muriendo se sonreía;
y al verla morir la gente,
—*¡Pobre de Irene!*—decía.

Dejadla que, así muriendo,
será más feliz su suerte.
¿Qué más quisierais, que yendo
hacia vosotros la muerte
os asaltase durmiendo?

Dejadla, y no turbe alguno
su ilusión con loco empeño,
pues no ha de darla ninguno
más que un adiós importuno
al despertar de su sueño.

Más lejos, turbas galanas
de amantes, que en la locura
de vuestras mentes livianas,
quisisteis hacer hermanas
la desgracia y la hermosura.

Necios los que en sus paredes
escribís, porque no asoma
á dispensaros mercedes:
—“¡Ay de la bella paloma
que gime entre ocultas redes!”—

Dejad á Irene que duerma,
buenos doctores, en calma;
porque se os muere la enferma
si vuestro saber no merma
males del fondo del alma.

Y vos, piadosos varones
que veláis su último instante,
no perdáis las bendiciones
en quien da vuestros perdones
por un mirar de su amante.

Y cuide aquel que la infunda
que sólo rinde á precitos
de amor la torpe coyunda,
no sea que aun moribunda
le arroje á la faz sus ritos.

Calle, si en fiera agonía
rotos tan íntimos lazos
llora su madre este día.
¡Oh, si al nacer, en los brazos
muriera yo de la mía!

Cuantos á Irene han querido
mitiguen duelo tamaño:
que lanza el postrer gemido,
mas no lleva el pecho herido
por el primer desengaño.

¡Del mundo torpes extremos!
¡Que nos reciban cantando
cuando llorando nacemos,
y aun cuando al morir cantemos
nos han de dejar llorando!

Callad; y pues que su holganza
á nuestro dolor prefiere,
¡dichoso el que en bienandanza
da al mundo un adiós y muere
en brazos de la esperanza!

II

EL ALMA EN PENA

Los sobresaltos y dudas
que nuestro pecho combaten
al ver á algún ser querido
que, presa del ocultos males,
gime en un lecho, y se siente
desfallecer por instantes,
cuando los dulces recuerdos
de sus primeras edades
dan pábulo á su existencia
para extinguirla más antes,
sólo, en las funestas horas
de tan apurados lances,
aquel que vela á su lado,
porque lo siento, lo sabe.

Así de la triste Irene
la desconsolada madre,
que poco á poco de aquella
ve la existencia apagarse,
víctima junto á su lecho
de tan íntimos pesares,
inunda el suelo de llanto,
y el viento enciende con ayes.

¡Terrible suerte por cierto
la de la anciana que en balde
prodiga á su hija adorada
el colmo de sus afanes,
sin que á coartar el vuelo
de aquel espíritu basten,
pues de continuo embebido
en la ilusión de una imagen,
existe, goza y discurre
por las regiones del aire,
siempre esquivando los lazos
de la prisión de la carne,
y siempre anhelando un mundo
de espíritus celestiales!

Tendió una vez su mirada
á la luz pálida que arde,
y al ver de Irene tranquilo
el amoroso semblante,
y una convulsión ligera
que plácida le contrae
como si en sueño tan dulce
la hiciera sonreír alguien,
desfallecida, su rostro
en pesadumbre tan grande
dejó caer sobre el lecho,
lágrimas vertiendo á mares.

Parte entregada al desvelo,
y al sueño entregada en parte,
muellemente fluctuando
entre tan dulces mitades,
quedó la madre de Irene
en un éxtasis suave,
llorando de uno ilusiones,
de otro sintiendo verdades.
Y ya una vez tan ilusa
seres forjaba ideales,
que creyó ver en su insomnio
al lado de Irene un ángel,
el que cubriéndola alegre
con sus ligeros cendales,
como si tal vez con ellos
su espíritu aprisionase,
próximo á romper acaso
del cuerpo humano la cárcel,
ligeramente al oído
la murmuró este mensaje,
el cual traspuesta la anciana
creyó escuchar delirante:

—“Alma, ¿á qué llamar al cielo?
Dios á sufrir te condena.
Aun no es tiempo: acorta el vuelo;
vaga por el mundo, y pena.

„Si en ti no alcanzan victoria
hoy de Luzbel los intentos,

aun para entrar en la gloria
te faltan merecimientos.

„Tu amor fué una idolatría.
¡Sombras del mundo engañosas!
¡Ay del que no ama, hija mía,
á Dios ante todas cosas!

„Si á una luz engañadora
creiste al mundo tu amigo,
Dios te destierra á él ahora.
¡Duro es, Irene, el castigo!

„¡Por cada esperanza vana
tendrás desengaños, celos...
más sufre, que nadie gana
sin expiación los cielos!

„Por el ser que fué tu encanto
vela hasta su hora postrera:
sigue sus pasos, y en tanto
padece, Irene, y espera.”—

Y creyendo en su delirio
estas ilusiones reales,
despavorida la mano
tendió hacia Irene al instante,
y al ver de su tez la nieve
y de sus ojos el mate,

fría enmudeció su lengua
y yerta quedó su sangre,
desplomándose transida,
sin dar de vida señales,
del fruto de sus entrañas
sobre el helado cadáver.

—
Y al mismo tiempo empezaba
del cuerpo de Irene á alzarse
una celeste figura
diáfana, bella, radiante,
con formas tal vez marcadas,
pero sin formas bastentes
con que dar á sus contornos
ni á sus perfiles carácter.
Vaga confusión de nieblas,
de aromas, de luz y de aire,
que á todas imita, y todas
carecen allí de parte;
cuyas esencias son sólo
las que al espíritu atañen,
y cuyo ser en la mente
se engendra, alimenta y cabe.
Fantasma que, concebido
por un delirio suave,
siempre á la torpe influencia
de los sentidos se evade,
y que brilla abandonado,
débil, tibio, agonizante,

como sombra de otra sombra ,
como imagen de otra imagen...

Adiós, alma perdida
que con incierto afán y dicha incierta,
cruzarás dolorida
la senda de la vida,
estando ya para los vivos muerta.

No descorras, liviano ,
el velo que nubló tu afán perdido:
ten, Irene, la mano,
porque es el pecho humano
hueco infernal de víboras henchido.

¡Cuantas sombras amadas,
consagrando al amor sus verdes años,
vagarán desterradas,
de quimeras sembradas,
cogiendo, como tú, los desengaños!

Si hallases por el viento
seres que fueron mi pasada gloria,
cuéntales mi tormento,
por el dolor que siento
al relatar tu plañidera historia.

Di que sus ayes vanos
nadie oye aquí, porque los turban luego

los rumores insanos
de esos monstruos humanos
que el mundo va talando á sangre y fuego.

Si tal vez doloridos
quieren herir la mundanal conciencia,
que apaguen sus gemidos,
porque á muertos y á idos
sepulcros del amor labra la ausencia.

Tan sólo yo, viviendo,
vuestro clamor enamorado escucho.
¡Quién me diera á ese estruendo
corresponder, rompiendo
la cárcel vil en que afanado lucho!

III

DESENGAÑOS

DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA

Los pies sobre el pavimento,
las sienes entre una almohada,
contra un sofá reclinado
don Luis de Castro descansa.
En tal actitud no hay sueño,
trasgo, ilusión ni fantasma,

que no nos hiera la mente,
ó no nos divierta el alma.
Graves, tristes ó risueñas,
juntas ó desparramadas,
se ven circular visiones
en rápido panorama,
que ya del hondo sepulcro
de nuestros recuerdos se alzan,
ó ya desde un falso oriente
las aborta la esperanza;
y por eso se oyen cantos
que hallan eco en las entrañas,
y se ven tiernos semblantes
que fuego en las mismas hallan;
y todas se miran y oyen,
y todas en lontananza,
con rasgos de verdaderas
y caracteres de falsas,
como si fuese otro mundo,
que sostenido en el aura
va, viene, se agranda ó acorta,
para, gira, sube ó baja,
que hastía, alegre ó entristece
á gusto del que lo alcanza.

Se abrió de pronto una puerta,
y, apareciendo una dama,
un diálogo de improviso
ella y don Luis así entablan:

ELVIRA

¡Luis!

LUIS

¡Elvira!

ELVIRA

Irene ha muerto.

LUIS

¿Ha muerto?

ELVIRA

¡Desventurada!

LUIS

¡Dios la tenga en su morada!

ELVIRA

¿Lo sientes?

LUIS

No.

ELVIRA

¿Cierto?

LUIS

Cierto.

Turbado don Luis sin duda
por su inquietud momentánea,
no oyó uno de esos suspiros
que, al resbalar de callada,
parece que de su asiento
el corazón nos arrancan.
Lamentos que á nuestro lado
tal vez quejas levantan
de algunos seres perdidos
las sombras enamoradas,
que, de un fatal desengaño
la hiel al probar amarga,
sembrando remordimientos,
y doblando nuestras ansias,
acusan con hondas quejas
de nuestra fe la inconstancia.
Ayes sin ruido, que sólo
hieren en su fondo al alma,
que sin pregonar su origen
nacen, crecen, la desgarran;
más que comúnmente ahogados,
del mundo entre la algazara,
como con don Luis ahora
desapercibidos pasan.

LUIS

Siéntate á mi lado, Elvira.
(Lo hizo con rostro halagüeño.)

LUIS

¿Me amas?

ELVIRA

Como á único dueño.
(Por cierto que era mentira.)

ELVIRA

¿En tu memoria no lucha
de Irene el amor perdido?

LUIS

Ni aun recuerdo si ha existido
(¡Ay de su alma si lo escucha!)

LUIS

Sólo sé, Elvira, que quiero,
cuando á tu lado me miro.
(Y aquí sonó un suspiro
tan hondo como el primero.)

LUIS

Ya sabes que un matrimonio
al morir don Juan, mi tío,
formó, diciendo: —“Luis mío,
dejo á Irene un patrimonio.
„A legártelo me allana,
si con su mano te avienes.”—

—Sí, dije: tomé los bienes;
murió, y olvidé su mano.
Te vi, te amé, y en seguida
de ella apartando la fe,
entretenerla pensé,
y al fin murió entretenida.

Y si soñando ternezas
ya ha muerto, hoy en mis desvelos,
cuantos á Irene di celos,
pagaré á Elvira en finezas.

—
Espíritu que, vagando
del torbellino en las alas,
creíste hallar puro el centro
de tus amorosas ansias,
¡oh, cuántas quejas al cielo
contra la doblez humana
elearás, engañado,
en tus dolientes plegarias!
¡Triste Irene, que, encendiendo
de tu corazón la llama,
todos tus dones quemaste
de un falso dios ante el ara,
y condenándote el cielo
por oblación tan profana
á desentrañar el pecho
del ídolo que adorabas,
ves el sagrario vacío,
oyes sus promesas falsas,

tocas tu dios y es un sueño,
tu dicha una sombra vana,
quedando al vaivén funesto
de tu fortuna contraria,
lentos de horror tus recuerdos
falta de luz tu esperanza!
Mas del corazón del hombre
¿cuál otro don esperabas
sino el seductor halago
de engañadoras palabras,
torpes gustos que destruyen,
hiel rebozada con ámbar,
pesares que mienten goces,
y caricias que desgarran?
Ahora, Irene, que en vano
sordos suspiros ensayas,
que nunca á herir el instinto
de nuestras potencias bastan,
busca, alma en pena, pues lloras,
del fiero don Luis el alma,
y atórméntala con celos,
llore con la tuya aunada,
ahogue secretas penas,
víctima de ocultas mañas;
lamente glorias perdidas,
gima tu perdida gracia,
y cúmplanse al mismo tiempo
su venganza y tu venganza.

(Y después que sonrieron,
y uno al otro se miraron,
la plática que empezaron
Elvira y don Luis siguieron.)

LUIS

¿Y cuándo, á mi ruego, humana
nuestros amorosos brazos
sellarán eternos lazos?

ELVIRA

Cuando tú quieras.

LUIS

Mañana.

De sus estímulos siervo,
viendo la dicha cercana,
quiso disfrutarla acaso
don Luis, ahorrando tardanzas,
y estrechando embebecido
de Elvira la mano blanca,
sus ojos voluptuosos
fijó en su frente de nácar,
mientras que ella al turbio brillo
mostrándose fascinada,
entre si quiero ó no quiero,
ora cruel, ora mansa,
ya con candores fingidos,

ya con inquietudes falsas,
tanto se esquivó mañosa,
cuanto se brindó con maña,
creyendo dar á su amante,
en afecciones tan varias,
de su candor claro indicio,
y de su honor muestras claras.
Don Luis redobló su esfuerzo,
y tules venciendo y gasas,
fué poco á poco asaltando
de su hermosura al alcázar;
y ya con torpes arrobos
iba á coronar sus ansias,
cuando esforzándose Elvira
como si un áspid hollara,
con estudiada apostura
cruzó de pronto la estancia,
y exclamó desde la puerta
sonriéndose: — ¡*Mañana!* —

Quedóse de pie el de Castro,
inmóvil como una estatua,
dulcemente saboreando
de su entonación la magia;
y fomentando en su mente
locuras de la esperanza,
vió un porvenir alumbrado
de siempre risueñas albas,
torpes deseos cumplidos,

luchas de amor coronadas,
fiestas, nupcias, devaneos,
placeres, músicas, danzas,
á cuyo encantado aspecto
dijo con placer:—*Mañana!!*—

Y luego, como si oculto
algún ser se deslizara,
que en su tránsito absorbiese
los sueños de sus palabras,
tras el conjunto risueño
de amores, bailes y galas,
traslució un mundo, poblado
de ensangrentados fantasmas,
deshechos planes de gloria,
de amor mentidas alianzas,
placeres desencantados,
sangre, cadáveres, dagas...
Y cual si hiriese su frente
el talismán de una maga,
y con pincel invisible
trazase un lema en las auras,
absorto, meditabundo,
llena de inquietud el alma,
con ojos desencajados
leyó con horror:—*Mañana!!*—

IV

PRESENTIMIENTOS

D. LUIS.—ELVIRA.—DON PEDRO
EL ALMA EN PENA

Muestra de lejos la dicha
tanto encontrado fanal,
que ignora el hombre ofuscado
en dónde la dicha está.
Hacia la luz más cercana
corre con íntimo afán,
y aunque al llegar ve el engaño
de su resplandor falaz,
dobla rebelde su empeño,
y con resuelto ademán
sigue el rastro de otra lumbre
que resurge más allá;
y así van muriendo dichas,
y antorchas naciendo van,
y el hombre las sigue todas,
al lado de cada cual
suspira, llora y alienta,
para correr más y más.

Por eso don Luis el día
de su brillante esponsal,
cuanto más se acerca al gusto,
lo ve desde más atrás;
que es atributo preciso
de nuestra estrella fatal,
que el placer que vimos lejos
se trueque cerca en pesar.

—
En vano sacude á veces
alguna sombra tenaz
que sigue á su mente inquieta
como el acero al imán,
pues siendo un ser increado,
fantásticamente real,
va y viene con terco empeño
donde don Luis viene y va.
Confuso embrión de envidias,
de celos y de maldad,
de oscuros presentimientos
tan pródigo manantial,
que cuando á su amante Elvira
torna risueño la faz,
sólo mira en ella á un áspid,
que va en su pecho á abrigar.
Norte de desconfianzas,
brújula de enemistad,
pues ve pasar receloso,
con la inquietud de un rival,

á todo el que en tono alegre,
en la apariencia galán,
canta de su esposa Elvira
la peregrina beldad,
y hasta el disimulo observa,
más receloso quizá,
de cuantos viendo su dicha
indiferentes están,
odiando, hecho un caos su juicio
del más insondable mar,
á unos porque más hablan,
y á otros porque callan más.

¡Triste condición del hombre
que levantando un altar
donde el afán acumula
de toda su larga edad,
la inquietud de algún recelo,
el sinsabor de un azar,
le impelen á que destroce
sus ídolos suspicaz,
viendo miserablemente
entre sus plantas rodar
el fruto de tantos años,
el premio de tanto afán!

En medio de sus placeres
devora á don Luis un mal
de origen desconocido,

pero de aguda entidad,
que en el ardor de su fiebre
no acierta á calificar,
pues sólo ha visto una sombra,
pero una sombra no más,
que era quizá la de Irene,
si no era un ángel quizá,
la que de su mente ciega
se esfuerza por desechar:
y así, entre dudas confuso,
de distinguirla incapaz,
ahogando presentimientos,
ríe en su fiesta nupcial,
trocada en infierno el alma,
y la cabeza en volcán.



Bulle el grotesco tumulto
en algazara infernal:
ya de la excitante orquesta
al voluptuoso compás,
ya en el festín descocado,
en impura bacanal,
de copas y de botellas
al atronador chocar,
unos bailan, y otros gritan,
porque en órgia tan brutal
nadie ignora que sin tregua
manda la necesidad

gritar mientras que haya acento,
y beber hasta rodar.

—

Y no falta uno que entre ellos
busque la felicidad,
y crea ver en los rostros
de Elvira y don Luis la paz,
mientras que aquélla, forjando
algún sacrílego plan,
se cubre de la sonrisa
con el mentido disfraz,
y éste las llagas oculta
de un invisible puñal
que el corazón lentamente
despedazándole está.

—

Entre el montón de quimeras,
que le desconciertan más,
pretende huir la zozobra
de un recelo pertinaz,
que le conduce, abismado,
y le arrastra á su pesar
donde don Pedro de Lara
camina con torva faz,
ya hacia abajo, ya hacia arriba,
ora adelante, ora atrás;
y en vano don Luis procura
los ojos de él apartar,
pues le persigue, llevado

de su celosa ansiedad,
cual si el poder le arrastrara
de un secreto talismán;
y si una vez por acaso
el rostro vuelve al pasar,
otra vez vuelve, y le mira
con más chocante ademán,
pues le parece que al punto
cruza el aire una deidad
que le murmura al oído:
—“Allí va Lara, allí va.,”—



Y si es cierto que las sombras
de los que murieron ya
á cuantos seres amaron
vuelven á la tierra á amar,
sin que ellos tengan noticia
de su constante amistad,
pues sólo las ven soñando
en lontananza pasar;
tal vez los manes de Irene
los que le avisan serán
el doble trato de Elvira,
de Lara la falsedad;
y acaso también le inspiren
aquel instinto especial
con que sondea sus almas,
cuando engañándole están,

don Pedro fingiendo enojos,
mostrando Elvira solaz.

—

Rayó por fin la alta noche,
y como en giro cabal
el sueño sigue al desvelo,
y al gusto la saciedad,
á dormitarse empezaron
todos, cuál menos, cuál más,
que lo que es grato al principio,
es desabrido al final.

—

Y huyendo de los curiosos
la despedida mordaz,
sus dicharachos comunes,
y su ironía vulgar,
tendió don Luis una mano
á su adorada mitad,
y de una puerta secreta
al trasponer el umbral,
en vano quiso de Irene
la sombra tras sí dejar:
pues á su espíritu asida,
en tétrica vaguedad,
le fué siguiendo, su pecho
trocando en llama voraz;
por lo que airado el de Castro

de sí empezó á blasfemar,
que del deber los recuerdos
son para el hombre un dogal.

V

ILUSIONES PERDIDAS

DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA

Desde el dintel de la vida,
hasta el borde de la tumba,
va el hombre sembrando el germen
de su dicha ó desventura.

Y en vano, si espinas coge,
maldice la tierra inculta,
pues creer que nace otro fruto
más que el que siembra, es locura.

Arroja al aire atrevido
mil esperanzas confusas,
que son de mil desengaños
tantas imágenes turbias.

Levanta en su idea faros
para que alumbren su ruta,
y nubes de pensamientos
sus resplandores ofuscan.

Por los tormentos que hoy sufre

impreca á su suerte dura,
é ignora que ayer sembraba
los males que hoy le circundan.

Si de ayer el devaneo
los males de hoy nos anuncia,
el de hoy podrá ser mañana
de nuestro bien sepultura.

Y jamás llamara el hombre
á su Providencia injusta,
si antes de entrar en la huesa
volviese á mirar su cuna.

—
Así á lo doble atendiendo
de su pasada conducta,
es fuerza que, resignado,
don Luis sus tormentos sufra.

Nubló la dicha de Irene
con sus engaños y dudas,
y con sus dudas y engaños
nublará Elvira la suya.

Ambos, huyendo el desorden
de sus agitadas nupcias,
la soledad por testigo
de sus confianzas buscan.

Y sólo en la oculta estancia
se ve, á una luz moribunda,
del blanco lecho en que duermen,
el cortinaje en que ondula...

¡Mil veces feliz quien logra

tocar así la ventura,
y en ella á saciarse impuros
todos sus anhelos junta!

¡Y mil y mil veces triste,
el que en horrible tortura
mira usurpar el tesoro
en donde sus dichas funda!

¡Oh, qué dolor tan intenso
es cuando en la noche oscura
voluptuosas escenas
la imaginación dibuja,
y se ve á un ser adorado
terciar amoroso en una,
y que á un rival más dichoso
besa su boca perjura!

¡En vano entre ambos entonces
nuestro pensamiento cruza,
de nuestro amor excitando
reminiscencias oscuras,
pues abrumados al peso
de tan sabrosa coyunda,
piensan en sus gustos solo
hacer sus caricias mutuas,
sin que un recuerdo consagren
á nuestras glorias ya mustias,
ni un don á nuestra constancia,
ni un premio á nuestra ternura!

¡En vano en giro invisible
allí nuestra mente lucha,

y con añejas memorias
desavenencias formula,
porque dos almas, que el gusto
recíprocamente aúna,
jamás de un voto el recuerdo
sus contentamientos turba;
y uno tras otro, extasiados,
placer tras placer consuman
mientras que tristes nosotros
ninguno enjugar procura
las lágrimas que entre tanto
por nuestra faz se derrumban!
¡Insoportable martirio,
cuando, en postración tan suma,
nuestra esperanza en el aire
sombras acaso figura
que venideros placeres
tan sólo en sombras anuncian,
mientras pasando la noche
negra, silenciosa, augusta,
con su soledad nos dice:
— “¡Jamás! ¡Imposible! ¡Nunca!!!,,

Al ver inquietud tan honda,
es de creer que en su angustia
don Luis batalla en idea
con un espectro sin duda.
No halla del placer el colmo
trabado en la lid impura,

aunque al sentido estragado
estímulos acumula.

Es por demás que de Elvira
bese la boca de púrpura,
y que ella á su vez le bese
con amorosa ternura;
porque don Luis, hostigado
por una sombra importuna,
hozando, en vez de placeres,
á tragos la hiel apura.

Imagen que á sus sentidos
llamando, con voces mudas,
cual ser etéreo filtrado
de su ser mismo en la hechura,
yerta entumece sus miembros,
dentro de sus venas pulsa,
ciega la luz de sus ojos,
y entre las sienes le zumba.

—
¿Quiénes serán esos seres
que imperceptibles circulan,
eternos verdugos siendo
de nuestra humana natura,
que ya de remordimientos
el falso aspecto simulan,
ya de pasados errores
hoscós recuerdos apuntan?

—

Triste de él, cuando, acudiendo
de su impotencia en ayuda,
don Luis se arroja del lecho
en donde el placer repulsa,
y ve deshacerse al aire
sus dichas una por una,
porque á la vez en su pecho
amor y flaqueza luchan!
¡Cuitado cuando tendiendo,
desde el asiento que ocupa
hacia la mesa en que débil
la luz ilumina turbia,
una mirada sombría,
cuanto sombría iracunda,
acierta á leer papeles
de antiguas memorias tumba,
rotos pedazos del alma,
sombras de muertas venturas,
frases de amor elocuentes,
cifras de dolor sañudas,
tal vez de Irene regadas
con lágrimas de amargura!

— “¿A qué proseguís, impío,
mi esperanza alimentando,
si en vano os estoy, bien mío,
noche tras noche esperando?,”

.....

“Si Dios les da el sufrimiento

por el mal con que ellos dañan,
¡mucho ha de ser el tormento
de los amantes que engañan!„

.....
.....

“Y si á mi amorosa holganza
burlasen tus juramentos,
¡plegue á Dios que á tu esperanza
labren sepulcro los vientos!„

.....
.....

“Sin ti me halla el claro día,
y sin ti, porque más pene,
me encuentra la noche umbría.
¡Sola!... ¡siempre sola!....—Irene.„

Y en el confuso delirio,
que sus potencias ofusca,
alzó los ojos al cielo,
por cuyas sendas cerúleas
viendo la imagen de Irene,
cruzar silenciosa y pura
—“Irene, ángel ó demonio,
que así mis contentos turbas,
perdón!!„—exclama, y el rostro
entre las manos sepulta;
mientras que Elvira, á otro lado
el gesto tornando mustia,
horribles imprecaciones
en son de rezo murmura.

EL ALMA EN PENA .

SEGUNDA PARTE

DEMONIO-ANGEL

I

EL MEJOR CASTIGO EL TIEMPO

De cuantas dichas traidoras
forjar á nuestra alma plugo ,
el tiempo el mejor verdugo ,
y el mejor dogal las horas.

Vienen y vanse los años ,
y, con mentidas holganzas ,
siempre en cambio de esperanzas
se compran los desengaños.

Tal don Luis á cada instante ,
en mengua de su reposo ,
fiel recuerda, siendo esposo ,
dichas que gozó de amante.

Y del tiempo que va y viene,
ardiendo en la culta pira,
llora en los brazos de Elvira
tristes recuerdos de Irene.

Así de añejos amores
vivimos enamorados,
y así los gustos pasados
curan presentes dolores.

Que en el insondable arcano
de los mundanales seres,
es de amores y placeres
el mayor el más lejano.

Aunque sueña en su extravío
con el amor de una muerta,
de una hija la dicha cierta
de don Luis templa el hastío.

Pues le da á un padre un destello
Dios de su luz soberana,
al darle una hija, como Ana,
de alma hermosa y rostro bello.

Y el menor de los dolores
debe ser su última queja,

si al morir el hombre deja
quien vierta en su tumba flores.

Que aunque un recuerdo en la vida
sea una dicha ilusoria,
tanto vale una memoria
entre quien todo lo olvida.

Si á Irene en su desacuerdo
prodigó en vida desdenes,
es el mayor de sus bienes,
difunta ya, su recuerdo.

Pues siempre nuestra esperanza,
en su error indefinible,
se prenda de lo imposible,
y lo imposible no alcanza.

Viendo su imagen risueña,
pese á la imagen de Elvira,
con ella al velar delira,
y al dormir con ella sueña.

Y si en vida su alma loca
la desdeñó cruelmente,
hoy la traen á su mente
cuanto oye, imagina y toca.

Que los males ó alegrías
que en el corazón se asientan,
los traen, cambian ó ahuyentan,
yendo y viniendo los días.

Y en vano al hado enemigo
llamar el hombre procura,
que es de la humana locura
el tiempo el mejor castigo.

II

TIRÓ EL DIABLO DE LA MANTA

—“Dadme ese papel inmundo,
vil portador de mi ultraje,
antes que en rencor profundo
os dé para el otro mundo
con este acero un mensaje.

„Y aunque con portes humanos
las manos á la cabeza
veis que no alzo á los villanos,
sé ponerles con destreza
la cabeza entre las manos.”—

—
Y arrancándole al criado
furioso el pliego don Luis,

apeló aquél á la fuga
al ver su ademán hostil.
Y éste, el papel estrujando,
entre jurar y gemir:
—“Faltó á la red una malla „,—
dijo después para sí:
“bueno será que ya preso
el pez se escurra sutil,
y cauto á los pescadores
enrede en su mismo ardid.”

Y antes de cerrar la puerta
que da en secreto al jardín,
la fuga del mensajero
volvió á mirar de perfil,
quien aún corriendo seguía
por el opuesto confín,
que como el valor presta alas,
da el miedo pies para huir.

III

AMOR CON AMOR SE PAGA

DON LUIS

Trémulo don Luis el pliego
desdobla poco después,

sentado frente á una mesa
en la que alumbra un quinqué.

Al ver la letra, su sangre
se arremolinó en su sien,
de sus rencores anuncio,
de una catástrofe pie.

Y golpeándose la frente:

—“Huyó, con efecto, el pez, „
dijo, y derramó una lágrima.

“Quiera Dios que pare en bien. „—

Y entre las manos las sienes,
los ojos sobre el papel,
rumiando frase por frase
así una tras de otra lee:

—“Aunque teniéndoos presente,
don Pedro, os ame rendida,
dejad que os repita ausente
que es vuestra siempre mi vida.

„Dejad que os esté el deseo
eternamente adorando,
en vos mismo, cuando os veo,
en vuestra imagen, soñando.

„Bien sé que amándoos sin tino
mancho el honor de un tercero,
pero él me enseñó el camino,
á otra engañando primero.

„Irene á mi esposo amaba,
cuando yo á vos os quería:
y cuando yo á él le engañaba,
él á Irene amor mentía.

„Dióle, pues, el desengaño
que labró su torpe lengua;
como la engañó, le engaño:
matar á un traidor no es mengua.

„Que os debo querer, no hay duda;
que antes de mi casamiento
de ello os hice juramento.
Ana, vuestra hija, os saluda.,—

—
“¡No era mía!...”—el triste padre
con infantil candidez,
transido prorrumpió entonces,
y luego otra vez, y cien.
—“¡No era mía!!,”—murmuraba,
vertiendo por llanto hiel,
desordenado el cabello,
como la muerte la tez.

—
¡Ay del corazón del hombre
si el amoroso cincel
en su espesor lentamente
labrando una imagen fué:
pues ya el sacrilego amaño

de alguna torpe doblez,
ya el tierno vínculo roto
de una quebrantada fe,
borran hasta el postrer rasgo
de su idolatrado bien,
y cuando el traslado arancan
sale el corazón con él!

—“¡No era mía!... ¡No era mía!!...”—
gritaba en su afán cruel.

—“Pues mueran entrambas,”—dijo;
y airado tornó á leer.

—“Luis á Irene ha tiempo nombra
con amante desvarío:
si todo en el mundo es sombra,
lo mismo es su amor que el mío.

„Y aunque uno á otro nos odiamos;
en nuestros locos extremos,
callamos, porque miramos
que andamos cuanto corremos.

„Yo le miento placentera:
él mentiroso me halaga:
si él es falso, yo embustera:
amor con amor se paga.”—

—
Cuando nuestra alma estremece
de la fortuna un vaivén,

de cuyo estrago los ojos
el fin no aciertan á ver,
ata nuestra voz el pasmo,
y nuestra mente un cancel:
el corazón mal herido
deja sus alas caer;
las lágrimas que á los ojos
aún no se asomaron bien,
vuelven por la misma senda
al pecho exequias á hacer;
lágrimas que idolatradas,
si no la animan tal vez,
mueren con ella en el fondo
del alma que las dió el ser.

¡Pobre don Luis que, privado
de amor y honor á la vez,
perdió con prendas tan caras
el sentimiento también,
y desmayados sus miembros,
entumecidos sus pies,
sólo en su extático rostro
en mezcla mortal se ven
lo estúpido de la infancia,
lo débil de la vejez!

¡Y más triste todavía
cuando en reacción cruel
aglomerada su sangre

vuelve en las venas á arder,
sus miembros se vigorizan,
torna á traspasar su tez,
y una y mil veces trabado
en violentos traspies,
mide furioso la estancia
desde una á la otra pared,
hasta que un puñal asiendo
en ansia de no sé qué,
clamó, cual si desalado
corriese tras no sé quién:
—“¡ Amor con amor se paga;
tiene razón mi mujer !,—

IV

EL ANGEL DE LA GUARDA

I

DON LUIS

Execraciones lanzando
en los extremos de su ira,
llegó don Luis á la estancia
de su idolatrada hija;
y aunque hondamente entrañables,
tal vez desapercibidas,

rodaron algunas lágrimas
por sus candentes mejillas,
al encaminar sus pasos
del aposento á una esquina,
en donde confuso aspecto
el lecho de Ana divisa.
Asiendo con ruda mano
las misteriosas cortinas,
ya iba aquel pecho tan virgen
á desgarrar, parricida,
cuando las soltó, impelido
de una repugnante grima,
con el afán batallando
de esas sensaciones íntimas,
que emanándose espontáneas
de su contextura misma,
sin prevenciones ni amagos
el corazón nos lastiman.

¡Horrible será sin duda
de un padre la suerte indigna,
cuando por un caso de honra,
tal vez por una mentira,
dar ofendido la muerte
pretende á quien dió la vida,
y un ídolo edificando,
para aventarle en cenizas,
mece una mano su cuna,
y la otra enciende su pira!

Así el amor sofocando
del honor voces malditas,
ilusiones en que débil
la humana flaqueza estriba,
tuvieron del asesino
la voluntad indecisa,
hasta que, brotando en su alma
preocupaciones impías
que revelaban del mundo
sarcásticas invectivas,
corrido, desesperado,
por una irónica risa
que se engendró en su conciencia,
clamó infeliz:—“¡Hija mía! „ —
y descolgando el acero
sobre las holandas finas,
tan crudos golpes reparte
que el corazón petrifican.



Y mientras don Luis la muerte
aquí y allí disemina,
sin conocer ofuscado
que el aire sólo acuchilla,
Ana en el jardín contempla
la luz de la luna tibia,
ante la cual giran sombras,
partos de su fantasía;
y así encuentra delirando
gustos en vez de desdichas,

que no son los que más yerran
los que en el mundo deliran.

II

ANA.—EL ALMA EN PENA

¡Bien haya la inocencia,
precioso don del justo,
que sin broquel robusto
su frágil existencia
guarda la Providencia
con su poder augusto!
Deslízase la vida
en tan sabroso estado,
en brazos adormida
del tiempo nunca airado;
como fugaz paloma
por un cielo de aroma
cruza con pompa suma,
ó cual botado esquite
sin miedo á un arrecife
orza en mares de espuma.

¡Feliz mil veces Ana
que con tranquilo pecho
deja el amor del lecho

por respirar temprana
la brisa que serena
en noche tan amena
murmura á su ventana!
Miden sus ojos bellos
del campo las alfombras,
y ven sombras y sombras
vagar á los destellos
de la naciente luna
que baña la alameda,
y aun cree escuchar alguna
que la murmura queda:
—“Baja á los campos, niña,
halle tu alma inocente
refugio en la campiña.
¡Guay que el volcán ardiente
los árboles desgaja
cabe tu hermosa frente!
Deja el monte eminente:
baja á los campos, baja.”—

Y dócil á su acento,
con infantil contento,
de la tendida vega
donde el volcán no llega,
movió su pie inconstante
por el floreal camino;
que nunca un pecho amante
de la virtud tocado,

desoye, rebelado,
la voz de su destino.

—
La augusta perspectiva,
que ve como soñando,
y el aura que oye esquivando,
tonos de amor formando,
y aquellas sombras vagas
que embozan la floresta,
á cuyo centro oscuro
parece que á un conjuro
vienen como de fiesta
las protectoras magas,
confusamente un mundo
forjan de Ana en la mente,
hermoso sin segundo,
donde confusamente
se oyen tiernas canciones
nunca escuchadas antes,
y vense perfecciones
de no vistos amantes;
y se aspira la esencia
de unas flores sin nombre,
que esquivan la presencia
de la mansión del hombre;
y miranse las danzas
de plantas fugitivas,
risueñas lontananzas,
citas de amor furtivas;

porque una noche clara,
de sombras nunca avara,
tantos prodigios junta
en almas hechiceras,
si en ellas ya despunta
la edad de las quimeras.

—
Rayando la mañana
tocó á su fin la luna,
y al ver las sombras Ana
deslizarse una á una,
y que insensible huía
la más idolatrada
creyó que de callada
pasando, la decía:
—“Ya viene la mañana;
vuélvete, niña, al lecho
do no amaga tu pecho
la antes hambrienta fiera.
Llora á los tristes, Ana:
torna al redil, cordera.”—
Y á la luz matutina,
del sol que empezó á alzarse,
la imagen peregrina
vió de Irene alejarse,
cual iris inseguro
que ya sin fuerza alguna
un débil claro-oscuro
esparce desteñido;

ó cual rayo de luna,
que acaso con mancilla
más enturbia que brilla
á los del sol tendido.

Y al ver las limpias huellas
Ana, del claro día
que intenso destruía
sus ilusiones bellas,
la lumbre maldiciendo
del sol que iba creciendo,
traspuso la distancia
de su vecina estancia,
hallando de esta suerte
el sueño más tranquilo
allí donde ha tan poco
que con intento loco
sentó con mano fuerte
de su guadaña el filo
la inexorable muerte.

¡Cuánto fueran distintos
los más funestos hados,
si siguiesen lanzados
los hombres con anhelo
los mágicos instintos
que les inspira el cielo!

V

LUCHA CON EL DESTINO

DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA

Al ver el lecho vacío,
en amarga transición,
tiñó de don Luis el rostro
más que la rabia el rubor.
Y de sí mismo afrentado
de la estancia de Ana huyó,
cual buscando de la sombra
asilo en el espesor:
y á solas con ciego encono
golpeándose el corazón,
gimió de sí con desprecio,
y de vergüenza lloró;
que, mas que pese á su orgullo,
y pese á su propio amor,
se ven, al verse tan viles,
tales cual los hombres son.

—
Lloró infeliz, pero al cabo
reconcentró su furor,
y al aposento de Elvira
su rabia le encaminó;

porque detener al hombre
tan sólo pudiera Dios,
cuando ya empezó el camino
de su eternal perdición.
Y en vano en tan duro trance
de un espíritu el amor
pretende obstruirle el paso
en fantástica ilusión;
y en vano sus turbios ojos
girando ante ellos nubló,
y desconcertó su mente,
y ahogó su respiración,
porque don Luis despeñado,
sin luz, sin alma y sin voz,
hasta la estancia de Elvira
colérico se arrastró;
pues siempre con el destino
lucha el hombre con valor,
aunque siempre al ser postrado
gime con vil abyección.

—
Reposa Elvira en el lecho,
y al desacorde rumor
que hizo al abrirse la puerta
cuando en sus goznes rodó,
ni tuvo de alzar los ojos
la más fugaz tentación,
porque también duerme el crimen
tras el desvelo traidor.

Y vanamente en el alma
una celeste visión
como inspirados acentos
piadosa le murmuró
secretas voces de huida,
palabras de salvación,
oscuras frases del cielo,
ecos de un ser velador,
pues ensimismada entonces
en su tenaz postración,
necia de escuchar se abstuvo
seres que tanto ofendió.
¡Mas ay! que al fin desoyendo
instintos del corazón,
pronto vió enfrente á su esposo
que con aspecto feroz
audaz sorteaba su seno,
y en ansias mortales: — ¡Oh!!!—
pudo pronunciar apenas
su labio con muerto son,
porque de su blanco pecho,
formando un profundo hervor,
se abocaron por la herida
la sangre á un tiempo y la voz.

Petrificado el de Castro,
con satánico furor
ni lágrimas ni supiros
en holocausto rindió,
porque tan viles crueldades

en casos tan tristes, son
ínfulas que da el orgullo,
alientos que da el honor:
y á la luz nocturna que entra
por el contiguo balcón,
sobre una mesa, tranquilo,
así á escribir se sentó:

—“Don Pedro, mi esposa ha muerto.
Yo soy noble: vos galante:
y es quimera,
que la que, con trato incierto,
esposo tuvo y amante,
sola muera.”

“Sitio,—la playa:—hora,—ahora:
las armas,—una á los dos
satisfaga:
si una daga á la traidora
dió muerte, déosla á vos
una daga.”

“Rogad á Dios... ¡Oh! Vuestra ira
me alzaré el padrón maldito
que hoy arrastro.
¿Visteis la sangre de Elvira?
Pues ved con qué tinta he escrito.
—Luis de Castro.”—

Y tendiendo al levantarse
los ojos en derredor,
en el adúltero rostro
por postrer vez los clavó;
y luego asestando á su alma
un dardo la compasión,
de sí mismo y de su crimen,
de allí huyendo se alejó:
y al ser que labró su infamia,
pero que encendió su amor,
solemnizarle á sus ojos
en las tinieblas dejó;
y doblando de la noche
con sus quejas el horror,
dijo así el triste, llorando,
ó así decirlo pensó:

—“¡Caed sin vergüenza, orgullo,
llorad sin afrenta, honor,
que de llanto y de deshonras,
sepulcro las sombras son!!!” —

VI

HONOR Y AMOR HACEN LOCOS

DON LUIS. — DON PEDRO. — EL ALMA EN PENA

Vaga en un páramo un hombre,
casi perdido en la sombra,

y el paso como el que espera,
para, lo alarga ó lo acorta.
Y así, sereno ó impaciente,
miro rodar horas y horas,
mientras convulsos sus labios
murmuran, rezan ó votan.
Su descompuesto semblante
bien á las claras denota
que al corazón del de Castro
mudos instintos acosan.
Y poco será por cierto,
aunque á su mirada torva
la imagen se le presente
de la ensangrentada esposa,
y que flébiles las brisas
imiten sus quejas hondas,
á cuyo son entrañable
llore infeliz, como llora;
que es distinto cuando un hombre
juzga de un crimen á solas,
que cuando ardiente el cerebro
la sangre en montón se agolpa.

¡Oh, mucho diera sin duda
por disipar el aroma
de aquellas manos sangrientas
que desesperado frota!
¡Quién le volviera á los días
de más alegres auroras,

cuando escuchaba de Irene
mal entendidas lisonjas;
ó á cuando su mente tuvo
aun no formadas memorias,
ó á cuando rayó su infancia,
ó á otra edad más remota:
porque son tan verdaderas
de nuestra vida las glorias,
que si nuestra alma una á una,
las va recordando todas,
truncando edades y edades,
de una en otra, y de otra en otra,
nuestra mente hasta la nada
de do salimos nos torna!

Entre las nieblas, de un hombre
adivinando las formas,
alborozado á su encuentro
don Luis el paso redobla.

Y con apuesta actitud
le apostrofó con voz clara:

DON LUIS

Salud, don Pedro de Lara.

DON PEDRO

Don Luis de Castro, salud.

Y unas quejas de sus labios
se desprendieron tan hondas,
que ambos con mutuo desprecio
las tuvieron por congojas.

DON LUIS

Mucho, don Pedro, tardasteis.

DON PEDRO

Cual me habéis aconsejado,
con Dios me he reconciliado.
¿Y vos, os reconciliasteis?

DON LUIS

Yo, por si no solventamos
algunas cuentas primero,
morir condenado quiero.

DON PEDRO

Pues vamos, don Luis.

DON LUIS

Pues vamos.

Y apercibiéndose al trance,
con una sonrisa irónica
clamó don Luis, extendiendo
al aire una banda roja:

DON LUIS

Con ésta, si no os asombra,
nos ataremos, don Pedro.

DON PEDRO

A nada, don Luis, me arredro.

DON LUIS

¡Es tan cobarde la sombra!...

DON PEDRO

Sí, desasirnos podemos...

DON LUIS

¡Huir!... ¿tan cobarde fuerais?...

DON PEDRO

¡Huir!... ¿y creer pudierais?..

DON LUIS

Pues atemos.

DON PEDRO

Pues atemos.

Y al alargarse las manos,
en tales lides ociosas,
parece cuando las ciñen
que las muñecas se tronchan.
Y ya fuertemente asidos,
miradas se lanzan hoscas,
presas las siniestras manos,
y alto el puñal en las otras.

Tened, pese á vuestro encono,
las aún no manchadas hojas,
bastardos sostenedores
de imaginaciones locas.
¿A qué dios rendís impíos,
como ofrenda ignominiosa,
la sangre encolerizada
que derramáis gota á gota?
¡Ah, sin duda á las deidades
que el hombre en su engaño forja:
—al amor,—honor—y orgullo!—
¡brumas! ¡ilusiones!! ¡sombras!!!
Amaina, don Luis, la furia
de tu pasión rencorosa,
que ese puñal homicida
por donde baja destroza.
¿A qué te anegas en sangre
por una palabra rota,
cuando tantos juramentos
falsa quebrantó tu boca?
¡Duelo común de los hombres,
que con flaqueza notoria
venguen las ajenas faltas
santificando las propias!
Detén el puñal, don Pedro,
que quien de hidalgo blasona,
no es justo quite la vida
á quien ya privó de la honra.
No vengues, no, de tu amante

la desastrada memoria,
que son del amor recuerdos
nieblas del aire traidoras.
Tente, don Luis, porque en tierra
á dar vas ciego de cólera.
Atrás, don Pedro: ¿qué noble
debe á un traspiés la victoria?
¿Y á dónde estás en tal cuita,
imagen de Irene hermosa,
que en son de paz sus afanes
no departes mediadora?
Sin duda tu acento no oyen,
que hombres que á tanto se arrojan
no es mucho, no, que del cielo
voces internas desoigan.
Cesad, que ya de los rostros
la sangre á torrentes brota.
Cía, don Pedro, que mueres.
El paso, don Luis, acorta.
¡Ay, que mejor que el alfanje
casi el furor os ahoga!...
El pecho, don Pedro, esquiva:
corre... vuela... el paso dobla...
Alza, don Luis, el acero...
ten... oye... ¡misericordia!...
¡Triste de vos, el de Lara,
si el cielo ya no os perdona!!

A la maldición postrera
que exhaló don Pedro ronca,
quedaron del asesino
ciegas las potencias todas,
y mientras la calma espera
con resignación estoica,
el mutilado cadáver
asido al brazo le encorva.
En vano el acero busca
del campo sobre la alfombra,
para evadirse del peso
que cruelmente le agobia;
pues al sepultarle airado
con la indignación más loca,
quedó del triste don Pedro
entre las entrañas cóncavas;
é inútilmente su diestra
las ligaduras destroza,
por ver si un piadoso esfuerzo
de sí el cadáver arroja,
que la invisible potencia
de una deidad misteriosa
parece que al mismo crimen
al criminal aprisiona.

Entre el insondable caos
que todo su ser trastorna,
cree ver los gestos horribles
de mil figuras diabólicas

que asen del muerto, doblando
el peso que le acongoja,
y huye, arrastrando el cadáver
que le demandan las sombras,
sin escuchar sus aullidos,
carcajadas estentóreas,
que pavoroso el infierno
en señal de triunfo aborta.
Y es inútil si contrito
la gracia de Dios no implora,
que huya, rompiendo los lazos
que al parecer le eslabonan,
pues mientras que el mundo cruce,
que gire, que pare ó corra,
siempre dejando el infierno,
verá que su senda cortan,
ya la sombra del amante,
ya la imagen de la esposa;
y aunque no tan crudamente
como á él le acosan ahora,
á cuantos al mundo nacen
remordimientos acosan,
si no del brazo pendientes,
asidos á la memoria.

Oyendo solo, abismado
en confusión espantosa,
los gritos de la conciencia
que calladamente asordan,

corre el de Castro, ya viendo
simas que á sus pies ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman;
y trasluciendo entre nubes
de Irene la blanca sombra,
único faro que alumbra
al infeliz que se ahoga,
por su presencia alentado
corre gritando:— “¡Perdona! „—
y ella:— “¡Sigueme! „— responde,
cual eco de su voz propia,
y siempre asido al cadáver
que entre las peñas destroza,
de la desterrada amante
sigue la luz misteriosa,
luz que para el pobre Castro
es de la esperanza copia,
pues la luz de la esperanza
es tan intensa y tan pródiga,
que cayendo sobre el mundo
desde el crisol de la gloria,
por más que su paso obstruyan
las nieblas caliginosas,
se debe ver del infierno
aun desde las grutas lóbregas.

¡Oh! Viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona

al que sus culpas expía
con amarguras tan hondas!

¿Ni cuál purgatorio, el cielo
en el horror de su cólera,
pudiera imponer más duro
al que sus leyes trastorna,
que atar del verdugo al cuello
la víctima á quien inmola,
y hacerle ver en su angustia
las ensangrentadas sombras
que desatado el infierno
para horrorizarle arroja,
nieblas que su vista ofuscan,
simas que á sus pies se ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman?

¡No, viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas expía
con amarguras tan hondas!

—
Y con el ansia del triste
que una esperanza remota
ve tras la impía falange
de muertes mil que le acosan,
corre, oyendo débilmente
aquel:—“¡Sígueme! „—que sorda

la voz de Irene murmura
cual eco de su voz propia,
hasta que por fin, rendido
al crudo afán que le agobia,
ya resbalando en aquella,
ya tropezando en estotra,
cayó exánime el de Castro
sobre las heladas rocas.

VII

DIOS ES PIADOSO

DON LUIS.—EL ALMA EN PENA

Sobre unos rudos escombros
don Luis sus tormentos sufre,
en tanto que gota á gota
sangre sus heridas fluyen.
Y solo, y sin esperanza
que sus dolores endulce,
sin fruto invoca las sombras
de sus recuerdos ilustres;
que hasta en su angustia postrera,
dejando su ruego inútil,
le abandonaron de Irene
las tiernas solicitudes;
pues tal vez como las dichas,

también los amores huyen,
y en llegando á un coto cierto
también como ellas sucumben.

Y es fuerza cuando su eclipse
el último amor anuncie
que de la vida del hombre
la postrer hora se apure,
porque deshechos los lazos
que á la existencia nos unen,
anhela nuestra alma alientos
de atmósferas más salubres.

Vanamente sus memorias
don Luis al morir reúne
porque á su eterna partida
con el perdón le saluden,
pues solemnizan tan sólo
sus últimas inquietudes
cadáveres que le espantan,
demonios que le circuyen,
sangre cuyo hedor le ahoga,
la noche que horror infunde.

—
Y antes que débil el alma
rindiese en su pesadumbre,
exaltado en el delirio
en que su dolor le sume,
volvió exánime los ojos
á las inmortales cumbres,

y vió ante el Señor postrada
de Irene la imagen dulce,
que ya olvidando á su muerte
sus negras ingratitudes,
de su perdón en demanda
de Dios á los pies acude...

—
¡Bien haya amén la sombra desterrada
que con tan noble empeño
á expiar sus ensueños condenada
la causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso
de los buenos granjeas;
cuantos queméis á la virtud incienso
conmigo prorrumpid:—“¡Bendita seas!,—

¡Ah! tal vez vengan nuestros pies siguiendo
en lúgubre bandada,
cuantos fueron la huesa trasponiendo
al golpe atroz de nuestra injusta espada.

Roncos tal vez los seres de otro mundo
junto á nosotros gimen,
y como Irene con amor profundo
nuestros delitos con su prez redimen.

Sí, desbandados por el fácil viento,
ya acaso sin enojos

gimen al son de nuestro mismo aliento,
ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fría
con tanto amor se paga,
¡cuándo la luz de la existencia mía
el yerto soplo de la muerte apaga!

Sonriéndose el Eterno
con celestial mansedumbre,
en santas aclamaciones
acorde el cielo prorrumpe;
y de su gracia impulsado,
sobre arrebolada nube
delante de Irene un ángel
á dar el perdón acude
al alma, que atribulada
con tétrica incertidumbre,
ya de la cárcel terrena
rompe los lazos comunes.

Y poco después se vieron
sobre los aires azules
de Irene y don Luis las sombras
rodeadas de eternas luces,
y mostrándolas alegre
la patria de los querubes,
gloriosamente en sus manos
á entrambas el ángel sube.

SONETOS

— —

I

EL DESCREIMIENTO

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

Más que la luz de la razón humana,
amo la oscuridad de mi deseo,
y más que la verdad de cuanto veo,
quiero el error de mi esperanza vana.

Tenéis razón, hermosa Soberana,
que no sé cuándo dudo y cuándo creo;
si hoy, comparado á mí, todo es ateo,
tal vez de todo dudaré mañana.

Entre creer y dudar, mi alma indecisa
mientras, pasa esta vida de quebranto,
que es eterna en dar fin, yendo de prisa,

El dudar y el creer confundo tanto,
que unas veces mi llanto acaba en risa
otras veces mi risa acaba en llanto.

II

LA DUDA

Tanto quiero creer, que no te creo,
dicha y tormento de la vida mía,
veo tu amor tan claro como el día,
mas lo anubla una cosa que no veo.

¡Cuando mis dudas en tu frente leo,
á poderte matar, te mataría!...

¡Oh, cuán desesperada es mi alegría,
que lo que adoro aborrecer deseo!

¡Santa virtud, consolador olvido,
dadme el candor de ver, como hombre honrado,
que soy con honradez correspondido!

¡Quítame, Amor, la duda que me has dado,
pues más que no creer siendo querido,
quisiera tener fe siendo engañado!

III

LA VIDA HUMANA

Velas de amor en golfos de ternura
suelta mi pobre corazón al viento,
y encuentra, en lo que alcanza, su tormento,
y espera, en lo que no halla, su ventura.

Viviendo en esta humana sepultura,

engañar el pesar es mi contento,
y este cilicio atroz del pensamiento
no halla un linde entre el genio y la locura.

¡Ay! En la vida ruin que al loco embarga,
y que al cuerdo infeliz de horror consterna,
dulce en el nombre, en realidad amarga,

Sólo el dolor con el dolor alterna,
y si al contarla á días es muy larga,
midiéndola por horas es eterna.

IV

CATON DE UTICA

Rasga su pecho el *último romano*,
y exclama, deshonrando su memoria:
— Sueño es la libertad, humo la gloria,
y la austera virtud un nombre vano. —

Detén, Catón, la temeraria mano,
que en huir del dolor nunca hay victoria;
fiel á ese pueblo, mártir de la historia,
muere, si hay que morir, cara al tirano.

Torna á ganar la libertad perdida;
vuelve hacia Roma, y cuando hieran, hiere;
si cae la virtud, caiga vencida.

¿Quién su deshonra á su dolor prefiere?
en las batallas de la humana vida
sólo se mata el vil, el noble muere.

V

LOS EGOISTAS

Por no amenguar sus brillos celestiales,
los lanza el alto y los rechaza el bajo,
porque achican su horror huéspedes tales.
(14.—Canto III del *Infierno*.—Traducción
del Marqués de la Pezuelá.)

Vegeta sin sufrir, vive en mal hora,
amigo infiel y cómodo enemigo,
que, egoísta, jamás llevas contigo
la pena del tormento que se adora.

De premio indigna tu virtud traidora,
ni dignas son tus faltas de castigo;
y no hallas en la tierra un solo amigo
á quien decir ¿qué tienes? cuando llora.

Vos, los que ajenos de placer y duelo,
vais dando, sin amar ni ser amados,
abrazos sin calor, besos de hielo,

Moriréis sin virtud y sin pecados,
y siendo despreciables para el cielo,
seréis en el infierno despreciados.

VI

LOS CELOS

Ya á traición, ya á traición, en el costado
me hiciste, infame, la mortal herida,
y subo este calvario de la vida
el corazón de espinas coronado.

Nombre maldito á un tiempo y nombre amado
¡quién pudiera no amarte maldecida!
¡Dichoso aquel que indiferente olvida,
y puede perdonar y es perdonado!

¡Vil homicida del amor más tierno,
que lloves quiera Dios siempre contigo
después de un grande amor, un odio eterno;

Y mueras inconfesa, y por castigo,
odiándome y odiada, en el infierno
adonde iré por ti, vivas conmigo!

VII

AMOR CONYUGAL

Caer al río el viento un nido deja,
y al verle un ave, en pos vuela piando,
porque dentro, sus huevos empollando,
flota embarcada su feliz pareja.

Con el nido que, hundiéndose se aleja,

naufraga el ave fiel que va criando,
y el esposo, después, vaga exhalando
de árbol en árbol queja tras de queja.

Creciendo sin cesar su pío, pío,
donde el nido se hundió los ojos clava,
como diciendo así: — ¡Pobre amor mío! —

Y un día, al fin, que su dolor se agrava,
se esfuerza, vuela, muere, cae al río,
se sumerge, suena algo... y todo acaba.

VIII

AMAR Y QUERER

A la infiel más infiel de las hermosas
un hombre la quería y yo la amaba;
y ella á un tiempo á los dos nos encantaba
con la miel de sus frases engañosas.

Mientras él, con sus flores venenosas,
queriéndola, su aliento emponzoñaba,
yo de ella ante los pies, que idolatraba,
acabadas de abrir echaba rosas.

De su favor ya en vano el aire arrecia;
mintió á los dos, y sufrirá el castigo
que uno la da por vil, y otro por necia.

No hallará paz con él, ni bien conmigo:
él, que solo la quiso, la desprecia;
yo, que tanto la amaba, la maldigo.

IX

EL BUSTO DE NIEVE

De amor tentado un penitente un día
con nieve un busto de mujer formaba,
y el cuerpo al busto con furor juntaba,
templando el fuego que en su pecho ardía.

Cuanto más con el busto el cuerpo unía,
más la nieve con fuego se mezclaba,
y de aquel santo el corazón se helaba,
y el busto de mujer se deshacía.

En tus luchas ¡oh amor de quien reniego!
siempre se une el invierno y el estío,
y si uno ama sin fe, quiere otro ciego.

Así te pasa á ti, corazón mío,
que uniendo ella su nieve con tu fuego,
por matar de calor, mueres de frío.

X

LOS PADRES Y LOS HIJOS

Un enjambre de pájaros metidos
en jaula de metal guardó un cabrero,
y á cuidarlos voló desde el otero
la pareja de padres afligidos.

— Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos
sus hijos á cuidar con tanto esmero,

ver cómo cuidan á los padres quiero
los hijos por amor y agradecidos.—

Deja entre redes la pareja envuelta,
la puerta abre el pastor del duro alambre,
cierra á los padres y á los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,
y como en vano se esperó su vuelta,
mató á los padres el dolor y el hambre.

XI

LOS HIJOS Y LOS PADRES

Á MI SABIO AMIGO DON ANTONIO MARÍA SEGOVIA

Ni arrastrada un pastor llevar podía
á una cabra infeliz que oía amante
balar detrás al hijo, que, inconstante,
marchar junto á la madre no quería.

—¡Necio!— al pastor un sabio le decía,—
al que llevas detrás, ponle delante;
échate el hijo al hombro, y al instante
la madre verás ir tras de la cría.—

¡al consejo el pastor creyó sencillo,
cogió la cría y se marchó corriendo
llevando al animal sobre el hatillo.

La cabra sin ramal los fué siguiendo,
mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
que los pies por detrás le iba lamiendo.

EPITAFIOS

I

SOBRE LA TUMBA DE DON JOAQUÍN FERRERES

Tanto Ferreres hermanar sabía
la caridad con la altivez romana,
y, en consorcio feliz, tan bien se unía
en su alma de Catón su fe cristiana,
Que, si en buscar con su linterna un día,
algún hombre, otro Diógenes se afana,
vendrá á esta tumba, y al leer su nombre,
exclamará en su honor:—¡Este era el hombre!—

II

SOBRE LA TUMBA DE LA SEÑORA
DOÑA CARMEN ARANA DE GARCÍA, SU HIJA JULIA

Mientras de unirme á ti se acerca el día
tu amor recuerdo y tu virtud imito;
tu virtud, que era inmensa, madre mía,
y tu amor maternal, que era infinito.

III

PARA EL SEPULCRO DE MI AHIJADO
MARIANO DE LA PAZ ORDÓÑEZ Y GARCÍA

Bajó del cielo á ver la luz del día,
mas, sintió tanto los humanos duelos,
que, sin cumplir medio año todavía,
nació... vió el mundo... y se volvió á los cielos.

EPÍSTOLAS



I

Á MI MADRE

Miedo me da el pensar lo que en mí siento,
y por eso en sus males, importuno,
sólo sabe ir á ti mi pensamiento.

Por tus renglones, que besé uno á uno,
ya sé que están en nuestra humilde casa,
todos muy bien, aunque feliz ninguno.

Que arrastren, como yo, su dicha escasa
con católica fe, con pecho fuerte;
que la vida es cruel, mas pronto pasa.

Y sufriendo por Dios, tendrán la suerte
de vivir esa vida de alegría,
que no muere en el día de la muerte.

¿Quieres saber mi historia, madre mía?
¡Ay! Si el saberla yo me da tormento,
el contártela á ti, ¿qué me daría?

De un pesar que no espera es mi lamento;
por eso hoy busca tu materno lado,
maniático de ti, mi pensamiento.

Del hijo más que todos desdichado,
abre tu corazón á sus gemidos,
por la vida tan triste que le has dado.

Pensando en goces, para siempre huidos,

mi mano sofocando la agonía,
del corazón retiene los latidos.

¡Cuánto recuerdo ahora, madre mía,
aquel dulce mirar con que afrentabas
al sol de otoño al acabarse el día!

¡Cuántas dichas entonces me augurabas,
mientras viendo nacer mis sentimientos,
con el alma en los ojos me mirabas!

Y aunque las dichas se volvieron cuentos,
¡cómo, en recuerdo de tan bellos días,
hoy te besan los pies mis pensamientos!

Al fijar tus pupilas en las mías,
como es la voz del alma tu mirada,
¡qué de cosas, callando, me decías!

Ya mi mente en tu espíritu filtrada,
dejaré deslizarse mi existencia
en tu augusta belleza vinculada.

Tú sola en mi dolor me das paciencia,
pues siempre con tu imagen me acompañas,
confidente leal de mi conciencia.

Tú de luz pura el pensamiento bañas,
la infernal lobreguez trocando en cielo,
del hijo, antes feliz, de tus entrañas.

Pueda hoy contigo desahogar mi duelo,
pues sabe bien tu natural tristeza
que el placer de llorar es gran consuelo.

Turbios mis ojos, blanca mi cabeza,
perdí con la esperanza la energía,
y ya hasta tengo de vivir pereza.

Fué tan larga y terrible mi agonía,
que por tu hermosa senectud te juro
que, á no vivirme tú, me moriría.

De tanto ser como encontré perjuro,
ya dejo hasta el recuerdo, que maldigo,
por tu amor siempre grande y siempre puro.

Desde este día á tu mejor amigo
ya no le importa oscuridad ó gloria,
gusto ó pesar, sufriéndolo contigo.

Del alma, que consagro á tu memoria,
presto los males curará la muerte,
desenlace final de toda historia.

Y antes la edad, más que las penas, fuerte,
me dará poco á poco ese desvío,
que la tristeza en hábito convierte.

Buitre de las pasiones, el hastío
con sordo afán mi corazón devora,
y el pecho se me queja á pesar mío.

Mas así iré viviendo hora tras hora
hasta que ponga fin á mi existencia
aquel Dios que es más Dios del ser que llora.

Y querrá, en su bondad, la Providencia,
mientras llega ese fin, dar á mi mente
la angustia que se abisma en la paciencia.

¿Recuerdas la tersura de mi frente?
¡Oh, qué ¡ay! darías sus arrugas viendo,
de esos que dais las madres solamente!

Mas concluyo esta carta, porque entiendo
que lo mismo que á mí cuando te escribo,

te se caerán las lágrimas leyendo.

No llores, madre mía, pues concibo
que es pagar con un ¡ay! con mucho exceso
la ruin parte de vida que ahora vivo.

¡Cuánto lloras mi mal! A cuenta de eso,
para estampar en tu anchurosa frente,
además de otros mil, te guardo un beso.

Dame tu bendición, que yo impaciente
á darte voy cuanto tu amor desea,
que es la ansia eterna de tenerme enfrente.

Y si Dios no permite que te vea,
de mi vida los últimos alientos
besos serán que te daré en idea.

Desde que hallé insufribles mis tormentos,
cuantas horas los días han tenido,
tuve yo para ti de pensamientos.

Adiós, mi santo amor; tú siempre has sido
el ángel para mí de las mujeres,
recuerda sin cesar que no te olvido,
y escíbeme á menudo que me quieres.

II

EPÍSTOLA MORAL

Á DON F. F. GOLFÍN

Aunque ausente de ti, Golfín amigo,
presa feliz de tu inmortal memoria,
dejo el mundo, entro en mí, y hablo contigo.

Y al recordarte mi doliente historia,

daré consejo á tus precoces canas,
diadema de tus días y tu gloria.

Mis esperanzas ¡ay! fueron tan vanas,
tanto el placer de la ciudad me hastía,
que ni de ser feliz tengo ya ganas.

Trueca tu vida por la vida mía,
ó pagarás, cual pago, la flaqueza
de creer de la corte en la alegría.

¿Ves la dicha mayor de la grandeza?
Pues es mucho más grande y más risueño
el goce con que sueña la pobreza.

¿Y qué vale el ser grande, si al pequeño
en premiar su martirio se desvela
el alto cielo en su aparente sueño?

Al campo por salud mi mente vuela;
que el mal de corte, que se llama hastío,
¡ay! como el viento del sepulcro hiela.

Hoy, como ayer y siempre, amigo mío,
que te lleve con fruto, á Dios le ruego,
las muchas bendiciones que te envió.

Alabado ya Dios, te escribo, y luego
llevo el pródigo afán de mis amores
al huerto que he plantado, y que ahora riego.

Y después, convertidos en olores,
el viento, al despertar, me vuelve y cuenta
gratisísimos mensajes de las flores.

Créeme, Golfín; sólo la paz se asienta
aquí donde la envidia no asesina
con su mirada de Caín sangrienta.

Todo en la corte á la ambición inclina,
como el mar, con sus bruscas tempestades,
las almas de los débiles fascina.

¿Qué brota esa Babel, sino maldades,
para el que son, de intemperancia ajeno,
un poblado desierto las ciudades?

Un mes hará que de cuidados lleno,
te dejé donde atroces las pasiones
prueban el hierro, el fuego y el veneno,

Y ya henchido de impuras ambiciones,
como arrastra la arena, va arrastrando
el viento del desierto las naciones.

¡Cuánto Nerón la libertad va alzando,
conforme va sus hierros, oprimida,
al rostro de los siglos arrojando!

Ven donde el aura á respirar convida
en la parte del bosque más oscura,
alientos de salud, soplos de vida.

Deja del mundo la región impura,
pues casi de rodillas te lo pido
por nuestros cortos días de ventura.

Lucharás como yo, y al fin, rendido,
cual cae helado con la noche el viento,
tu espíritu vital caerá abatido.

¿Quieres decir que es de un cobarde aliento,
cuando el ocaso de la edad avanza,
buscar desesperado el aislamiento?

Mas ¿qué valor á resistir alcanza
los humanos dolores sin medida,

las desdichas que matan la esperanza?

De tanto batallar mi alma rendida,
sin pena ni placer, deja impasible
estas tristes riberas de la vida.

¡Subir para caer! ¡Destino horrible!
¡Qué lástima da á un alma generosa
ver al hombre luchar con lo imposible!

Porque el genio mayor ¿es otra cosa
que un insecto que vive recorriendo
la vasta soledad de alguna rosa?

Obediente á mi voz, ya te estoy viendo
de la ambición, del mundo y de ti mismo,
como quien huye de su sombra, huyendo.

Aléjate de ese antro, en cuyo abismo,
tras la esperanza, hasta la fe arrojamos,
y la santa pasión del patriotismo.

Y en tanto que aquí paz juntos hallamos,
que sirvas, ruego á Dios, con buena estrella
la patria en que sufrimos y gozamos.

Esa patria, Golfín, siempre tan bella,
que al recordar su no sé qué divino,
hace llorar al que se ausenta de ella.

Dile ya al mundo adiós; que es desatino
loco sufrir todo el azar que encierra
ese anónimo eterno del destino.

Y á quien sirve al azar, rey de la tierra,
sin gozar del presente ni el pasado,
la execración del porvenir le aterra.

Vive así, si esto es vida, atormentado

tu corazón, que es bueno entre los buenos,
en su ataúd de carne aprisionado.

Yo, entre tanto, por valles siempre amenos,
de la calumnia me atraeré, escondido,
si nunca caridad, silencio al menos.

Perdón hasta á mis émulos les pido,
que ha tiempo que en las copas de las flores
bebí de mis venganzas el olvido.

Hastiado de placeres y dolores,
sólo amo de las selvas la espesura,
amor que curó en mí locos amores.

¡Qué honda es la paz cuando la noche oscura
deja caer, por entre sombras, yerta
la luz de los amores sin ventura!

¡Qué dulce es aquí el aura, cuando incierta
hace un ruido, en los árboles fluyendo,
que aduerme, y cuando aduerme no despierta!

Ven, y felices á tus hijos viendo,
la muerte aguardarás que nos espera,
espectro que se acerca y va creciendo.

Y al lado de la dulce compañera,
que enseñándote á crecer, tu fe asegura,
porque nunca el que cree se desespera,

Labrando seguiréis vuestra ventura,
con el amor juntando la inocencia,
y uniendo la virtud á la ternura.

Que el bueno sabe bien por experiencia
que el que quiere tener sueños dorados,
purifica primero su conciencia,

¡Cuán venturosos son, aunque olvidados,
sin saber lo que es gloria ni riqueza,
los pastores que van por estos prados!

Hay gente tan dichosa en su pobreza,
que con escaso abrigo y pan tasado,
no recuerda ni un día de tristeza.

Mas tú vendrás, por el dolor guiado,
como las aves van, emigradoras,
á un país que no han visto y que han soñado.

Verás que en estas playas seductoras,
si ajena de placer se pasa alguna,
vacías de dolor corren las horas.

¡Oh carga del poder, siempre importuna!
dando aquí Dios su gracia por consuelo,
¿qué se nos marcha al irse la fortuna?

¡Bendigamos al sol que ilustra el cielo,
que hace flores brotar á las arenas,
árboles á las rocas, fruto al hielo!

¡Nombre infausto el de corte, que las penas
recuerda, así como los ecos vanos
recuerdan al esclavo sus cadenas!

Reina aquí el Dios que trajo á los humanos
el mando dulce, la incruenta gloria,
fe sin superstición, paz sin tiranos.

Ven, y mata con tiempo tu memoria,
mucho antes que tu nombre eche la suerte
á ese lago de sangre de la historia.

Por no verme, Golfín, cual podrás verte,
ya he puesto entre la corte y la pradera

una esencia absoluta cual la muerte.

Que venga yo á expirar, el cielo quiera,
donde al morir, zagalas y pastores,
se sienten tristes por la vez primera.

Y dejad que entre tanto, sin dolores,
donde olvidado ya, todo se olvida,
me sobreviva á mí cogiendo flores.

Mas ¡ay! bien pronto á esta mansión querida
te arrastrará la edad, pues cautamente,
sin más que andar el tiempo, obra en la vida.

¡Siempre contigo, aunque de ti me ausente,
herido el corazón, mas todo entero,
te dará su amistad eternamente;
que nada inspiras tú perecedero!

EPÍSTOLA NECROLÓGICA

DIRIGIDA AL SEÑOR MARQUÉS DE MOLINS,
DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Don Luis González Brabo ¹.

No quisiera escribir, Marqués amado,
la vida del ilustre consejero
del principio y del fin del gran reinado.

¿Qué he de decir del noble compañero
que adoró lo pasado con vehemencia,
mientras yo amé con fe lo venidero?

Estoy pronto, Marqués, á la obediencia:
mas ¿no es hacer á la razón agravios
que escriba yo una epístola sin ciencia,

Cuando pueden honrarle con sus labios
Canalejas, Molins, Ferrer del Río,
Plutarcos de valer de tantos sabios?

¹ El Reglamento de la Academia Española dispone que cuando fallece un Académico numerario escriba su necrología otro individuo de número.

El autor encontró más fácil y más cómodo escribirla en verso que en prosa.

La Academia encargó al Sr. Ferrer del Río las notas para mejor inteligencia del texto.

Su talento sabrá, mejor que el mío,
pintar sucesos tristes ó risueños,
que yo he olvidado, ó de que ya me río.

¡Qué bien hace el que imita á los pequeños!
Mientras buscó el poder, otros buscaban
sus libros, sus quimeras y sus sueños;

Y, cuanto más sus alas se elevaban,
más ante él unas dichas engañosas,
como Itaca ante Ulises, se escapaban.

Pues yo sólo sé de él, entre otras cosas,
que tuvo una mujer hermosa y buena,
y tres hijas discretas y donosas ¹,

Con su mucha bondad, de encanto llena,
Escosura, Oliván, Ochoa y Puente,
que hacen su gloria de aumentar la ajena,

Pueden decir con ánimo indulgente
si fué un hombre de estado, el que en su vida
nunca supo ser frío interiormente;

Y si su fe, por la pasión vencida,
por no ser más tenaz, cayó en el yerro
de verse en inconstancia convertida,

Jamás en el poder, ni en el destierro,
pudo pasar, como otros, su existencia
con dos ó tres propósitos de hierro.

Yo declaro que creo en mi conciencia

1 Contrajo matrimonio con la señora doña Joaquina Romea, hermana del eminente actor de este apellido, de la cual dejó tres hijas, Luisa, Leonor y Blanca.

que por orden fatal de su destino
siempre hubo en él más genio que prudencia.

Dotado de pasión y estro divino,
fué común en su olímpica oratoria
el hacer de una idea un torbellino.

Marqués, puesto que saben de memoria
Guerra, Hartzenbusch, Cañete y Juan Valera
lo que sueña, al dormir, la humana historia,

Que pinten describiendo su carrera
(mejor que quien tan poco en esta vida
los peldaños gastó de su escalera)

De su fortuna la ilusión perdida;
la ingratitud siguiendo á su desgracia;
su rápido subir; su gran caída;

Su saludo á la *joven democracia*¹;
su *Guirigay*², que de juzgar me abstengo
por dudar de su mérito y su gracia.

¿No tienen más saber que el que yo tengo
Cutanda, Rivas y Manuel Silvela,
tan doctos por derecho de abolengo,

Para historiar, desde la misma escuela,
la vida de nuestro héroe, más variada
que la misma ficción de la novela?

Y como amigo fiel y camarada,

1 Alusión á una frase de su discurso en el salón del Teatro Real, á raíz de la revolución de 1854, en la misma junta en que Castelar se dió á conocer como orador.

2 Alude al periódico llamado así, que González Brabo dió á luz en 1839, y en el cual usó el seudónimo de *Ibraim Clarete*.

¿no miráis á Pezuela á vuestro lado,
del último Borbón primera espada,

Que lo tuvo en Ardoz como soldado ¹,
y que sabe que fué su vida entera
un riesgo eternamente transformado?

El decirnos podrá de qué manera
defendiendo á León, una memoria
dejó en el mundo grande y duradera ².

Y, con ejemplos de su misma historia,
dirá también qué obcecación es esa
que el poder equivoca con la gloria,

Y que, en su anhelo, de aspirar no cesa
á un renombre que llega solamente
á dos pies más allá de nuestra huesa.

¡Cuán poco piensa en general la gente
que, excepto lo que amamos y nos ama,
es el resto del mundo indiferente!

No respondáis á la ambición si os llama.
Nos causan menos mal nuestras flaquezas,
que esa idea maldita de la fama.

¡Dichoso el que desprecia las grandezas,

1 Viniendo de Cataluña en calidad de secretario del general Serrano, éste le envió con una comunicación para el general Narvaez. Por esta casualidad se halló en la acción de Torrejón de Ardoz, acaecida, como todos saben, en 1843.

2 Como capitán de cazadores del octavo batallón de la Milicia ciudadana fué de los que más excitaron al Ayuntamiento de Madrid, en 1840, al pronunciamiento de Setiembre; y profesando todavía las mismas ideas, escribió la defensa del Conde de Belascoain, é hizo particularmente cuanto pudo por excitar á sus compañeros á favor del procesado.

y vive con su mesa abastecida
de queso, pan, legumbres y cerezas!

Podía con su gracia sin medida
describirnos Segovia al poderoso
que subió, sin pensar en la caída,

Y también unos años de reposo
en que espejo fué á ser de embajadores,
siendo en Lisboa y Londres venturoso ¹;

Y, al fin de este descanso en sus dolores,
cual sabio embajador, decirnos Cueto
cómo ha seguido Ulises sus errores.

Y ¡qué trabajo harían tan completo
Rubí, Tamayo y Adelardo Ayala,
como hijos de Shakespeare y de Moreto,

Si, al recorrer de la pasión la escala,
quisiesen hoy decirnos de qué modo
ahuyenta á la amistad la suerte mala,

Qué es la ambición, que lo trastorna todo,
que en un mundo tan grande y tan pequeño
nada hay debajo de ella, incluso el lodo!

¿Cómo saldré, Marqués, de este arduo empeño
yo, pecador, que á la virtud ultrajo,

¹ Inopinadamente se le vió de presidente del Consejo de ministros á principios de Diciembre de 1843, para llevar el acta Real de acusación contra D. Salustiano Olózaga á las Cortes, y al sucederle el duque de Valencia, en la primavera siguiente, se le nombró embajador en Lisboa. A fines de 1856 fué con igual categoría á Londres. Por muerte del duque de Valencia, el 23 de Abril de 1868, subió de nuevo á presidente del Consejo de ministros.

la holganza entremezclando con el sueño?

¿Por qué no dais á Olózaga el trabajo,
á quien Brabo acusó, como él decía,
“poniendo su cabeza sobre un tajo?”,¹

¿Fué el vivo acusador donde quería?
El hombre va donde lo arrostra el viento,
y siempre que se mueve, Dios le guía.

¿Cuál de ellos olvidó por un momento,
en ansia de mandar arrebatado,
que es la virtud más grande que el talento?

¡Oh sangrientas antítesis del hado!
Muchos años después, lejos de España,
siguió el acusador al acusado,

Y algo llevó en su faz por tierra extraña
de aquella luz que fulguró en el trecho
que recorrió Moisés por la montaña.

Es tan brutal la autoridad del hecho,
que, aun siendo justa, es la justicia odiosa,
cuando hace entrar en cólera al derecho.

¡Cómo empieza á cubrir la eterna losa
recuerdos tan ardientes y hoy tan fríos!
¡Cuánto rumor para tan poca cosa!

Mas ¿por qué en vez de los tercetos míos
no han de cantar su vida en alto coro
Castelar, Necedal, Cánovas, Ríos,

Que en este siglo, ante sus lenguas de oro,

¹ Frase suya en el muy borrascoso debate á que dio margen la citada acta en el Congreso de Diputados.

con perdón de la Grecia, el gran tribuno
tal vez sería un orador de foro?

Ellos podrán pintarnos, cual ninguno,
á ese vulgo que grita imperturbable
¡muera Jesús! porque lo grita alguno,

Y hablarnos de aquel genio inimitable
que en diez discursos repitió la historia
del motín de una noche memorable ¹.

¿Qué fué de aquel poder y aquella gloria?
Es ya vano decirlo, aunque no es vano
el dar algún repaso á la memoria.

¿Qué fué de él? Para el cielo soberano
no es un héroe mayor que un hormiguero,
y es lo mismo una flor que el Oceano.

El fué donde, quitándose el sombrero,
fueron reyes también y emperadores:
á pedir pan y paz al extranjero.

Echemos ya sobre su tumba flores.
Calumniado cayó como vencido.
¿Caerán con más honor los vencedores?

De un grande á esta miseria reducido,
¿qué nos queda? Una pálida memoria,
y una sombra de un bien desvanecido.

Si fué ó no justo, lo dirá la historia;
pues no siempre el pendón de los mejores
se lleva en este mundo la victoria.

¹ La del 10 de Abril de 1865, llamada vulgarmente por tal circunstancia *Noche de San Daniel*.

Y ¿fueron de él tan sólo sus errores,
hoy que al más bravo corazón consterna
el dirigir á pueblos de habladores?

Faltó en pensar, cual todo el que gobierna
si en la forma (no el fondo) es preferible
el dorio al jonio: la cuestión eterna.

Y ¿faltó en más? No sé; pero es posible.
El creyó gobernar con los mejores,
perpetua aspiración á un imposible.

Mas lleguemos al fin, que odios y amores
muy pronto un mismo polvo los espera,
confundiendo á oprimidos y á opresores;

Y, suceda en el mundo lo que quiera,
ya sus prados traerá de flores llenos,
como el año anterior, la primavera.

Todos se creen los más y los más buenos,
hasta que viene á revelar la muerte
cuál vale más, esto es, cuál vale menos.

Se humilla al débil y se teme al fuerte,
y el vulgo nunca ve con simpatía
ni á las virtudes ni á la buena suerte.

Siempre pasó lo mismo, desde el día
en que estaba en el mar Sierra Nevada
escondiendo la frente todavía.

¡Luchar! ¡Subir! Y al fin de la jornada
hallar calumnias, decepciones, males...
Debe haber Dios, sino... todo esto es nada.

¿Por qué querrán las leyes inmortales
que sea todo triunfo pasajero

y haya más enemigos que imparciales?

Siendo un león más dulce que un cordero,
ya herido, le acosaron con encono
la envidia y la ambición, el mundo entero.

Pero yo en nombre suyo les perdono,
como él arriba perdonando, cuenta
á los muchos apóstatas del trono.

¡Calcule el alma, de rencor exenta,
lo triste que habrá muerto un gaditano
bajo un sol que ni alumbra ni calienta! ¹.

¡Premie el cielo dolor tan sobrehumano,
cuando el mérito pese de este duelo
el que pesa los astros con la mano!

Halló en Biarritz, por fin, su desconsuelo
la postrera estación de su calvario,
bajo un vaho que en Francia llaman cielo.

Así un liberto, en punto solitario,
á Pompeyo enterró bajo la arena,
con la ayuda de un pobre legionario.

Morir en el destierro es grande pena;
mas nos marca la entrada y la salida
el que saca los siglos á la escena.

Una tragedia griega harto sabida:
—“Volved,, dice “los ojos ¡oh mortales!
hacia el último día de la vida.,,—

¹ Don Luis González Brabo, hijo de D. Manuel y de doña María Antonia López de Arjona, natural de Granada, nació en Cádiz el 8 de Julio de 1811, y fué bautizado el 10 en la parroquia de San Antonio de dicha ciudad.

¡Qué rancias vanidades terrenales!
Cuando se va á morir todo es locura,
y verdades y sueños son iguales.

Murió ; pero nos dice la *Escritura* :
—“No lo busque entre muertos quien le llora,
que está lleno de vida allá en la altura.”—

Está en la altura, el que ya sabe ahora
lo que le dice el río á su ribera,
el mar al sol y el pájaro á la aurora ;

El hombre que al llegar su hora postrera :
—“¡Mis hijas!,” exclamó. “¡Perdón, Dios mío!,”—¹
la última hora es la existencia entera.

Y después de este fin solemne y pío,
que haría merecer la santa palma
á toda una existencia de extravío,

Porque el cielo le dé la eterna calma
recemos hoy con corazón ferviente,
cual por nosotros rogará su alma
á la diestra del Dios omnipotente.

¹ Palabras de González Brabo en el acto de morir en los brazos de dos amigos y dentro del coche de uno de ellos, en el cual acababa de salir de noche para respirar alguna frescura

MADRIGALES

I

A B.

—Relámpago es el genio; á su destello,
lo triste causa horror, lo bello es bello;
cuando luce ante el sol, el día alegra,
la noche ante su luz se hace más negra. —

Esto tu madre te contaba un día,
y al contártelo así, decir quería
que, si en un alma, cual la tuya, encanta,
en un mal corazón el genio espanta.

II

A N.

Me asomé cierto día,
y apenas me asomé, Natalia mía,
ví atmósferas más anchas y más bellas
que esos campos cerrados por estrellas;
caos de irresistible devaneo,
de miedo, de inocencia y de deseo,

donde el término á ver jamás se alcanza
de la dicha, el placer y la esperanza.

Abismo que me atrae fascinado,
como atrae la muerte á un desgraciado,
allí mi alma aspiró, de encanto llena,
un néctar delicioso que envenena;
y allá dentro miré tímidamente,
como mira el que tiene el sol enfrente,
mil sombras, que dejaron por despojos
almas que en lo hondo asesinó tu encanto...

¿Que adónde me asomé para ver tanto?
Me asomé... á las ventanas de tus ojos.

III

A M. L.

Cantar quise tus ojos, Luisa mía,
mas fué gentil quimera:
¿cómo su lumbre retratar podría,
si de esos ojos, que cantar quisiera,
nadie el color ha visto todavía?

IV

A M. B.

Tanta virtud tu corazón inspira,
que piensa el vulgo, de entusiasmo lleno,
que, al mirarlo tan bueno,
el mismo Dios que lo crió lo admira.

V

A L.

No sé por qué alaban tanto
tu hermosura y gentileza,
pues yo, Luz, en tu belleza
veo tu menor encanto.

Te juran por lo más santo
que tu hermosura enamora;
mi fe, que tanto te adora,
por lo más santo te jura
que, aparte de la hermosura,
eres, Luz, encantadora.

VI

QUIEN CANTA LLORA

EN UN ALBUM

Alegra el ruiseñor las espesuras
cuando canta el dolor de sus venturas,
en tanto que la tórtola las llena
con la eterna alegría de su pena.

Más triste que la de ambos es mi suerte,
Pilar, por conocerte;
ruiseñor que te canto si te miro,
tórtola, si te pierdo, que suspiro,

cuando imagino ó sueño en tu belleza,
canto de mis placeres la tristeza;
mas cuando pienso ó sueño
que tienes otro dueño,
como tórtola fiel, deshecho en llanto,
las alegrías de mis penas canto.

VII

A NATALIA Y Á GONZALO SEGOVIA, EN SUS BODAS

No ví más gentil doncella,
ni más apuesto doncel,
ni más envidiosas de ella,
ni más envidiosos de él

LAS ESTACIONES

Joven, pensé, pero pensaba en vano;
ya viejo, no sé amar lo que amar quiero.
Trae rosas Abril, fruto el verano,
hojas secas Octubre, escarcha Enero.

Tal es la fuerza del destino humano;
lo que ha de ser después, nunca es primero,
espera la niñez, el joven quiere,
piensa el adulto, y la vejez se muere.

ROMANCE

(DEL ROMANCERO DE LA GUERRA DE ÁFRICA)

ASUNTO

Resuélvese la expedición á Tetuán. — Apertura del camino.—Nochebuena en el campamento.— Combate del 25.

¡Gran presidio de presidios,
Africa, en monstruos feraz,
que un día llevaste al orbe
la coyunda universal!
Hoy tu gloriosa barbarie
mata por siempre jamás
el mundo con su desprecio,
y Dios con su voluntad.
En esa tienda, que brilla
como un cisne sobre el mar,
un consejo de valientes
que preside un general,
decide sobre tu suerte,
pueblo, que maldito estás,
aun después que Jesucristo
vino la tierra amnistiar!

Por eso, aunque en nuestro campo
alguno empiece á cantar:

—Esta noche es Nochebuena...—
no suele escucharse más,
porque en confuso tropel
vienen la estrofa á truncar
la lluvia, el viento, el cansancio,
y porque está cada cual
á la tienda del consejo
mirando con ansiedad,
y en vez de cantar, murmura:
—¿Qué será, que no será?...—

Mucho al cielo y al infierno
debe esta causa importar,
pues representando de ambos
la paciente eternidad,
dos sombras del otro mundo
rondando la tienda están:
la una augurio del bien,
genio la otra del mal.

Y mientras tanto que, activo,
el gran moro Satanás,
asomándose á la tienda
mira aquí y escucha allá,
y esto en silencio medita
con desesperado afán,
“¡en cuántos cuerpos sin alma
va á España un alma á crear!,,
volviendo al mundo la sombra
del gran rey de Portugal
que, en el Africa muriendo,

arrancó á Herrera aquel ¡ay!
murmura en torno á la tienda,
cual voz de dulce eternal:

—¡Valor! ¡Y á Alcázar-Quivir,
y á Guadalete vengad!—

—Esta noche es Nochebuena...—

vuelve á decir el cantar;
mas vuelven á interrumpirle
la lluvia y el vendabal,
y también la incertidumbre
con que, en patriótico afán,
este diálogo pasando

de un puesto á otro puesto va:

—¿Qué población la primera
iremos á cristianar?—

—Rabat,—dice uno; otro,—Arcilla;—

—Tánger,—éste; aquél,—Tetuán.—

Mas en torno de la tienda,
en silencio sepulcral,

tan sólo giran las sombras
del diablo y don Sebastián;

y hasta de los centinelas
el—¡alerta! ¡alerta está!—

va despertando el silencio,
para que se duerma más.

Y vuelve á oirse á lo lejos
el estribillo vulgar

de—esta noche es Nochebuena...—

y vuelve á no oirse más;

hasta que, abierta de pronto
la tienda del general,
saliendo el bravo Quesada,
dice, acabando el cantar:
—Esta noche es Nochebuena...
porque vamos á Tetuán.—
—¡A Tetuán!—voz que, pasando
desde el cabo al general,
de éste á aquél, de aquél al otro,
del otro al de más allá,
del valle asciende á la cumbre,
de la cumbre baja al mar;
discurre de tienda en tienda
y de vivac en vivac;
y cambiando la consigna
del—¡Alerta! ¡Alerta está!—
la voz de los centinelas
—¡á Tetuán! dice, ¡á Tetuán!—
—¡Ay!—rencoroso un suspiro
dando al viento Satanás,
—¡ay de la ciudad sagrada!—
grita de aduar en aduar;
á cuya alarma los moros,
como una turba infernal,
con ese ciego valor
que raya en temeridad,
nuestras trincheras asaltan
con una fiereza tal,
que fueran ellos los héroes,

si otros no lo fuesen más.

¡Oh, sí, sí, según se baten,
aún acordándose están
que han bebido agua del Tajo
esos sectarios de Alá!

Mas vanamente al destino
quieren, cual siempre, afrontar,
pues cuando el destino llega,
todo lo demás se va,
y así es que dando á los moros
recuerdos del Cardenal,
les dice la artillería:

—¡Hijos de Tarif, atrás!—
Y á un—¡viva Isabel Segunda!—
alto, fiero, universal,
que en su tumba á la Primera
hizo de gozo saltar,
á bayoneta calada
después con más claridad,
repite la infantería:

—¡Atrás! ¡mucho más atrás!—

Y entre tanto que Zamora
los empieza á acuchillar,
y por el centro la Albuera
los va llevando hacia allá,
Barcelona por la izquierda,
con gran generosidad,
les deja elegir la muerte
entre la espada y el mar.

Uno—dos—veinte—cuarenta,
ochenta... ¡que mortandad!
Con éstos y con los otros,
por Dios, que empiezo á pensar
que así, cual de Guadalete,
dice un sabio musulmán:
—¡El Dios que los ha criado,
los puede sólo contar!
—Vencisteis con la bravura
de un nuevo Gran Capitán,—
dijo al general Quesada
el Capitán general.

Y mientras que aún los moros
se baten, pero hacia atrás,
juntando á los zapadores,
dice Prim:—¡Paso á Tetuán!—
y bajando de repente
á peón, de general,
venciendo como á los hombres,
la tierra, el viento y el mar,
—Haced de ese monte un llano,
y adelante, ¡voto á San!...—
dijo alzando aquella espada
que hierde una vez no más.

A su voz los zapadores
hacen la tierra temblar,
y abren á un bosque una senda
que el sol no ha visto jamás,
por donde la tropa marcha

al Africa, á quien va á dar
por tantos siglos de oprobio
fe, cultura y libertad.

Y al partir, para barrer
ese inmenso lupanar,
O'Donnell ríe, Prim vota,
llora y jura Satanás;

y esto en sueños dice Ros
que habló con don Sebastián:

—¡Valor, y á Alcázar-Quivir,
y á Guadalete vengad!—

—¡Salve, ¡oh rey! Guad-el-Jelú
su Guadalate será!

—¿Nos veremos?—Nos veremos.—

¿Cuándo?—El seis.—¿Dónde?—En Tetuán.



COMPañIA ETERNA

Siempre por causa de ti,
la amada soledad pierdo,
pues me sigue aquí y allí
tu nombre, fuera de mí;
dentro de mí, tu recuerdo.

LOS CELOS CAUSAN OLVIDO

Hallé en su sepulcro un día
flores que yo no arrojé;
y al ver tan negra falsía,
su alma, que era la mía,
junto á su cuerpo enterré.

DEL ALMA AL MUNDO

Sabe mi dolor profundo
que la alegría y la calma
no van desde el mundo al alma,
sino desde el alma al mundo.

AMOR Y CELOS

Por todo lo del mundo no daría
el amor que te tengo todavía;
en cambio, prenda amada,
el que me tienes tú lo doy por nada.

LOQUE ES Y LO QUE PARECE

Si Dios nos mostrase un día
las cosas cual son en sí,
nadie se conocería;
¡ay! ni yo á ti, ni tú á mí.

LA VIDA

La vida que nos encanta
del pasado se arrepiente,
se hastía de lo presente,
y lo futuro le espanta.

HACERSE JUSTICIA

Si uno á sí mismo á juzgar
se fuese á la luz del día,
¡cuánta gente escupiría
sobre su sombra, al pasar!

CELOS DE ULTRATUMBA

¡Pérfida, has muerto, y ya ves,
cuando vengo á visitarte,
que aún lloro, en vez de aplastarte
el corazón con los pies!

LA CIENCIA Y LA RAZON

Si el erial de la razón
de flores la ciencia adorna,
la razón, en cambio, torna
en erial el corazón.

NO VALE LO QUE CUESTA

¡No sé este vivir maldito
por qué ha de pagarse tanto,
que se compra con el llanto,
y á veces con el delito!

LA CONCIENCIA

La conciencia á los culpados
castiga tan pronto y bien,
que hay muy pocos que no estén
dentro de su pecho ahorcados.

LO MAS COMODO

De que se está, estoy bien cierto,
mejor que de pie, sentado;
mejor que sentado, echado,
y mejor que echado, muerto.

A C.

Dices que en mi faz revelo
aire de perdida calma;
tú harás lo mismo, Consuelo,
cuando hagas, como yo, el duelo
al cadáver de tu alma.

TRANSFIGURACION

La vida es gota del cielo,
que baja el cieno á formar,
después se filtra en el suelo,
y vuelve pura á la mar.

EL PERDON

Mientras viva, está de más
que tú la hayas perdonado;
¡el espectro del pecado
no nos perdona jamás!

EFFECTOS CONTRARIOS

Tal vez con el mismo afán
muertos y vivos se quejan;
allá por los que se dejan,
y aquí por los que se van.



FÁBULAS

SECCION LITERARIA

FÁBULA

NO HAY GLORIA SIN PENA

Los jóvenes y la ofrenda.

En un verjel ameno
mil jóvenes sin freno
discurren distraídos,
aquí y allí perdidos.
Uno á otro, de un arranque,
zambulle en un estanque;
y el otro á su vecino
le acuesta en un espino.
Para ellos esculturas
son hórridas figuras;
y así, cual en retablo,
copiando los del diablo,
las pintan sutilmente
un no sé qué en la frente.
Ya sin panza de un taco

me dejan al Dios Baco;
y ya á Venus la bella,
tan sin pudor como ella,
por más que se agazapa
haciendo que se tapa,
la hacen que como un charro
fumando esté un cigarro.
Uno al fin sobre Apolo,
travieso como él solo,
mostrando una corona,
esto á todos pregona:
—“ Aunque envidias provoque,
del que el extremo toque
de ese ciprés que ondea,
premio esta ofrenda sea „
—“ ¡Arriba! „ — gritan todos,
corriendo de mil modos:
y en trances infelices,
los ojos y narices,
ya ven de día estrellas,
ya acaso barren huellas,
ya el ato viene abajo
asido del zancajo,
ó ya el más bajo al otro
le monta como á un potro:
hasta que uno elevado,
que más que otros, lo osado
con lo dichoso junta,
tocó al ciprés la punta,

al fuego que le inflama,
y ¡chasc!... rota la rama,
cayó rápidamente,
haciéndose en la frente,
amén de algún rasguño,
un chichón como un puño.
Cercáronle con prisa
unos fingiendo risa,
y otros mostrando pena
por la ventura ajena;
y vendando sus sienes,
tras de mil parabienes,
por cima de la venda
ciñéronle la ofrenda.

*Dos coronas contemplo
que ha de ceñir el sabio
para alcanzar victoria,
si de la gloria al templo,
despreciando su agravio,
aspira en su delirio:
antes la del MARTIRIO,
después la de la GLORIA.*

~~~~~

# SECCIÓN POLÍTICA

---

## FÁBULA I

### INSUFICIENCIA DE LAS LEYES

#### **El reino de los beodos.**

Tuvo un reino una vez tantos beodos,  
que se puede decir que lo eran todos,  
en el cual por ley justa se previno:

—*Ninguno cate el vino.*—

Con júbilo el más loco  
aplaudíóse la ley, por costar poco:  
acatarla después, ya es otro paso;  
pero en fin, es el caso  
que la dieron un sesgo muy distinto,  
creyendo que vedaba sólo el tinto,  
y del modo más franco  
se achisparon después con vino blanco.  
Extrañando que el pueblo no la entienda,  
el Senado á la ley pone una enmienda,  
y aquello de: *Ninguno cate el vino.*  
añadió, *blanco*, al parecer, con tino.  
Respetando la enmienda el populacho,  
volvió con vino tinto á estar borracho,

creyendo por instinto ¡mas qué instinto!  
que el privado en tal caso no era el tinto.

Corrido ya el Senado,  
en la segunda enmienda, de contado,  
*Ninguno cate el vino,*  
*sea blanco, sea tinto,*—les previno;  
y el pueblo, por salir del nuevo atranco,  
con vino tinto entonces mezcló el blanco;  
hallando otra evasión de esta manera,  
pues ni blanco ni tinto entonces era.

Tercera vez burlado,  
—“No es eso, no señor,”—dijo el Senado;  
—“ó el pueblo es muy zoquete, ó muy ladino:  
se prohíbe mezclar vino con vino.”—  
Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragua!  
¿Creeréis que luego lo mezcló con agua?  
Dejando entonces el Senado el puesto,  
de este modo al cesar dió un manifiesto:  
*La ley es red, en la que siempre se halla*  
*descompuesta una malla,*  
*por donde el ruin que en su razón no fía,*  
*se evade suspicaz... ¡Qué bien decía!*

Y en lo demás, colijo  
que debiera decir, si no lo dijo:  
*Jamás la ley enfrena*  
*al que á su infamia su malicia iguala:*  
*si se ha de obedecer, la mala es buena;*  
*mas si se ha de eludir, la buena es mala.*

---

## FÁBULA II

## INSTITUCIONES INÚTILES

**El arquitecto y el andamio.**

Quitó el andamio Simón  
después que una casa hubo hecho,  
y el andamio con despecho  
exclamó:—“¡Qué ingrata acción! „—

A tan necia exclamación  
dijo Simón muy formal:  
—“Quitarte antes, animal,  
fuera imprudencia no escasa;  
mas después de hecha la casa,  
¿hay cosa más natural? „—

## FÁBULA III

## OFICIOS MUTUOS

**El gato y el milano.**

Desplumaba á una tórtola un milano,  
y un gato que gruñendo lo veía,  
el hocico lamiéndose, aunque en vano,  
—“¡Ah, *verdugo!* „—furioso lo decía.  
—“Y tú ¿qué eres? „—el ave le contesta.

Calló el gato, ocultando su deseo;  
y echándole las garras por respuesta,

“¿Qué he de ser, contestó, siendo tú el *reo?*”

*Dotado siempre está de ansia inhumana  
cuanto arrojar al mundo á Dios le plugo:  
verdugos de hoy, reos serán mañana,  
pues el reo de ayer es hoy verdugo.*

---

## FÁBULA IV

### EL FALSO HEROÍSMO

#### El veterano y el pastor.

Volviendo hacia su tierra  
un pobre veterano de la guerra,  
donde en trances sacó nada felices  
un pie de palo y varias cicatrices,  
á un pastor que encontró por carambola,  
le dijo en tono adusto:  
—“¿Cómo entre tanto arbusto  
se ve con hojas esta encina sola?”—  
El pastor contestó: —“Salió de madre  
aquel cercano río,  
y estos arbustos deshojando impío,  
perdonó sólo á esa gigante encina,  
que llaman desde entonces la *heroína*.”—  
—“Pues mire usted, compadre,”—  
replicó el veterano,  
“es más digna de encomio la desgracia  
de tanto arbusto enano,

que la gloria de ese árbol eminente;  
porque no tiene gracia  
que no la hollase en bramador torrente,  
cuando tan alta levantó la frente.  
Soy Juan Fernández, para quien sin duda  
la trompa de la fama ha sido muda;  
pues sepa usted que al redactar mi jefe  
(que por Dios que era un grande mequetrefe)  
las siguientes palabras:

*voy á asaltar el muro:*

en verdad le aseguro,  
como es usted lacayo de esas cabras,  
que sólo en lance tal sufrió la mecha  
el pobre Juan Fernández en la brecha.

¿Y qué sacó? esta pierna de rebaja.

¿Y el jefe? nada menos que la faja.

Y así porque esta encina  
desde hoy no vuelva, con su orgullo necio,  
de tanto pobre arbusto con desprecio  
á honrarse con el nombre de *heroína*,  
ó voto á Dios le rompo la cabeza,  
ó me entalla usted esto en su corteza:

*Porque nació más alta es más felice:  
y porque es más felice, es la HEROÍNA  
¡Cuántos héroes habrá como esta encina!  
Juan Fernández lo dice.*

## FÁBULA V

## LA IGUALDAD

## La col y la rosa.

Una col en un cercado  
probaba á una rosa bella  
que era tan buena como ella,  
y aun de una tierra mejor.  
—“Mas aunque de cuna iguales,  
dijo un pepino, ¡mastuerza!  
¿dejarás tú de ser *berga*,  
mientras que ella es una *flor*?—

## FÁBULA VI

## PELEAR POR UN MISMO FIN

## Guerras civiles.

Era un reino infeliz en donde altivo  
un partido, de *olivo* un dios quería;  
y otro partido que en el reino había,  
pidió el dios de *aceituno*, en vez de olivo.  
Clamando guerra, en su furor activo  
al golpe asolador del hacha impía  
fué tumba universal la monarquía;

de un yermo la nación fué ejemplo vivo.

Hecho el dios de aceituno á sus antojos,  
 un partido en sus glorias importuno,  
 lo encumbró sobre míseros despojos:  
 hasta que, el dios mirando de aceituno,  
 vieron por fin con desolados ojos  
*que aceituno y olivo era todo uno.*

## FÁBULAS VII Y VIII

### SALVAR EL HONOR CON FRASES

#### I

#### El gallo y la liebre.

Dijo un gallo á una liebre: -“¡Huye cobarde!,  
 —“¿Cobarde yo?,”—la liebre respondía;  
 pero atisbando á un galgo nada tarde  
 hasta más no poder, cobarde huía.  
 —“Espera, dijo el gallo, un *Dios te guarde.*  
 ¿No llamas á eso huir, señora mía?,”—  
 Y antes que el galgo la acercase el morro,  
 la liebre contestó:—“No *huyo*, que *corro.*,”—

#### II

#### La liebre y el gallo.

Gritó la liebre al gallo:—“¡Anda, medroso!,—  
 —“Como el Cid,”—dijo el dueño del serrallo;

mas viendo no muy lejos á un raposo,  
hizo una acción que por medrosa callo.

—“Ten, la liebre exclamó, gran Cid, reposo.”  
—“¿Pues acaso esto es *miedo?*,”—siguió el gallo.  
Y al ver que se subía á un parapeto:  
—“No, le dijo la liebre, eso es *respeto.*,”—

---

## FÁBULA IX

### DESCUBRIR LA HILAZA

#### Los aldeanos y el caminante.

Viendo á unos aldeanos  
que ingertaban en robles los manzanos:  
—“¿A qué son tan ridículas mixturas,”—  
les dijo un caminante,  
—“pudiendo á cada instante  
comer bellotas ó manzanas puras?  
¿No echáis de ver que nacerán, idiotas,  
si vuestras esperanzas no son vanas,  
ya bellotas que sepan á manzanas,  
ya manzanas con dejos de bellotas?”—

*Aunque en roble villano  
ingertéis, gran señor, algún manzano,  
pese á tanta locura,  
al ver sus frutos con un dejo doble,  
se ha de saber que tiene vuestra hechura  
de manzano la sien, y el pie de roble.*

---

## FÁBULA X

GLORIAS LLOVIDAS

**El mastín y el conejo.**

Por la margen de un río iba un conejo  
huyendo de un mastín con planta esquivá,  
y al verle caer al agua sin consejo:

—“¡Ya le maté!,”—dijo con voz altiva.

Formado de conejos un conejo;

—“¡Viva el héroe conejo! exclama: ¡viva!,”—

*¡Oh, cuántos deben, con llovidas glorias,  
á un azar del contrario sus victorias!*

## FÁBULA XI

PERCANCES

**El ladrón y el sargento.**

(De los reyes con perdón)

oculto en cuanto robaba,

en un árbol se sentaba

como en un trono, un ladrón.

Cogió un sargento al bribón,

y al árbol le ahorcó en su encono.

Sepa algún rey en su abono

que á veces Dios, y no es falso,

ya hace un trono de un cadalso,

ya hace un cadalso de un trono.

FÁBULA XII

TIRANÍAS JUSTAS

- “¿Para qué llevas á ese mono? ¡Estúpido!,  
 (dijo á un oso un lebrel).
- Porque el dueño que ves (responde el mísero)  
 „me hace cargar con él.”
- “Pues rómpele de un trompis los omóplatos,  
 (el lebrel replicó).
- Fué el oso á ejecutarlo; pero súbito  
 miró al dueño y tembló.
- “Muera y no temas (el lebrel famélico  
 „le volvió á replicar);  
 no llevara yo en hombros á ese títere  
 „estando en tu lugar.
- „Ser el burro de un mono es muy ridículo,  
 (proseguía el lebrel);  
 „mata al dueño también, ya que tiránico  
 „te hace cargar con él.
- „Yo sé de pueblos que después que imbéciles  
 „el oso hicieron bien,  
 „arrogantes mataron á sus déspotas;  
 „mátalos tú también.
- „O vaya andando, como tú, ese zángano,  
 „en perfecta igualdad,  
 „ó si no, tus cadenas rompe heroico:  
 “¡viva la libertad!,”—

Con calma escuchó el dueño esta filípica  
 sin sentido común,  
 y, dando un par al oso con el látigo,  
 dijo:—“Valiente atún!  
 „El oso, el mono y yo, lebrel sin cálculo,  
 „hacemos una grey,  
 „en la cual oso y mono son los súbditos,  
 „mientras yo soy el rey.  
 „El oso inepto, por mis reales órdenes,  
 „va andando con sus pies,  
 „y el mono va sobre él, porque su mérito  
 „nos mantienen á los tres.  
 „Justo es que sirva á mono tan benéfico  
 „el oso de alazán;  
 „pues para seres como este oso indómito  
 „no hay más que *palo y pan*.  
 „*¡ A los necios baldón ; gloria á los útiles !*  
 „esto manda la ley.  
 „Agur, señor lebrel: vos, oso bárbaro,  
 „seguid, y ¡viva el rey!„—

—

Yo no sé si arengó como un estólido  
 el patriota animal;  
 pero responda el respetable público:  
 ¿habló el dueño tan mal?...

—

## FÁBULA XIII

UN DAÑO DESTRUYE OTRO

**El dogo y los dos lobos.**

—¡“Ay,,!”—un dogo inocente  
exclama triste en el confuso idioma  
que los perros entienden solamente.

—“No me coma, don Lobo, no me coma,  
porque nunca á su raza la he debido  
ni siquiera un ladrido;

y es más digno de garras tan atroces  
cebarse en animales más feroces.,”—

El lobo ya sobre él, no oye sus quejas,  
(como quejas al fin de un infelice),  
y meneando la cola y las orejas,  
parece que le dice:

—“Muere, pícaro, aquí, mal que te cuadre;  
que aunque sé que á mi raza no has ladrado,  
recuerdo sin embargo haber pasado  
por donde en tono vil ladró tu padre.,”—

—“Pues mi padre hizo mal.,”—clamó expirante;  
y ya iba el lobo á devorarle fiero,  
cuando en el mismo instante

apareció otro lobo carnicero,  
que mirando hacia allí con vista impía,  
pudiérase decir que le decía:

—“No le toques al pelo;

que con él quiero, por vengar mi afrenta,  
solventar una cuenta

que me quedó á deber su infame abuelo.,

—“¡Infame abuelo! sí.,—pienso que dijo  
el dogo en tanto aprieto:

—¿Y he de sufrir la muerte,

no sólo por ser hijo,

mas también por ser nieto?

¡Oh! Ley, más que inhumana, del más fuerte!.,

Encarados el lobo con el lobo,

el segundo al primero:

—“Suelta—le dijo—bobo;

verás cómo en tan bajo marrullero

vengo tu agravio con rencor profundo.,

—“Mil gracias.,—le contesta

el primero al segundo:

—“yo solo en este impío

vengaré el honor mío.,—

Y sin otra respuesta:

—“Es muy justo á mi ver, de nuevo dijo,

que el galardón de un padre herede un hijo.,

—“Pues alto ahí, compadre.,—

el segundo prorrumpe en son de queja.

—“Si así hilas la madeja,

es de mi contingente,

pues me ha ultrajado el padre de su padre.,

—“Mi ofensa es más reciente.,

—“La mía más añeja.,

—“Pues no le matarás.,—“Ni tú tampoco.,—

Y con intento loco  
 se enzarzaron, embate tras embate,  
 en tan igual como feroz combate;  
 mientras que el triste dogo, muerto el perro,  
 se agacha humilde en tan atroz fracaso,  
 sufriendo las pisadas que por yerro  
 le desuellan la piel, sin ser del caso:  
 hasta que viendo la refriega entrada,  
     como quien no hace nada,  
 sin decir *tus* ni *mus*, huyendo el diente,  
 taimado se escurrió bonitamente.

*¡Cuántas veces por ruines,  
 con encontrados fines,  
 traban lid importuna  
 dos enemigos fuertes,  
 y no les dan ninguna,  
 por querer con afán darles dos muertes!*

## FÁBULA XIV

HACER SONAR Á TIEMPO

**El concierto de los animales.**

Supuesto que respira,  
 se hace oír bien ó mal cualquier garganta;  
 y en esto no hay mentira,

pues mal ó bien, el que respira, canta.

Hablen, sino, mil animales duchos  
que dieron un concierto como muchos.

Y es fama que el sentido  
no acompaña á los órganos vocales,  
por lo que ha sucedido;  
que en la patria de dichos animales,  
cada cual presumiéndose asaz diestro,  
gritó:—¡“Caiga el león! ¡fuera el maestro!”—

Cayó la monarquía,  
y en república el reino convirtieron,  
—“Vaya una sinfonía  
de nuestros triunfos en honor,”—dijeron;  
—“cada uno cante cual le venga á mano:  
ya no más director: muera el tirano.”

Comenzóse el concierto,  
*cá-cá-rá-cá* gritando el polli-gallo;  
y al primer desacierto  
con un relincho contestó el caballo;  
*a-y-o, a-y-o* siguió el pollino;  
*pl-pl-pl* el colorín, *ufff* el cochino.

El *mís* y el *marramau*  
cantó el gato montés, cual tigre bravo;  
y con cierto *pau-pau*  
le acompañaba el indolente pavo;

formando tan horrenda algarabía,  
que ni el mismo Luzbel la aguantaría.

El león destronado,  
viendo el reino en desórdenes tan grandes:

—“Silencio,,—dijo airado,  
mostrando un arcabuz ganado en Flandes;  
—“el rey va á dirigir: atrás, canalla,,—  
y al verle cada cual, amorra y calla.

—“Vuelva á sonar la orquesta,,—  
siguió el tirano, de Nerón trasunto;

—“y ¡ay de la pobre testa  
de aquel que por gruñir me coma un punto!  
¿Qué es replicar? No hay réplica ninguna.  
Palo, ó canción: vamos á ver: ¡á una!—

Y la orquesta empezando  
*pi-pi, cá-cá-rá-cá, mis-mis, miau-miau,*  
siguió después sonando  
*a-y-o, a-y-o, uff-uff, pau-pau, pau-pau.*

Y tal sonó la música que alabo,  
que el mundo gritó absorto:—“¡Bravo! ¡bravo!,,

Fué el concierto, antes loco,  
la maravilla, vive Dios, del arte;  
y aunque gruñendo un poco,  
cada animal desempempeñó su parte;  
aprendiendo, en perjuicio de su testa,  
*que sin buen director, no hay buena orquesta,*

## FÁBULA XV

## LEYES FUNDAMENTALES

Con ánimos sencillos  
varios chiquillos cierto día un dado  
para jugar hicieron;  
y las leyes del juego los chiquillos  
por seguir á la letra,  
del dado aquel en cada faz pusieron  
el *uno*, el *dos*, el *tres*, el *cuatro*... etcetra.

De niños entre el bando  
alguno de ellos calculó prudente  
que, por los bordes subrepticamente  
la cara de su número limando,  
siempre á la mesa en amoldarse esquivada  
quedaría, rodando,  
la cara de su número hacia arriba.  
De esta manera á todos, el fullero  
como era natural ganó el dinero,  
hasta que al fin, de sus falaces modos  
apercibidos todos,  
dando de su pericia muestras claras,  
limando y más limando  
fueron también dejando  
convexas de sus números las caras.

De este modo el exdado  
por ángulos y bordes cepillado,  
al impulso menor del aura sola  
rodaba, ya se ve, como una bola.

Desde entonces el número de azares  
se sucede á millares,  
y la igualdad geométrica admirando  
de equilibrio tan justo,  
unas veces perdiendo, otras ganando,  
se divierten los niños que es un gusto.

Con lengua atrabiliaria  
á cada azar del inconstante dado  
agotan su afición parlamentaria,  
y sucede un discurso á otro discurso  
sobre si el aire le sopló de un lado,  
sobre si un pelo interrumpió su curso.

Y acaban las cuestiones,  
su furor conteniendo en breves plazos,  
los que son vencedores, á razones;  
los que vencidos son, á sombrerazos:  
y en caos importuno  
alzándose hoy los que caerán mañana,  
todos se pierden y ninguno gana,  
ganando todos, sin perder ninguno.  
Y entre tanto, sediento de emociones,  
y ajeno el pueblo espectador del fraude,  
aplaude tan continuas variaciones,  
pues siempre el pueblo la comedia aplaude  
si van y vienen sin cesar telones.

---

Desde el feliz momento  
que la moral he oído de este cuento,  
*ignoro cómo hay gente*

*que idolatrar como á sus ojos pueda  
la ley fundamental, que blandamente  
adonde quiera que la impelen rueda.*

---

## SECCIÓN RELIGIOSA

---

### FÁBULA

DIOS ES CAUSA DE LAS CAUSAS

**La urraca, la rama, el árbol, la tierra y el sol.**

Al lado de una iglesia un olmo había,  
desde donde una urraca escuchó un día  
que un fraile predicaba de este modo:  
*Dios todo lo hace, y lo dispone todo.*  
Torciendo entonces el agudo gesto,  
dijo la atea urraca:—“Por supuesto,  
Dios dispondrá si quiere de lo suyo,  
porque yo sin sus órdenes arguyo  
    que ya corro, ya vuelo,  
    según me viene á pelo,  
y, aunque su ley traspase soberana,  
hoy canto aquí porque me da la gana  
    —“Porque yo te sustento  
(dijo la rama con sutil acento),

gracias al tronco adusto  
que me encumbra robusto. „—

—“Yo (con acento ronco  
gritó á la rama el tronco)

te encumbro á ti, porque la tierra amante  
con brazo creador me alzó triunfante. „—

—“Y yo te levanté (dijo la tierra,  
sus entrañas abriendo en son que aterra),  
porque ese sol que de su luz me inunda  
con sus rayos mis gérmenes fecunda. „—

—“Y yo (contestó el sol de orgullo lleno.  
con voz de quien es eco el bronco trueno)

la tierra fecundizo

porque el potente ser que todo lo hizo  
desde mi trono alzado

hasta el último fin de lo increado,  
cual don con que su alteza manifiesta  
la clara sombra de su luz me presta! „—

Desde entonces la urraca,  
con una fe que su temor aplaca,  
cuando oye prorrumpir en el otero:

“Yo canto estas rondeñas porque quiero „;

—“Cantáis porque Dios quiere ¡bachilleras!—

(grita á sus compañeras):

¿Cómo ultrajáis al cielo de ese modo?

*Dios todo lo hace, y lo dispone todo.* „



# SECCIÓN MORAL

## FÁBULA PRIMERA

### LA CARAMBOLA

El chico, el mulo y el gato.

Pasando por un pueblo un maragato llevaba sobre un mulo atado un gato, al que un chico, mostrando disimulo, le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible, pególe al macho un arañazo horrible; y herido entonces el sensible macho, pegó una coz, y derribó al muchacho.

*Es el mundo, á mi ver, una cadena,  
do rodando la bola,  
el mal que hacemos en cabeza ajena,  
refluye en nuestro mal, por CARAMBOLA.*

## FÁBULA II

### GANAR EL FLANCO Á LA SUERTE

El piloto y su aprendiz.

—“¿De qué modo tan vario,„—  
un aprendiz á un náutico decía,

—“sigue usted siempre la trazada vía,  
ya sea el viento próspero, ó contrario?,”—  
Entonces el piloto le contesta,  
mientras que el otro copia la respuesta:  
—“Si ves que por la popa arrecia el viento,  
sin torcer el timón, recto camina:  
si es por la proa, gana el barlovento;  
y si es por el babor marcha en bolina.”—

*Así en el mar del mundo, el buen piloto,  
no exponiendo el bajel á innobles tumbos,  
por donde quiera que la acosa el noto,  
gana puerto también, trocando rumbos.*

---

### FÁBULA III

#### PARTIDAS DE RUINES

##### El galgo y el podenco

Persiguiendo un conejo de gran traza,  
al ladrador podenco dijo el galgo:  
—“Calla, y no ladres tanto, mala raza,  
que maldito sea yo, si sirves de algo.  
¿A qué venimos (prosiguió) de caza,  
si en saliendo la espantas, mal hidalgo?,”—

*Así el ruin, que seguirlo en vano intenta,  
porque otro no lo alcance, el bien ahuyenta.*

---

## FÁBULA IV

## LA JUSTICIA EN UN CUENTO

## El viejo y el mendigo.

Rodeado el tío Blas de gente,  
dijo:—“Vaya un cuento ahora;”—  
y ya iban tres cuartos de hora,  
cuando él iba en lo siguiente:  
—Aunque *pobre*, el juez prudente  
le hizo justicia al momento.”—  
Y un *pobre*, que oía atento,  
dijo al tío Blas con malicia:  
—“¿*Pobre*, y se le hizo justicia?  
Dice usted bien: *eso es cuento.*”—

## FÁBULA V

## VIRTUD Y ORGULLO

## La encina y el rosal.

—“¡Mezquina es tu existencia,”—  
á un humilde rosal dijo una encina,  
—“pues arrastras al par de mi opulencia  
tu existencia mezquina!”—  
De una santa en las fiestas placenteras,

bajaron á coger unos pastores  
ramaje de la encina para hogueras,  
y del rosal, para la imagen, flores.

Ornó el rosal la imagen peregrina,  
y entonces me presumo  
que mirando en la hoguera arder la encina,  
exclamó al darle el humo:

*No afrentes al humilde con tu fausto:  
que el día de la prueba, en acto innoble,  
con ignominia doble  
tal vez sirvas de incienso á su holocausto.*

---

## FÁBULA VI

### EL MÉTODO

#### **El mancebo y los pájaros.**

Vió Gil de un árbol caer  
*cinco* pájaros, y todos,  
corriendo por varios modos,  
los quiso á un tiempo coger.  
—“Deja, buen Gil de correr,  
que no cogerás ninguno.  
¿A qué tras *cinco* ¡importuno!  
á un tiempo vas con ahinco,

si para coger los *cinco*  
tienes que empezar por *uno?* „—

---

## FÁBULA VII

LA PIEDAD BIEN ENTENDIDA

**El muchacho, el podador y el manzano.**

A un manzano podaba un hortelano,  
y un muchacho con íntimas querellas,  
—“¿Por qué, decía á gritos, inhumano  
del tronco á quitar vas ramas tan bellas? „—  
—“Córtalas, podador, dijo el manzano,  
que se me quiere encaramar por ellas. „—

*El tal rapaz, que procuraba arguyo  
el bien ajeno, en beneficio suyo.*

---

## FÁBULA VIII

BALADRONADAS

**La vid, el olmo y la hiedra.**

En continua querella,  
una vid y una hiedra, á un colmo asidas,  
se despreciaban, de odio estremecidas,  
poniéndose á su vez de *más es ella.*

—“¿Ves aquel ave, que en tendido vuelo,—  
dijo la vid por fin—ya besa el cielo?

pues si quiero subir, sin más arrimo,  
le llevo á que meriende este racimo.,—

—“Pues si me subo yo — dijo la hiedra,  
que sólo asida de los olmos medra,

— “formo un dosel al cielo,  
que, interpuesto entre el sol, enlute el suelo.  
Vamos á ver si no — siguió importuna.

— “Vamos, dijo la vid: ¡A una! — ¡A una!,  
En tono el más sencillo:

—“No, por Dios; no, por Dios, gritó un tomillo.  
que pueden sus bravuras  
dejar el mundo á obscuras.,—

Llegando ya de su impaciencia al colmo,  
dijo al tomillo el olmo:

—“Puedes perder el miedo, en mi conciencia,  
si nadie miedo á los cobardes tuvo,  
pues sé por experiencia  
que jamás *subirán*, si yo no *subo*.,—

---

## FÁBULA IX

UN BOBO HACE CIENTO

**La mona, el mono y el loro.**

Con la faz más espantosa,  
la mona de un mercader,  
en ilusión deliciosa,

recordando cualquier cosa  
reía á más no poder.

Como un mono la veía,  
que por boba la tenía,  
reir sólo para sí,  
de ella el mono se reía  
con un burlesco *ji ji*.

Un loro, que al mono vió,  
por loco lo tuvo ya,  
y también de él se rió,  
y sin cesar prorrumpió  
en un *já já* y más *já já*.

Cuando al pasar por allí  
oía al simple del loro  
la gente, fuera de sí  
reía, diciendo á coro,  
unos *já já*, otros *ji ji*.

Y aunque de bobos la hornada  
ya siendo muy larga va,  
siquiera por la bobada,  
conmigo la carcajada  
soltad, diciendo: *¡Já! ¡já!!*

Con lo cual probar intento  
que, con remedo servil,

en este mundo, y no es cuento,  
*así como un loco ciento,*  
*llega un bobo á hacer cien mil.*

---

## FÁBULA X

### CONTRAS DE LA MALA FE

#### Los dos gorriones.

—“Llégame el comedero ,” —  
 dijo á un gorrión otro gorrión muy maula.  
 —“Pues ábreme primero ,” —  
 contestó aquél, —“la puerta de la jaula.” —  
 —“¿Y si al verte ya libre, en tu embeleso,  
 te vas sin darme de comer en pago? ,”  
 —“¿Y quién me dice á mi ,” — responde el preso,  
 —“que me abrirás, si llenas el monago? ,” —  
 Y en conclusión, por si ha de ser primero  
 llegar el comedero,  
 ó correr el alambre,  
 quedóse el enjaulado prisionero,  
 y el hambriento volvióse con el hambre.  
 ¡Digno amigo, por Dios, de tal amigo!  
 Y ahora diréis, y bien, como yo digo:

*¡Vaya, que son en ciertas ocasiones  
 lo mismo que los hombres los gorriones!*

---

## FÁBULA XI

DE PEQUEÑAS CAUSAS GRANDES EFECTOS

**El pastor y el insecto.**

Cantando Gil, vió de un insecto el nido,  
y le holió con pie rudo:  
y aunque oyó de mil tristes el gemido  
siguió cantando de piedad desnudo.

Viendo el insecto hollados á sus hijos,  
subióse á la montaña,  
y en el chopo más alto ayes prolijos  
lanzó exhalando su impotente saña.

Era el tiempo en que vientos y nublados  
desatando los cielos,  
igualan con los montes los collados  
copiosas nieves y abundantes hielos.

Por vengarse de Gil, cargó sañudo  
con un copo de nieve,  
carga mayor con que el insecto pudo.  
¡De tan grande furor venganza leve!

Suelta el copo, al encono que le inflama,  
desde el altivo chopo;  
y engruesado al bajar de rama en rama,  
fuese aumentando el invisible copo.

Va el germen infeliz de inmensa ruina  
de hoja en hoja bajando,  
y un copo y otro copo arremolina,  
y cien mil, y aumentanse rodando.

Cruje la mole, escasa todavía,  
mas en creciente extraña,  
ya un monte desatado parecía  
el declive al bajar de la montaña.

El alto roble y la empinada encina,  
á su impulso arrollados,  
amenazaban convertir en ruina  
del pobre Gil apriscos y ganados.

Y al ver la mole, el insectillo en tanto,  
que lo arrasaba todo,  
parodiando de Gil el fiero canto,  
tarareó esta canción allá á su modo:

*No hay venganza que un ruin, si está ofendido,  
tomar no pueda en pago,  
cuando un copo de nieve desprendido  
la causa llega á ser de tanto estrago.*

## FÁBULA XII

SI ERES DÉBIL, SÉ PRUDENTE

## El perro y la rana.

—“Calla, maldita rana,—  
 un perro desde un ható prorrumpía:  
 y ella *car car* y más *car car* seguía,  
 como quien dice:—no me da la gana.—  
 (Esta rana, en invierno y en verano  
 cantaba, por decreto sobrehumano,  
 aunque jure algún sabio, echando un terno,  
 que nunca ha visto ranas en invierno.)

—“¿Con que te sales, dijo aquél, del río,  
 para venir á incomodarme al ható?,”  
 Por Dios, que si no hiciera tanto frío,  
 anoche salgo, te sorprendo y mato.

—“*Car car car, car car car*,”—siguió la rana  
 burlándose del perro con orgullo.

—“¿Y es posible que creas,  
 le contesta la rana,

—que en moviendo tú un pie, no me zambullo?,”  
*¡Car car car! ¡Car car car!*—“¡Maldita seas!,”  
 clamó el perro siguiéndola enojado.

La rana, de contado,  
*¡cataplún!* se echó al río;  
 mas como helado estaba por el frío,  
 sin concederla plazos,  
 sobre el hielo el mastín la hizo pedazos.

*No insultes al más fuerte,  
aunque libre, al huir, tengas el paso;  
que si lo encuentras obstruido acaso,  
como la rana sufrirás la muerte.*

---

### FÁBULA XIII

#### AMAR POR LAS APARIENCIAS

#### **El alcornoque y la enredadera.**

Nació una enredadera  
al pie de un alcornoque descarnado;  
vistióle de manera,  
que fué en la primavera,  
siendo un bodoque ruin, blasón del prado.

Como propios primores  
lucía el corcho vil ajenas galas;  
siendo con tantas flores  
envidia de pastores  
y blanco del amor de las zagalas.

—“ ¡Oh, que árbol tan florido,  
decían; qué gentil, qué primoroso „! —  
Elogio merecido,  
pues gracias al vestido,  
por Dios que el alcornoque estaba hermoso.

Mas llegaron sin cuento  
del otoño las ráfagas sonoras,  
y soplando violento,  
dejó alcornoque el viento,  
al que el ídolo fué de las pastoras.

*¡Cuántas de esta manera,  
Elvira, adoran á un galán bodoque,  
y hasta que el aura fiera  
lleva la enredadera,  
no advierten que han amado á un alcornoque!*

---

## FÁBULA XIV

### EXCUSAS NECIAS

#### El cuervo y el reptil.

Hacia el nido de un cuervo  
sube un reptil protervo,  
que de otro manjar falto,  
de huevos se apercibe;  
mas al dar el asalto.  
creyendo al cuervo ausente, oyó:—¿Quién vive?

—“Perdone usted; no es nada  
(dijo con voz turbada);  
el hallarme soñando

mi indiscreción abone;  
 pues llegué aquí rodando,  
 mas desperté, y me vuelvo: usted perdone.,—

—“¡Hola, traidor vecino!  
 (dijo el cuervo ladino)  
 ¿cuando el sueño te priva,  
 sin costarte trabajo  
 te ruedas hacia arriba?  
 Pues á ver cómo ruedas hacia abajo.,—

Y remontando el vuelo,  
 lo suelta desde el cielo,  
 por más que ya difunto  
 el reptil lo rehusa;  
 y *plaf*, reventó al punto.  
*¡Digno castigo de su necia excusa!*

## FÁBULA XV

EL DIABLO PREDICADOR

### El beodo en el festín.

Un beodo en una orgía,  
 —“Brindo porque el alto cielo  
 purgue de vicios el suelo.,—  
 con voz de trueno decía.

—“¡Guerra al vicio„!—repetía,  
y un vaso apuró hasta el poso.

*Que en este mundo engañoso,  
dando al labio torpe oficio,  
hay quien habla mal del vicio  
siendo él el primer vicioso.*

---

## FÁBULA XVI

### DELIRIOS DEL AMOR

#### La niña halagüeña.

Los que vuestro amoroso pensamiento  
tenéis por el *non plus*, oíd un cuento:

A un enfermo una niña cierto día  
acariciaba con honesto modo,  
y en la ilusión de su placer decía:  
—“Mi rey, mi luz, mi sol, mi dios, mi todo.„ —

Y para que veáis de qué manera  
el afecto su juicio turbaría,  
el *rey*, el *sol* y el *dios*, ¿sabéis quién era?  
Un *dogo* que de *ahitado* se moría.

---

## FÁBULA XVII

## LISONJAS VILES

## El enfermo y los dos médicos.

Más tenaz cada día  
esto á un enfermo un médico decía :  
—“Si bebe usted más agua,  
es indudable que su muerte fragua.,”—  
Sediento el otro en tanto,  
le dió su pasaporte, y otro al canto.

Fuése el doctor primero,  
enterando del caso al compañero ;  
pero el doctor segundo,  
más inepto que aquél, ó más profundo,  
dejó de buena gana  
que se ahitase el pobre hombre como rana.

Pues señor, murió ahitado ;  
y al morirse, contento de su estado,  
del que le daba vida  
aun blasfemó, mientras que á su homida  
colmó de bendiciones.

*¡Lo que vale halagar á las pasiones!*

---

## FÁBULA XVIII

ACUSAR DELITOS PROPIOS

## La urraca y la gallina.

—“¡Qué escándalo!,”—en tono fiero  
una gallina decía,

á una urraca que comía  
las flores de un limonero.

—“¡Que se come, jardinero,  
de las de *arriba* á destajo!

—“Celebro tu desparpajo,”—  
contestó la urraca altiva.

—“¿No he de comer las de *arriba*,  
si no has dejado una *abajo*?”—

## FÁBULA XIX

NO HAY MAL COMO UN FALSO AMIGO

## El jilguero y el reclamo.

De pájaros un bando  
al asomar el día,  
iban al aire blando,  
*plí plí, plí plí*, cruzando  
en dulce compañía.

Mudaron el intento,  
oyendo que un reclamo  
*plí plí, plí plí*, á su acento  
le respondió contento  
cabe un pulido ramo.

Y en giros desiguales  
cercándole en gran copia  
para llorar sus males,  
como la acción más propia  
de amigos tan leales.

Posándose un jilguero,  
cayó en la liga impía  
que armada le tenía  
un cazador artero,  
que cerca lo veía.

Se aleja el bando espeso  
viendo el caso infelice;  
y en tanto el triste preso  
con inútil exceso  
luchando en vano, dice:

—“¡Nada, ay de mí, consigo,  
pues en tan fiera lucha  
más cada vez me enligo!”—

*¡Triste de aquel que escucha  
la voz de un falso amigo!*

---

## FÁBULA XX

NUNCA UNA MORAL NOS CUADRA

**La madre, el hijo y la concurrencia.**

Fastidiaba á una noble concurrencia  
una madre amorosa, que asentaba  
que de Adolfo á admirar iban la ciencia  
si alguna fabulilla recitaba.

—“Ven acá, dijo, niño.”—

Y Adolfo al escuchar su voz severa,  
con mucha más pereza que cariño,  
la fábula empezó de esta manera :  
—“LA OVEJA Y EL CORDERO. Cierta día  
la oveja, con el tono que ella sabe,  
daba á su hijo lecciones de ser grave,  
las que él pronto olvidaba, ó no aprendía.  
¿Lección, diréis, y en una edad tan corta?  
Es necio, sí. Mas voy á lo que importa.  
La oveja en vano en enseñar se ahinca,  
porque el hijo no aprende una palabra;  
mas corre, y viene, y va cual suelta cabra,  
y vuelta, y dale, y brinca que te brinca.  
La madre del cordero era tan porra...”—  
Truncó Adolfo la historia de repente ;  
cual cayendo en estúpida modorra ;  
y es que viendo de dulces una fuente,  
de su memoria en lengua,

dura como el turrón quedó su mente,  
 y en agua vuelta la movible lengua.  
 —“Sigue, niño, „—la madre le decía.  
 —*Era tan porra...* el niño repetía;  
 la madre con sus guiños le hostigaba;  
 y—*tan porra...* el muchacho replicaba:  
 y con que si era *porra*, ó si no lo era,  
 llegó á cansar la sociedad entera.  
 La madre al fin le dijo, ya corrida:  
 —“Aparta, que estás siendo, majadero,  
 más torpe que el cordero de la historia. „—

Y ¡oh, qué frágil memoria!  
 ¡no acordarse que ella era distraída  
 más *porra* que la madre del cordero!

*No hay acción mala ó buena,  
 que aplicación no tenga, si es ajena,  
 Mas siendo propio el caso,  
 jamás la aplicación nos sale al paso.*

---

## F Á B U L A X X I

### LA CURIOSIDAD

Los dos esposos y el veneno.

Para matar ratones  
 hizo Guzmán algunas confecciones,  
 las que encerradas con rigor tenía

en un lugar, en el que escrito había:  
“Ninguno, para cosa mala ó buena,  
me llegue á esta alacena.,”  
Su mujer, Blasa, que con él reñida  
la mayor parte estaba de su vida  
(porque según la vecindad pregona,  
tanto como curiosa, era gruñona),  
presumió que su esposo allí encerraba  
el tósigo fatal con que trataba  
de castigar su eterna impertinencia  
(señal que le argüía la conciencia),  
y buscando las viles confecciones,  
encontró el solimán. ¡Qué imprecaciones!  
—“¡Un veneno! — frenética decía.  
—“¡Un veneno!! ¡¡ un veneno!!!,”—repetía;  
y con verle y tocarle aún no contenta,  
llega, lo huele, pruébalo, y revienta.

*Si lo ven por acaso,  
atad á los curiosos corto el freno;  
ó apurarán el vaso  
aunque escribáis sobre él: “aquí hay veneno”*

## FÁBULA XXII

DE DOS MALES EL MÁS VISTO

## El médico y el inválido.

Un inválido á un médico decía :

—“Si me corto esta pierna gangrenada ,  
¿podré vivir, al parecer de usía? „—

Y el médico dudando respondía :

—“Podrá ser por acaso , camarada . „—

—“La duda , replicó , no me hace al caso .

Mas si la corto , ¿ sabe si de fijo

podré vivir aunque no dé ni un paso „ ?—

Dudando siempre el médico le dijo :

—“Podrá ser , camarada , por acaso . „

—“Pues si al cortarla ataco la existencia ,  
y el no cortarla es un dudoso medio ,

á la cura prefiero la dolencia . „—

*Yo también prefiriera , en mi conciencia ,  
morir antes del mal que del remedio .*

## FÁBULA XXIII

## EFECTOS DE LA INJUSTICIA

## El lugareño y el magnate.

Un señor de calidad,  
por dar, con magia distinta,  
á su vida variedad,  
se iba en verano á la quinta,  
y en invierno á la ciudad.

Tras la casa del señor  
la de un labrador había,  
ruin casa en que al labrador  
así el hielo le atería,  
como le asaba el calor.

Por más de cincuenta abriles  
fué casa de tanta mella  
nido de gorriones viles,  
y á la del señor desde ella  
pasaban después á miles.

Incomodado el usía,  
porque al asomar el día  
los gorriones con empeño  
con su *chau chau*, si dormía,  
le interrumpían el sueño,

La casa del labrador  
furioso sin más arrasa.  
—¿Tal sinrazón, diréis, pasa?—  
Era más rico el señor,  
y vino abajo la casa.

Sin casa ya los gorriones  
do anidar en los abriles,  
del otro á los murallones  
fueron después, más que á miles  
los malditos, á millones.

Y á cada instante al señor  
cantándole el aleluya,  
le entraron en tal rencor,  
que cual la del labrador,  
tuvo que arrasar la suya.

Justo premio al que inclemente  
pudo dejar sin consuelo  
á un labrador indigente.  
*Siempre se ensucia la frente  
el loco que escupe al cielo.*

---

# SECCION FILOSOFICA

---

## FÁBULA I

NO SIEMPRE EL BIEN ES FORTUNA

### El pájaro encarcelado.

En una jaula un ave  
nació y vivió contento,  
sin cruzar nunca el viento  
con revolar süave.  
¡Qué vanamente grave,  
porque más no desea,  
de una á otra barandilla  
con voluntad sencilla  
cantando se pasea!  
Créalo quien lo crea;  
mas lo cierto es que el preso  
nunca con loco exceso  
en ocasión ninguna  
maldijo la fortuna,  
ni tuvo á vituperio  
su dulce cautiverio.  
Por último, es el caso  
que un día que la puerta

vió de la jaula abierta,  
llegó paso tras paso  
á la vecina huerta,  
¡Cómo entonces contento,  
con emoción extraña,  
goza en la azul campaña  
del extendido viento  
la libertad querida,  
nunca por él sentida!  
De rama en rama vuela  
con la calma inefable  
de la virtud amable  
que el crimen no recela;  
y al más cercano arbusto  
lanzándose con gusto,  
quedó á la liga en suma  
presa otra vez su pluma.  
¡Triste imagen del hado  
fué el pájaro inocente,  
pues se trocó su estado  
tan repentinamente!  
Tornó á ver á despecho  
la antes prisión amada:  
mas nunca la alborada  
volvió á encomiar su pecho  
con su común tonada.  
—“¿Por qué con tal quebranto,”—  
su dueña le decía,  
—“mi gozo y tu alegría

no ensalzas con tu canto  
cual suceder solía? „—  
Sin dar respuesta alguna,  
las penas una á una,  
con el dolor más grave  
de su dueña querida,  
acabaron del ave  
la macilenta vida;  
que aunque en la cárcel fiera  
pasó la vida entera  
sin que echase de menos  
los céfiros serenos,  
después que hubo probado  
su esfera siempre amena,  
cuando volvió á su estado  
murió el triste de pena.

*¡Huid, mentido bando  
de alegres ilusiones,  
que nos henchís, pasando,  
de locas ambiciones!  
¡Dejadme que tranquilo  
muera en mi pobre asilo,  
pues que sólo un momento  
vive el mayor contento!  
¿Por qué queréis que ansioso  
deje mi humilde estado,  
si es más desventurado  
quien fué una vez dichoso?*

## FÁBULA II

YENDO Á MÁS, VENIR Á MENOS

**La abeja, el burro y la rama.**

La abeja, de una rama de romero  
formaba su panal de mieles rico;  
mas la rama encontrando en un lindero,  
se la comió un borrico.

¡Pobre rama olorosa  
que el blasón iba á ser de los panales,  
y ya entre las mandíbulas asnales  
podrá ser, menos miel, cualquiera cosa!

*¡Oh, qué bien con su ejemplo nos declama  
lo instable del destino,  
cuando al ir á ser miel la noble rama,  
el pienso quedó á ser de un vil pollino!*

## FÁBULA III

CAPRICHOS DEL HADO

**El escultor y los dos troncos.**

Cierto escultor un día,  
viendo dos troncos, entre sí decía:  
—“De este zoquete vil, lleno de lodo,  
un San Roque he de hacer con perro y todo;  
y éste, aunque para santo mejor era,  
del templo servirá para madera.”—

*Así el hado cruel, que engaña á tantos,  
convierte, con tristísimos ejemplos,  
en madera de templos á los santos,  
y en santos la madera de los templos.*

---

## FÁBULA IV

### PLACERES FALSOS

#### **El muchacho y la manzana.**

Tiró Andrés una piedra á una manzana,  
y por dar á la fruta, dió al ambiente;  
tiróle la segunda: ¡empresa vana!  
la tercera tiró: ¡malditamente!  
tiró otra, en fin: cayó; mas de tal gana,  
que con golpe mortal hirió su frente.

*Hay bienes que en llegando, al mal iguales,  
la cabeza nos rompen cual los males.*

---

## FÁBULA V

### DESEOS LOCOS

#### **El pastor y el navío.**

Del mar en la ribera  
quejábase un pastor de esta manera:

—“¡Oh, qué sordas que tiene á mis congojas  
el cielo las orejas,  
pues no me saca de zagal de ovejas,  
pati-tuertas las más, y algunas cojas!  
¡Quién me diera, halagando mi albedrío,  
dirigir por ejemplo aquel navío,  
y á la playa arribar del indio ó moro,  
para volver con él cargado de oro!  
¡Por amigos tuviera y por amigas  
entonces á señoras y señores,  
pese á cuantas ovejas y pastores  
rumiaron hierbas ó mascaron migas!

Mas ¡ay! la suerte fiera  
me arrastra, sea invierno, sea verano,  
desde el monte al redil, y de éste al llano;  
y aunque oirías no quiera,  
me hace escuchar las simples avecillas,  
que por más maravillas  
que dicen que hacen los que de ellas cuentan,  
cada vez que las oigo, me revientan.”—

Así el pastor decía,  
cuando el bajel ya apenas se veía;  
y su intenso dolor llegaba á tanto,  
que sus mejillas inundó de llanto.  
Era al morir el sol, según asienta  
quien dijo que del ábrego la saña  
removió aquella noche una tormenta  
que ni la oyó el pastor en su cabaña.  
Al otro día su manada entera

condujo, como siempre, á la ribera,  
y del mar acercándose á la orilla,  
vió aquí y allí fragmentos de una quilla.  
Buscando del naufragio indicios ciertos,  
halló al fin gavias, y después mesanas,  
trinquetes desvelados, hombres muertos:  
¡leves cimientos de esperanzas vanas!  
Entonces se acordó de su navío,  
y viendo fin tan triste,  
— “¡Qué bien hiciste, oh Dios, que bien hiciste  
en coartarme, dijo, el albedrío!,, —  
Y sin ver que á los muertos hacía agravios,  
una sonrisa se asomó á sus labios;  
y escuchando las simples avecillas,  
que hacían, según dijo, maravillas,  
tradiujo de sus plácidos gorjeos:

*Módera tus deseos.*

*Aunque pierdas, llorando, tus encantos,  
no halagues esperanzas indecisas;  
cada muerta esperanza brota llantos;  
cada llanto vertido engendra risas.*

## FÁBULA VI

DE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO

El conejo, el gallo y el cerdo.

*Cada quisque celebra, y es muy justo,  
lo que es más de su gusto.*

Por un gallo lo digo,  
que de una huerta picoteando el trigo,  
así á un conejo hablaba  
que, haciendo muecas, una col rumiaba:  
— “¿No admiras este trigo, buen conejo,  
gordo y gentil cual castellano viejo?  
¿Quién ha visto manjar de más decoro?  
Como soy que parecen granos de oro.”  
— “Aprensión, friolera, bobería,” —  
el rumiador conejo respondía.  
— “Siempre á mi noble raza más le plugo  
de tierna berza el agridulce jugo.” —  
Viendo así despreciado  
su condimento amado,  
el gallo incontinente,  
para buscar un juez más competente,  
se encaramó á las tapias de la huerta,  
como vigía que se pone alerta;  
y preguntó á un cochino  
que acertaba á pasar por el camino:  
— “Dime, si te ofreciesen cuando almuerzas  
buen trigo y buenas berzas,  
¿qué cosa te comieras, caro amigo?” —  
El cerdo contestó: — “*Berzas y trigo.*” —

---

## FÁBULA VII

LOS LINDES DEL BIEN Y EL MAL

El poeta y sus lectores.

Si escucháis esos míseros lamentos,  
 son del difunto rey los funerales;  
 y esos vivas que ruedan por los vientos,  
 del rey nuevo los cantos inmortales.  
 Mas diréis entre penas y contentos:  
 — “¿Se cantan bienes, ó se lloran males?”

*Nadie el linde á marcar se atrevería  
 que separa el pesar de la alegría.*

## FÁBULA VIII

LA INOCENTADA

La madre y el hijo.

— “¡Ubbb!,” — en inocente fiesta  
 una madre con cariño  
 gritaba á un hermoso niño  
 con una máscara puesta.

Mas de sus gustos avara,  
 al ver que lloraba el hijo,

arrojándola, le dijo:

— “Tonto, si tengo otra cara.” —

Y del candor á merced,  
á cuantas después hallaba,  
el niño las preguntaba:

— “¿Cuántas caras tiene usted?,” —

Y es fama que ya crecido  
llegó el niño á asegurar  
*que todas suelen mudar  
la cara con el vestido.*

---

## FÁBULA IX

### LIVIANIDAD DE NUESTRAS GLORIAS

#### **El joven y el reloj de arena.**

Viendo un reloj de arena,  
paseábase Román con faz serena.

— “Pasa luego,” — decía,

— “hora cual nunca impía;

que pronto Inés, con amoroso fuego,  
me esperará en la reja; pasa luego.” —

Y dando vueltas, su mirar sombrío  
en el reloj fijaba, asaz tardío,  
hasta que al fin echó de ver que insano  
atascado se hallaba un leve grano;

y saliendo á la calle diligente,  
 llamó á la reja, pero inútilmente:  
     volvió á llamar de nuevo;  
 mas ya no estaba Inés: ¡pobre mancebo!

*¡Quién por buscar se apena  
 de este mundo las dichas ilusorias,  
 cuando un grano de arena  
 rémora puede ser de nuestras glorias!*

---

## FÁBULA X

LA DICHA ES UN ACASO

**Los cien cuerdos y el bobo.**

Si mal no lo recuerdo,  
 un bobo entre cien cuerdos por acaso  
     (y aquí diré de paso  
 que hay á veces mil bobos por un cuerdo),  
 admiraba el espléndido palacio  
 do la fortuna desigual moraba,  
 tan rico, que á sus ojos se mostraba  
 con puertas de oro y muros de topacio.

La señora fortuna,  
 que del mundo entre todas las señoras  
     tal vez no habrá ninguna  
 que la gane á mudarse á todas horas,

se la antojó salir en aquel día  
á hacer á uno infeliz: ¡quién lo diría!  
Al verla los cien cuerdos  
(en verdad nada lerdos),  
con presteza importuna  
—“¡La fortuna! (prorrumpen) ¡la fortuna!,”—  
y arrancan en pos de ella,  
mientras que, presurosa,  
si bien como ellas bella,  
como mujer al fin, huyó alevosa;  
y si como ellas es verdad que huía,  
como mujer también les sonreía.  
Al verla el bobo huir con tal exceso:  
—“Vaya con Dios,”—la dijo el muy camueso;  
y en celestial arrobo,  
dándosele una higa,  
porque alguno la siga ó no la siga,  
á dormir se tendió: ¡maldito bobo!  
Siguiéronla los cuerdos locamente;  
pero con tal ahinco,  
que alguno por correr dió un falso brinco,  
y se aplastó la frente.  
Otros perdieron sólo el sufrimiento;  
y otros menos felices,  
el camino sembraron, y no es cuento,  
de piernas, ojos, brazos ó narices.  
De engañar á los cuerdos ya cansada  
la señora fortuna, siempre porra,  
ganándoles las vueltas como zorra

determinó volverse á su morada.

Mas ¡oh imprevisto caso!  
 pues cuando al ir su paso  
 el linde á trasponer de la ancha puerta,  
 ¡tropieza con el bobo y le despierta!

—“¡Caiste en el garlito!”—  
 gritó el simple, cual bollos los mofletes:  
 y sin andarse en dimes ni diretes,  
 con ella en casa entró: ¡bobo maldito!

*No llames, Fabio, tonto,  
 al que cual tú no corre tras la gloria;  
 por correr más, no llegarás más pronto:  
 pregúntaselo al bobo de la historia.*

---

## FÁBULA XI

### LA VIDA Y LA MUERTE

#### El padre y sus hijos.

Juntos con su padre estando  
 Ana y Luis una mañana,  
 al plañir de una campana  
 Luis se santiguó rezando.

Y Ana exclamó con desprecio:  
 —“¿Por qué rezas?”— Y él al punto:  
 —“Rezo, dijo, á ese difunto.  
 —“Si es que ha nacido uno, necio.”—

Y viendo afrentado al hijo,  
el padre, con faz severa  
mirando á la retrechera,  
con voz solemne la dijo:

—“ ¡No es rara equivocación,  
pues para ambas cosas, Ana,  
siempre una misma campana  
toca con un mismo son! „—

---

## FÁBULA XII

Á UN GRAN MAL OTRO MAYOR

### El ruiseñor y el ratón.

Clamó un ratón sin consuelo,  
preso en una cárcel fuerte:  
—“ ¡Imposible es que la suerte  
pudiese aumentar mi duelo! „—  
Y alzando la vista al cielo  
para acusar su dolor,  
le preguntó un ruiseñor  
de un halcón arrebatado:  
—¿Truecas conmigo tu estado? „—  
Y él contestó:—“ No señor. „—

---

## FÁBULA XIII

DEL TRONCO SALE LA RAMA

## El potro y la yegua.

Era una yegua pía,  
que sin ánimos ya para dar coces,  
á un hijo que tenía,  
así le reprendía,  
si no con estas, con iguales voces :

—“No dés coces ¡impío!  
Maldita sea tu costumbre ingrata :  
cual yo modera el brío ;  
ten presente, hijo mío,  
que es mala educación sacar la pata.”

Al decir—“*bien*,”—el hijo,  
la saludó con singular donaire,  
de puro regocijo  
después de lo que dijo,  
miles de coces disparando al aire.

Y en ocasión tan calva,  
si los hallase en parte más contigua,  
presumo que en la salva  
al lucero del alba  
y á la madre, de un par me los santigua.

—„¿De quién aprendería,,—  
siguió la yegua,—“inclinación tan basta?,,—  
La zorra que la oía :  
—“De nadie,,—decía,  
—“créalo usted, vecina ; *esa es la casta.*,,

---

## FÁBULA XIV

### LECCIONES AMARGAS

#### **El padre , el hijo y el perro.**

Bramaba el viento, agitado  
cuando subían á un cerro  
un padre en su hijo apoyado,  
y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre  
el viejo desfallecido,  
cayó exánime en la cumbre,  
entre la nieve aterido.

Y—“marcha,,—al joven le dijo;—  
no encuentres cual yo la muerte.,,—  
—“Pues adiós,,—contestó el hijo ;  
y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,  
libre ya de todo empeño,

vió que *más fiel el alano*  
*quedó á morir con su dueño.*

---

## FÁBULA XV

LA MUERTE TODO LO IGUALA

### La vuelta del campesino.

Halló al volver con otros á su tierra  
un nuevo cementerio un campesino,  
y al cruzar por en medio del camino  
vió escrita en él esta inscripción que aterra:

—“UN PONCE DE LEÓN aquí se encierra;  
dobla al pasar la frente, ¡oh peregrino!,  
y acata humilde al que postró al destino,  
recto juez en la paz, y héroe en la guerra.”—

Fija la vista en los eternos bronce,  
gestos de admiración haciendo extraños,  
dijo extasiado el campesino entonces:  
—“Por Dios que son terribles desengaños!  
¡Quién les dijera á los ilustres PONCES,  
que aquí enterré yo un *burro* hace dos años!,,

---

## FÁBULA XVI

NO HAY DICHA CUMPLIDA

El placer y el pesar.

Al descender al mundo  
el *pesar* y el *placer*, fuerte el primero  
y débil el segundo,  
con afecto profundo  
llamáronse uno al otro—“compañero.”—

Sucedió que un cualquiera  
encontrando al placer, con fuertes lazos  
(por fuerza que un tonto era)  
le estrechó de manera,  
que por poco el placer muere en sus brazos.

Y no cometió dolo,  
ya que pudo, en gozarle, el buen mancebo,  
pues juro por Apolo  
que si le hallara solo  
le dejara este cura como nuevo.

Al verse así ultrajado,  
para el mozo el *placer* pidió un castigo,  
y el *pesar* de contado  
de dolores cercado  
voló en defensa de su flaco amigo.

—“¡De hoy nos verá la gente,„—  
 con amor se dijeron, sin segundo,  
 —“juntos eternamente!„—  
 Eterna y juntamente  
 desde entonces acá los halla el mundo.

*Por eso, si por suerte  
 ves, como el mozo, al que placer se nombra,  
 apercebido advierte  
 que para herir de muerte  
 recatado el pesar vela á su sombra.*

---

## FÁBULA XVII

### BIENES PROMETIDOS

El mundo al empezar, si bien me fundo,  
 Júpiter trajo al mundo,  
 para dar por igual á los mortales,  
 en una arca los bienes  
 y en otra arca los males.  
 Cogió el arca primera  
 (que por mi mal la de los males era),  
 y el censo atroz de los odiosos males  
 distribuyendo con piadoso intento,  
 ciento á Luis, ciento á Juan, y á Ramón ciento,  
 quedamos, salvo error, todos iguales.  
 Abrió el arca segunda

y tanto criminal (que Dios confunda)  
acudió á ver los bienes, que brillantes  
lucían cual riquísimos diamantes,

que al fin los más bribones  
entraron de robar en tentaciones.

Por detrás un avaro sin decoro  
sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);  
y un alcalde (un truhán) dando pisadas,  
diez bienes se apropió (diez alcaldadas):  
aquí un lascivo su placer corona  
con una virgen que aspiró á matrona;  
allí un poeta (un cándido, presumo)  
tan sólo robó un bien (la gloria; ¡humo!)  
y un ruin magnate, de nobleza rancia,  
veinte bienes sustrajo sin conciencia,  
reducidos, en última sustancia,  
á diez y nueve cruces y un vucencia.

Tantas eran, por fin, las sustracciones  
de ambiciosos, de avaros y ladrones,  
que Júpiter atándose la capa  
(lo que prueba la fe de los humanos)  
andaba con los pies y con las manos  
por aquí y por allí tapa que tapa.

Al ver tanta ruindad en los mortales,  
por último el buen dios perdió la calma,  
y, llevándose el arca en cuerpo y alma,  
dijo, al cerrar las puertas celestiales:  
—“Yo juro por esta arca que ahora encierra  
los bienes que el mortal anhela tanto,

de no sacar un bien ni aun para un santo,  
 hasta que no haya infames en la tierra.,—  
 Dijo así el dios; y el diablo que lo oía  
 (pues siempre anda del hombre en compañía)  
 gritó á la gente, que se vió burlada,  
 lanzando una insolente carcajada:  
 —“Noble mortal, mi digno descendiente  
 (lo cual nunca en tus actos se desmiente),  
 el dios que escuchas, de inocencia lleno,  
 sus bienes te promete, *en siendo bueno*:  
 si hasta entonces no aguardas otros bienes,  
 acuéstate á dormir que *tiempo tienes*.,—

---

## FÁBULA XVIII

### PRINCIPIO Y FIN DE LAS COSAS

#### El labrador y la morera.

---

#### PRIMERA PARTE

Juan plantó una morera,  
 que el que, después de un año, la veía,  
 con la fe más sincera  
 loando sus primores, prorrumplía:  
 —“¡Bien haya el hacedor de tal hechura!  
 ¡Qué flor, qué tronco, qué hoja, qué verdura!.,—

De seda unos gusanos  
sus hojas agotaron roedores,  
y con dardos insanos  
dieron fin las abejas á sus flores,  
dejando el árbol de tan ruin manera,  
que Juan lo hizo cortar: ¡Adiós morena!

Así, en suertes no iguales,  
llegaron con destino bueno ó malo,  
las flores á panales,  
las hojas á ser seda, á efigie el palo;  
pues os advierto que en mudanza tanta  
del rudo tronco Juan hizo una santa.

Y cual de la morena  
tuvieron hoja y flor vario destino,  
de la misma manera  
los hombres tienen encontrado sino;  
que el destino es instable como el viento  
Mas, basta de moral, y siga el cuento.

---

SEGUNDA PARTE

A mi lugar un día  
la gente se agolpó de la comarca,  
do festejar solía  
la Virgen que llamamos de la Barca;

---

santa que yo adoré, santa que aún era  
la misma que hizo Juan de la morera.

Y á través de un concierto  
que en el templo sonaba en alto coro  
(bastante mal por cierto),  
sin oír lo sonoro, ó no sonoro,  
á una vela escuché, no sin trabajo,  
que decía á la santa por lo bajo:

—¿Cómo estamos, hermana?  
Yo soy hija también de la morera.  
En mi suerte tirana,  
fuf flor, llegué á panal y ahora soy cera.  
¡Quién al ver la morera nos diría,  
que al ser lo que eres, lo que soy sería!—

—su desdén me acongoja, —  
dijo el vestido de la santa entonces;  
—llegué á seda desde hoja,  
y sus oídos para mí son bronces.  
¡Nadie creería, al verme en la morera,  
que de un santo del tronco el traje fuera!—

—Calle el necio ropaje,  
pues le doy tanto honor, —dijo la santa:  
—y cuide no me ultraje  
la innoble cera con locura tanta

¡Las parleras!... las muy... ¡Ave María!  
¿Qué hay de común entre las tres?—segufa.

—¿No ven, —las fué diciendo,  
—que hasta el mismo escultor que me ha labrado  
en acto reverendo  
me tributa oblación con noble agrado?—  
Y era verdad, que con amor profundo  
hasta oraba el buen Juan. ¡Cosas del mundo!

Si empieza la existencia  
las seres al nacer mostrando iguales,  
en nuestra adolescencia  
ya veis que unos son seres celestiales,  
ante los cuales los demás oramos.  
Mas ¿cuál de todos será el fin? Veamos.

---

TERCERA PARTE

A la vela inflamada,  
llega, —dijo el vestido, —hermana mía,  
y nuestra suerte airada  
será así igual hasta la tumba fría.,—  
Llegó la vela el labio enrojecido,  
é inflamado á su luz ardió el vestido.

Crujió entonces la seda;  
y arrojando las chispas á millares,

fué ardiendo en ígnea rueda  
seda, blandón, imágenes y altares;  
siendo al fin, calcinado su ornamento,  
juguete vil del agitado viento.

*¡Así en la humana vida,  
si á unos el hado en ídolos convierte,  
mientras que envilecida  
la plebe es templo y luz... llega la muerte,  
y confunde, con bárbaros ejemplos,  
aras, ídolos, luz, galas y templos!*

FIN DEL TOMO PRIMERO



# ÍNDICE

---

|                  | <u>Págs.</u> |
|------------------|--------------|
| CAMPOAMOR.....   | 5            |
| ADVERTENCIA..... | 21           |

## LIBRO PRIMERO

### TERNEZAS Y FLORES

|                              |    |
|------------------------------|----|
| La niña y la mariposa.....   | 25 |
| La flor del valle.....       | 31 |
| A la luz.—Silva primera..... | 38 |
| »    Silva segunda.....      | 43 |
| »    Silva tercera.....      | 50 |
| La guirnalda.....            | 55 |
| A Felisa.....                | 60 |
| Tu risa.....                 | 66 |
| El arroyo.....               | 67 |
| Mi harén en Andalucía.....   | 71 |
| Un no sé qué.....            | 81 |
| La rueda del amor.....       | 84 |
| La acción de Belascoain..... | 89 |
| Tu boca.....                 | 93 |

|                              | <u>Págs.</u> |
|------------------------------|--------------|
| Las sirenas.....             | 97           |
| La beata de máscara.....     | 104          |
| Al río Navia.....            | 105          |
| Su imagen.....               | 111          |
| El amor de la sierra.....    | 113          |
| El baile.....                | 120          |
| La palma.....                | 227          |
| A unos ojos.....             | 130          |
| La flor de la jardinera..... | 133          |
| A Blanca.....                | 139          |
| El modelo.....               | 144          |
| El cisne y la sombra.....    | 148          |

## LIBRO SEGUNDO

### AYES DEL ALMA

|                                           |     |
|-------------------------------------------|-----|
| A la Reina Cristina.....                  | 157 |
| Al regreso de S. M. la Reina Cristina.... | 160 |
| El carro de la fortuna.....               | 162 |
| La esencia perdida.....                   | 165 |
| La confesión.....                         | 168 |
| Las ilusiones.....                        | 172 |
| Una lágrima á un recuerdo.....            | 175 |
| A orillas del Nalón.....                  | 179 |
| El primer amor.....                       | 182 |
| En la cartuja de Burgos.....              | 188 |
| Muertos y vivos.....                      | 191 |
| El juicio final.....                      | 193 |
| El alma en pena.....                      | 217 |
| Sonetos.....                              | 292 |

---

|                     | <u>Págs.</u> |
|---------------------|--------------|
| Epitafios .....     | 300          |
| Epístolas.....      | 301          |
| Madrigales .....    | 321          |
| Las estaciones..... | 324          |
| Romance.....        | 325          |
| Poesías varias..... | 331          |

## LIBRO TERCERO

### FÁBULAS

|                          |     |
|--------------------------|-----|
| Sección literaria.....   | 336 |
| Sección política.....    | 340 |
| Sección religiosa.....   | 358 |
| Sección moral.....       | 360 |
| Sección filosófica ..... | 384 |

---

# LA ESPAÑA MODERNA

## REVISTA IBERO-AMERICANA

### AÑO V

Cada número forma un grueso volumen de más de 200 páginas, gran tamaño, á dos columnas.

Se divide en dos secciones: española y extranjera. La española está escrita por **Barrantes, Campoamor, Cánovas, Castelar, Echegaray, Galdós, Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán** (D.<sup>a</sup> Emilia), **Palacio Valdés, Pi y Margall, Thebussem y Valera**, con los que alternan, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles. La parte extranjera está redactada por **Bourget, Cantú, Coppée, Cherbuliez, Daudet, Dostoyusky, Gladstone, Goncourt, Richopin, Tolstoy, Turgue-  
nef y Zola.**

Precios de suscripción, pagando por adelantado:

En España, seis meses, *diez y siete pesetas*; un año, *treinta pesetas*. — En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, *cuarenta francos*, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscripciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven á partir de los meses de Enero y Julio de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números atrasados.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, principal.

Quedan algunas colecciones de los años 1889, 90, 91 y 92 á **30** pesetas cada año en rústica, y **40** en pasta.

# DERECHO ADMINISTRATIVO

---

## LA ADMINISTRACIÓN

Y LA

## ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA

en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria

POR

J. MEYER

Véase, acerca de esta obra, el siguiente suelto que ha visto la luz en *El Liberal*:

«Este libro, que tanta resonancia ha tenido en las cuatro naciones de cuya administración se ocupa, pasa por ser el mejor tratado de Derecho administrativo publicado hasta hoy; la traducción está hecha directamente del alemán por el catedrático de la asignatura en la Universidad de Oviedo, Sr. Posada, quien ha agregado á la obra famosa un nuevo tratado que comprende la Administración y la organización administrativa en España.

»Este libro, de tanto interés para los abogados y políticos, ha sido esmeradamente impreso en buen papel, y forma un grueso volumen que se vende á **cinco pesetas** en las principales librerías.»

---

## SEGUNDA PARTE

---

La Administración política y la Administración social

SEGÚN LOS PRINCIPIOS GENERALES  
Y LA LEGISLACIÓN POSITIVA

POR

ADOLFO POSADA

*Profesor de la Universidad de Oviedo.*

Esta obra constituye el necesario complemento de la de Meyer y Posada sobre Organización administrativa.

PEQUEÑECES...

---

# CURRITA ALBORNOZ

AL P. LUIS COLOMA

---

Precioso folleto escrito por D. Juan Valera.  
Precio, **una peseta.**

---

## ¿Académicas?

Este libro anónimo, atribuido por la prensa y la opinión á diversos escritores, siempre los más famosos, es un dechado de ingenio, sal y pimienta. Se vende á **una peseta.**

---

## LA CRIMINOLOGÍA

ESTUDIO SOBRE EL DELITO  
Y SOBRE LA TEORÍA DE LA REPRESIÓN

POR

R. GAROFALO

Profesor de Derecho penal en la Universidad de Nápoles, Presidente del Tribunal civil de Pisa, con un apéndice sobre «Los Términos del problema penal», por Luis Carelli.—Única traducción española con multitud de adiciones y reformas hechas por su autor, y no comprendidas en las ediciones italianas.—Traducción por

PEDRO DORADO MONTERO

Catedrático de Derecho penal en la Universidad de Salamanca.

# NOVELAS Y CAPRICHOS

Precioso libro que contiene lo siguiente:

Sopas de ajo (cuento), por el Doctor Tebussem.—El collar de perlas (cuento), por Manuel del Palacio.—Virtudes premiadas (novela), por J. Octavio Picón.—El poder de la ilusión (poema), por Ramón de Campoamor.—El mechón blanco (cuento), por Emilia Pardo Bazán.—Tisis poética (leyenda), por José Zorrilla.—Chucho (cuento), por A. Palacio Valdés.—La risa del payaso (cuento), por Emilio Ferrari.—El novenario de ánimas (cuento), por Narciso Oller.—Placidez (cuento), por Eugenio Sellés.—La condesa de Palenzuela (cuento), por Antonio de Valbuena.

## GRABADOS

**Historias mudas.**—Tomando el baño, Destreza de un bombero, Se paró el carro, El tigre y la suegra, Serenata romántico-naturalista, Dicha breve, De la novia á la suegra, Culpa y castigo, El fotógrafo, El que mucho abarca, Cambio de sacos, El perrillo amaestrado, Sueño interrumpido, El telescopio, En el circo, El pescador inglés, Desequilibrio, El viajero, Quien con perros se mete, El perrillo juguetero.

**Autógrafos.**—Del P. Luis Coloma, Ayala, Alarcón, Núñez de Arce, Hartzzenbusch, Ventura Ruiz Aguilera, Zapata, Fernández y González, Selgas.

**Retratos.**—De Juan Eugenio Hartzzenbusch, Núñez de Arce, P. Luis Coloma, Ventura de la Vega, Avellaneda, Wagner, Fernán-Caballero y Tolstoy.

**Caricaturas.**—Napoleón I en Austerlitz y en Waterloo, Napoleón III, Federico el Grande, Ricardo Wagner, Listz, Wagner y Bülow, Ricardo Wagner en «El anillo de los Nibelungos».

**Sombras.**—Bismarck, Crispi.

**Grabados sueltos.**—Transformación de una cafetera, Estudio de Fernán-Caballero, Un descanso, Un niño artista, Teatro de Bayreuth. Retrato de familia, Wagner llevando la batuta, El Mesías de los judíos, Caricatura.

Este precioso libro ha sido unánimemente ensalzado por la prensa de ambos mundos, y es por su tamaño, lectura y los 300 grabados que contiene, sumamente barato.

Difícil, si no imposible, sería encontrar otro más ameno y bonito en lengua castellana.

Precio: tres pesetas.







